
3 1761 06678037 0

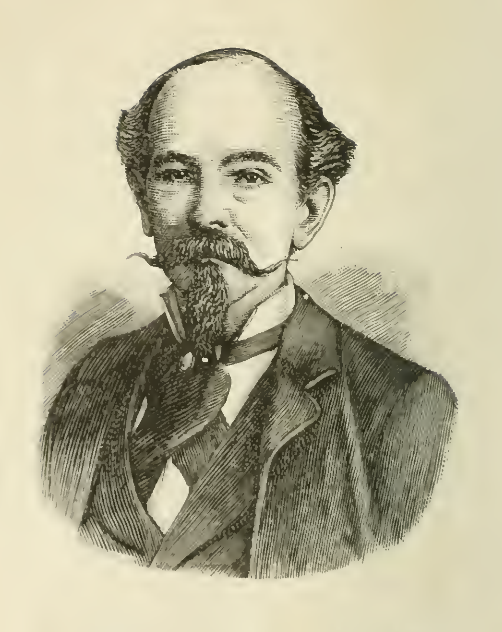

LIBRERIA
— DE —
A. BENITEZ DE CASTRO
Telef. 21913
G. Mitre
Rosario

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

PARIS. — TIP. DE GARNIER HERMANOS



D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

OBRAS
POÉTICAS

DE

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

CORRESPONDIENTE DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1895



Señores Garnier hermanos
París.

Estimados Señores míos.

Quedan Uds. autorizados por las presentes líneas para dar á la estampa el volumen que de una parte de mis versos preparan. Publicados en la fecha, más ó menos, en que fueron escritos (exceptuados los que llevan por título Fray Edmundo, La Margarita y uno que otro recientes, hasta hoy inéditos) para entregarlos

á Udds. he alterado ligeramente algunos, y, bien que pueda no haberlos mejorado, en adelante no he de reconocerlos sino como salen en la edicion de Udds.

En la eleccion de las composiciones, sin preferencia, he mirado sólo á ajustarlas al núm.º de páginas á que Udds. se limitan. Por lo que hace al orden de ellas, diré que no he observado ninguno al formar el índice, ni respecto del género ni de su fecha ni de ninguna otra

circunstancia. Como de-
quien soy, que por su carac-
ter y natural poco asiento
no ha podido nunca some-
terse á nada que sea método
ni buen arreglo, ahí van re-
vueltas, como las aves, é in-
sectos en los campos sin
distincion de tamaño ni colores.

Apenas he pensado, como
nuevo testimonio de respeto,
adhesion y gratitud á la
Real Academia Española,
en que abriese el libro con
la Oda que á la ilustre
Corporacion dirigí con

motivo de mi nombram.
de Correspondiente estran-
gero, hecho cuando aún no
había Academias ame-
ricanas de su dependencia;
porque he de declarar que
he tenido siempre á mucha
honra esa gracia.

Aquí debo terminar, que
no hago prólogo. Uno hu-
biera llevado este libro, que
habría sido para él como
portada de oro, y para mí
fuente de satisfacciones y
regocijo. Pero el que lo
hubiera escrito con afecto

de hermano, ya no existe sino por la eterna memoria de sus virtudes y de su gran saber. Hace hoy treinta y ocho días que está enlutado un sillón en la Real Academia de la Lengua, y otro en la de la Historia: el que ocupaba en ellas el egregio varón. ¿Quién será el honrado con ese tan ennoblecido asiento? Será muy digno, sin duda; pero se proveerá su sillón, y no se le reemplazará.

Hay, con todo, una consi-

deracion que me hace muy llevadera la falta de ese prólogo; y es, que el sabio académico, mi entrañable amigo y maestro, dejando que le moviesen la mano la benevolencia y el afecto, acaso hubiese puesto en aventura su ilustrado criterio y gran renombre. Téngale Dios en su santa gloria *.
Soy de Uds. atento servr.

J. Calcaño

París: 15 de Octe. de 1894.

---

* Compréndese que se hace referencia al Excmo. Señor Don Aureliano Fernández-Guerra, individuo de número de ambas Academias, que falleció en Madrid el 7 de septiembre último.
Los Editores.

POESÍAS

POESÍAS

Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

HOMENAJE DE RESPETO Y GRATITUD.

¿No veis? ¿No oís? ¡Qué confusión! ¡Qué estruendo!
¡Tiempos de prueba son, de error y espanto!
No con furia mayor negra tormenta,
Las pavorosas alas extendiendo,
Anubla toda luz, ruge violenta,
Desata el huracán, el rayo impulsa
En fragoroso vuelo,
Hace del firmamento hoguera infanda,
Y colérica manda
Estragos á la tierra, injuria al cielo;
Que, en demente rugir y saña impía,
Las humanas pasiones
Sus furibundas huestes descadenan,
Cual precitas legiones;
Y eco de la tartárea rebeldía,
En blasfemo clamor el orbe atruenan.

¡Ay, que sólo el humano al cielo agravie!
¡Que atente él solo á tanto!
¡Y ni el mísero pecho le intimida
Ver cuál presagia destrucción y espanto
Naturaleza toda conmovida!
El cielo, el mar, el viento,
Rugiendo enfurecidos,
Rechazan con horror el torpe acento;
Y la tierra indignada
Bajo el poder impío
De la planta procaz que la envilece,
Pavorosa rodando en el vacío,
Sorda temblar y rechinar parece;
Como á merced del ponto abandonada,
Al estruendoso combatir bravío
De la marina gente rebelada,
Cruje mísera nave y se estremece.
¡Oh ambición de poder y de renombre!
¡Que al cielo olvides en tu loco empeño,
Y pongas tu victoria
En el aplauso efímero del hombre!
¡Ay, tanta sed, y el manantial un sueño!
¡Tanta batalla, y el botín escoria!
¿Dónde, torpe egoísmo,
Osas llevar el ala?
¿Adónde, orgullo humano,
Descadenado vas, sino al abismo,
Cuando para trepar pides ¡insano!
Á la ignorancia y la soberbia escala?

Luminosa deidad, ciencia divina,
¿Y qué es de ti? ¿Del orbe por afrenta
Yaces cautiva en ásperos breñales,
Y, cual despojos de su triunfo, ostenta
La blasfemia tus alas inmortales?
¡Espíritu del Orco ¡ay! vanamente
Con olímpicas plumas te aderezas,
Y el vuelo al refulgente
Astro de la Verdad ciego enderezas!
¿Quién nubla el sol, quién contra Dios potente?
Bienhadado el mortal á quien lumbrera
Fúlgida presta el sol hermoso y claro
De la cristiana Fe, que en rumbo cierto
Al linde va de la vital carrera,
Como atento el piloto al dulce faro,
Fácil encuentra el suspirado puerto.
¡Feliz quien de la vida en el camino
Busca el deber; y, la ventura hallando,
Vuélvese á alzar de bendición tributo
Á aquel que supo dar el bien por fruto
Á la santa virtud, árbol divino!
Así teje su nido el avecilla,
Y por el bien que prueba, en voz sencilla
Á Dios bendice al modular su trino;
Así se huelga el tímido arroyuelo
De su propio frescor, que á otros reserva,
Y sus orillas, en ofrenda al cielo,
De flores viste y regalada hierba.
¡Bienhadados vosotros,

Dignísimos Varones,
Cuando á la sombra de este augusto techo,
Llena el alma de fe, de paz el pecho,
Os amparáis del mundo y sus pasiones!
No la que encienden la ambición, la ira,
Devastadora llama,
Donde amor y esperanza se consumen,
Refleja en vuestras sienes y os inspira :
La que esplende al saber sólo os inflama,
El sagrado deber es vuestro numen,
Dulce vuestro afanar; y de las letras
Por el ameno campo discurriendo,
Como en era florida,
Purificais el néctar soberano
Que da al ingenio duradera vida,
Y al par, en la áurea copa reluciente
De las divinas musas,
La viva sed regala al diligente
Huésped cortés del Pindo castellano.
Tal la oficiosa abeja,
Maestra de virtud, de fe tesoro,
Cual santa desposada en su clausura,
Fuéra bramar las tempestades deja;
Y, humilde á Dios, depura
Su generosa miel en celdas de oro.
¡Oh grata, oh nobilísima tarea,
Á Dios acepta, del mortal delicia,
Amor de la virtud, á quien recrea,
Honor y galardón de la justicia!

Contra la densa noche tenebrosa
Del error y los tiempos que ya fueron,
Las artes del saber todas os dieron
Brújula fiel y antorcha luminosa.
Y por vosotros, de ella rescatada,
Clara la noble frente
Vuelve á alzar la verdad, antes cautiva;
Cual burla la doliente
Cierva el poder de la opresora fiera
Á quien pasma el fulgor de lumbre viva
Que súbito en sus antros reverbera.
  Por vosotros las joyas litigadas
De los antiguos vates opulentos
(En rimero precioso
Por la mano del tiempo aglomeradas)
Tornan á sus gloriosos monumentos;
Y al relucir de nuevo en su corona,
En torno á los sarcófagos se siente
De sacras liras el tañer cadente,
Que himnos de amor y gratitud entona.
  Por vosotros su prístina pureza,
Donaire y melodía
Guarda el romance popular; y el mundo,
Como en un tiempo cuando Dios quería,
Oye en sonora rima la alabanza
Del honor y la gloria, y el fecundo
Poder del ser supremo,
Y cuanto bien divino al hombre alcanza:
Ya la noche serena, con su cielo

« De innumerables luces adornado »;
Ya la campestre descansada vida,
De ansias ajena, libre de cuidado,
« De odio, de esperanza, de recelo »;
Ya las sentidas quejas
Del trovador que endecha sus amores,
Y el eco, que resuena en los alcores,
Del trémulo balar de las ovejas
Y « el dulce lamentar de los pastores »;
Ya el cantar soberano
Que ensalza al Creador, que, en merecido
Castigo, hundió en el polvo al lusitano.
De cuyo altivo orgullo hoy sólo queda
« Voz de dolor y canto de gemido ».
Y por vosotros el adusto suelo
Donde es muralla el Ande al mar, y en donde
Hace el sol pernoctar su plaustro de oro,
Los himmos mueve de su amor al cielo
En culta frase y modular sonoro;
Y á vuestra voz responde
Como un eco de gloria, en las lejanas
Tropicales montañas guarecido,
De ese remoto, pero no en olvido,
Renombre de las letras castellanas.
¡Oh, si viniera del repuesto seno
De alguno de mis montes seculares
Un eco á mí también de los cantares
Que de Alcino sonaron y Tirreno!
Ó del cisne que vió Torrelaguna

En sus aguas nacer, y á la doliente
Tórtola querellando, juntamente
El rigor lamentó de su fortuna!
Ú oyera de tu plectro esclarecido,
« Que del oro y del cetro pone olvido »,
Úna endecha sonar, una armonía,
¡ O divino León, delicia mía!
  Tal vez probara á remedar su acento
En mi agreste laúd americano,
Á templar mi rudez tan sólo atento,
No insensato á emular gloria tan alta,
Que aun ingenio mayor lo osara en vano.
Y pues destello de saber alguno
Ni á mí me acude ni á vosotros falta,
No en ímpetu importuno
Al templo de Minerva alzara el vuelo.
Del que arrancó á la mar Colón un día
Mundo de bendición, las no emuladas
Majestuosas escenas os diría :
Y aquí viérais sus fuentes cristalinas,
En cuyo seno el oro reverbera,
De sierras descender, al sol vecinas,
Tesoros á sembrar en la pradera;
Allí verde plantío
De hojosos y apiñados bananeros,
En la tendida vega, á par del río,
Eterna proclamar la primavera;
La coronada frente
Acá alzar sus adultos cocoteros,

Con resonantes verdes abanicos
Fresco tornando el bochornoso ambiente,
Mientras en torno de su copa enhiesta
Néctar ofrecen y manjares ricos
Que el fuego templan de la ardiente siesta :
Y allá de sus jabillos y bucares
Entrelazarse con amor los brazos,
Sombra y amparo dando tutelares
Al árbol generoso que tu fama,
Bella Caracas, sin rival proclama,
Y colmando las ansias del deseo,
De mortales y dioses es recreo (1).
Viérais en verde vario sus piñales,
Y el fruto apetecido
(Como á augurar deleites al sentido)
El aire todo, desde el alta loma,
Embalsamar con su incitante aroma;
Sus huertos de maíz y algodonales
En cambiante ondear de nieve y gualda;
Sus flores, imitar las avecillas;
Sus mares, como pampas de azulillas;
Sus pampas, como mares de esmeralda.
Y al levantar vuestra mirada al cielo...
¡Oh Colón, oh Colón! ¿en qué fecundo
Seno del infinito, y con qué encanto,
Tanta fúlgida joya hallar pudiste,

(1) *Theobroma*, que vale *alimento de los dioses*, es el nombre científico dado por Linneo al cacao.

Como, en gaje nupcial, prender quisiste
Á tu virgen América en su manto?
¿Y ha de ser que sufoque el estro santo
En que la gloria de Colón me enciende,
Y con pausada nota
El numeroso verso sustituya,
Que el pecho me alborota,
Y del trémulo labio
Como armoniosa lava se desprende?
¿Pues qué gloria jamás como la suya?
No es ésa la que esplende
En el fulmíneo acero del combate;
No la que al mundo el retronar pregona
Del ronco obús, cuando el estrago extiende;
No la lleva el terror de zona en zona:
Su gloria está en el cielo americano
Escrita en caracteres rutilantes
Sobre vivo zafiro;
Aclama Orión su nombre soberano,
Cuando de las distantes
Ondas del sur alza la sien de plata
Y en vívidos destellos se desata;
Lo aclama al Ecuador Cáncer ardiente;
Y allá en séptuple cifra centellea,
Donde al Bóreas el Ande se aproxima,
Cuando de éste en la mole gigantea
Firme apoyo buscando,
Al través de las pompas de la noche
Llega la Osa espléndida, en su cima

Á reclinar el fatigado coche.
No áureo papiro ni obelisco vano;
Página de su historia
Es la vasta extensión de todo un mundo,
Y el grandioso Oceano
El pregonero eterno de su gloria:
Cual de numen fecundo
En su cerúleo alcázar agitado,
Sonorosas, vibrantes,
Cual las cuerdas de un arpa de zafiro,
Sus infinitas ondas resonantes
Mueve, despide en incansable giro,
Y en voz solemne y santa
De Hornos á Béring su epopeya canta.
¡Oh lígur inmortal! Más que á ninguna,
De amor y admiración demanda ofrenda
Á mi modesta lira tu memoria.
Tres voces oigo requerirme al canto,
Como quiso tres veces la fortuna
La rueda atar de mi ignorada suerte
Al plaustro de tu espléndida victoria,
Al plaustro de tu cuna,
Al plaustro nob'e y fuerte
En que á domar el piélago iracundo,
Nuevo Neptuno, te impulsó, en alarde
De su pujanza nunca contrastada,
El más glorioso cetro que hubo el mundo,
El que á Cristo, en Granada,
Postró la luna, como el sol más tarde,

Y hubiera las estrellas sometido,
Si contrarias también le hubieran sido.
¡Oh gloria de la Cruz! ¡Oh gran centuria!
Sí, tres voces, Colón, á ti me mueven,
De América, de Hesperia y de Liguria.
  Y muéveme también la Fe cristiana
Que á ti los hijos de los Andes deben,
Llave que darles tu largueza quiso,
Al par con la del nuevo paraíso,
Porque el cielo también se abran mañana.
¿Quién jamás como tú sobre la tierra?
¡Y que no mire el hombre
El divino designio que se encierra
En la breve escritura de tu nombre!...
¡Oh paloma, de Cristo mensajera(1)!
Gózate de mi voz allá en tu esfera.
  Y pues es menos fácil, el sentido
Regalar del mortal, y me va tanto
En segar un laurel que al nombre cuadre
De la que fué tu hija, y es mi madre,
Hoy aquí en este claustro esclarecido
Del arte del decir, donde florecen
Los granados ingenios á porfía,
Paga ese amor, O sombra veneranda,
Prestando aliento á la flaqueza mía.
Que me dé un rayo de su lumbre, manda

(1) Traducción literal de *Christo-phoro Colombo*, legítimo nombre del inmortal genovés.

Al sol que nuestros cielos atavía;
Al índigo y nopal, que sus colores
Á mi paleta den; dé á mi garganta
Sus no aprendidos místicos loores
La devota avecilla
Que allí el nombre de Dios pronuncia y canta,
De las índicas selvas maravilla;
Y su gayo plumaje
Me den también las que en vistoso bando
Alegran la montaña, colorando
De samanes y ceibas el ramaje.
Así el hijo de América se ostente,
Ajeno á toda pompa brilladora,
Sólo de galas rústicas ceñido;
Que al que de Dios la humilde ley adora,
No le están bien coronas en la frente,
Ni púrpura ni oro en el vestido.
Así destello ni matiz le falte,
Hoy bosqueje los cielos, hoy el río,
Los juncos nuevos ó el copey vetusto;
Que prestado atavío
No cumple mendigar ni ajeno esmalte
Á quien tiene un minero en cada arbusto.
Así el amor del cielo, ardiente y pío,
De sus cantares destellar se vea :
Así su voz, de este recinto augusto
Y de América, digna á un tiempo sea.

1872.

EN LA INSTALACIÓN

DEL CONCILIO ECUMÉNICO

De 8 de diciembre de 1869

ODA

¿Y será que adunados á porfía
Horrísono huracán, mar bramadora,
Toque á su último día
La nave salvadora
Que el arca de salud en sí atesora?

¿Diestro el error, en tanto que amenaza
Suerte infeliz al combatido leño,
Con insidiosa traza
Y adulador beleño,
Remero y timonel hundirá en sueño?

Sopla ensañados vientos la herejía,
La ignorancia nublados aglomera,
Y luz de la sombría
Escena, allá en la esfera,
De Satán la mirada reverbera.

Mas ¿dónde el fuerte, en dónde el prepotente
Sino en la barca está? Rasga tu velo,
Irradia en luz fulgente,
O rebozado cielo,
Y con fausto á la nave acrece el vuelo.

Ya en balde ruge el mar y silba el noto :
Cédele todo ya, nada resiste;
Si avezado el piloto
Y fuerte el leño viste,
Hombre de poca fe ¿dudar pudiste?

Mira yá cuál ufana el seno hiende
Del contrario elemento, ora vencido,
Y cómo al puerto tiende
El lino sacudido,
Alba paloma revolando al nido.

¡Pues qué, cuando se aviste, y vencedora
La aclame el vigilante en la alta cumbre,
Y de ella en pos, la prora
Moviendo se vislumbre
Una nave tras otra en muchedumbre!...

¡Miradlas ya! Sobre las ondas vuela
Empavesado alígero cortejo,
Rumbo á su sacra estela,
Luminoso reflejo
Que el cielo aclara cual brillante espejo.

¿Qué mar dejan atrás? Todos los mares.
¿Qué zona les dió sér? Todas las zonas.
Nilo, Ural, Manzanares,
Hudson, Plata, Amazonas,
Al bajel redentor rinden coronas.

Tejió Persia aquel lino de colores;
Dió el Líbano á ese mástil gallardía;
De los robles mejores
Que la verde Erín cría
Labró aquélla sus bancos y crujía.

¿Esotras? Vienen rumbo de Occidente:
Aun se descubre allí la palma esbelta
De la región ardiente
Donde Orinoco suelta
Sus ondas en el mar por áurea delta.

Esa el ancla levó donde gigante
Su rojo faro el Cotopaxi inflama:
Ésta, donde espumante
Niágara se derrama,
Y arrebatado y fragoroso brama.

Unas, de donde el Funza hirviente salta,
Otras, de donde en lluvia de centellas
Pocatepec esmalta
La negra noche; aquéllas...
¡Y la Cruz, y la Cruz en todas ellas!

¡Oh gloria! ¿No son ésas las galeras
Del genovés intrépido que un día
Sacó á luz las riberas
De un mundo que aun dormía
Su infantil sueño bajo el onda fría?

¡Eterno galardón, lauro fecundo!
Él es ¡O España! tu mejor diadema,
La fe que á Dios da un mundo.
¿Y será que, blasfema
Y ciega, abjures hoy tu santo lema?

¿Férrea maza batiendo delirante,
Rompes tú misma en tu preclara historia
Las letras de diamante
Que iluminan tu gloria,
Y á la del cielo enlazan tu victoria?

¿Y eres tú la que ayer tan alto ejemplo
En la Santa Cruzada al orbe fuiste?
¿La que el pagano templo
Del Inca á Dios volviste,
Y más alta que el sol la Cruz pusiste?

¿Ya católica, y hoy la frente uncida
Á bárbara impiedad? ¿Ya vencedora
Del error, y hoy vencida?
¿La cristiana Señora,
Del cismático infiel émula ahora?

No : no será. ¿Qué labio osó la afrenta?
Asombrar su blasón ¿quién nunca púdo?
Aun bien que la sustenta
El Fuerte, y le hace escudo,
Y á sí la estrecha en perdurable nudo.

El Arca de la fe puerto seguro
Halla al fin : sobre aladas bendiciones
Triunfante asciende al puro
Sagrario, las naciones
Formándole dosel con sus pendones.

¿Quién es aquella que subiendo viene
La sagrada colina, tan altiva,
Que orlada la sien tiene
De laurel y de oliva,
Y cruzada legión por comitiva?

Tanto yelmo y loriga, tanto arreo
¿Nuncian próxima lid? ¿Ó joya tanta
Magnífico torneo?
Si lleva ofrenda santa,
¿Hacia dónde veloz mueve la planta?

¿Y adónde sino al monte que corona
De la Iglesia de Dios la Santa Silla,
Si es la altiva amazona
La indómita Castilla,
Y á Dios tan sólo su cerviz humilla?

Apresúrate, ven; llega la hora...
Lanzóla el bronce ya; retumba, atruena,
Alada, vibradora,
Aire, mar, tierra llena,
Vuela á la eternidad, y allí resuena.

¡Gloria, gloria al Señor en las alturas!
¡De rodillas el mundo en el gran día!
¡Orad las almas puras
Que conocéis la via
Más cierta y breve que á los cielos guía!

Implora ¡O Padre Santo! al Soberano
Por que las nubes del error disuelva;
Y así, bajando al llano,
De la intrincada selva
Al redil protector la oveja vuelva.

¡Esperanza, amor, fe! Todo lo alcanza
Quien con la gran constelación camina:
Amor, fe y esperanza
Es la ciencia divina;
Sonrisa, luz y voz de la faz trina.

Y tú también, castísima Paloma,
Al cristiano Ararat el ala agita,
Á la sagrada Roma,
Y en el aula bendita
Con tus nuevas de paz te precipita.

Dios te salve ¡O María! Tú conoces
Este sol claro; su fulgor amigo
Hoy nos repite á voces
Que el Señor es contigo;
Con nosotros sé Tú : dános abrigo.

Ha diez y nueve siglos ¡O María!
El bello paraninfo el ala diestra
Movió á ti en fausto dia,
Y de alïanza en muestra,
Tu ventura á la par nunció y la nuestra.

¿Cuál, pues, á Ti más grato ó más propicio
Al ansia de salud que nos devora,
Ni cual mayor auspicio
Que el tuyo ¡O gran Señora!
Al que luz de verdad del cielo implora?

Así de cercos fúlgidos tu frente
Ciña el ángel que enciende la mañana,
Que por tu ruego aliente
La gracia soberana
Al Pastor santo y á la grey cristiana,

1869.

LA CRUZ

¡Oh vida de combate y de tristeza!
Un signo ansiando que al mortal aliente,
Á pedirlo á la gran naturaleza
Bajé á las playas de la mar silente.
Era una tarde plácida de mayo:
Á las olas lancé mi navecilla;
Pronto del sol al moribundo rayo
Vi envuelta en brumas la distante orilla.
¡Tierra, que oyes del hombre los gemidos!
¿Qué esperanza le das en su agonía? —
Un árbol con sus brazos extendidos
Una cruz á lo lejos me ofrecía. —
¡Espacio! ¿en esas tus etéreas salas
Qué guardas tú para alentar su vida? —
Y vi en un ave y sus abiertas alas
Una cruz en los aires suspendida. —
¿Y tú, nada le ofreces, Oceano,
Que á los cielos su espíritu remonte? —

La arboladura de un bajel lejano
Era una cruz allá en el horizonte. —
  Tiende la noche al fin sus sombras lentas :
Vuélvome al cielo, implórole de hinojos,
¡Y en él la insignia redentora ostentas
Tú también, Cruz del Sur, ante mis ojos!

EL TESTIGO

Place al Señor dar fin á mi jornada :
El instante llegó de la partida.
¡Adiós, la tierra! ¡adiós, la humana vida!
El ángel ya se va.
¡Arcano del Señor! Con forma humana
Al mundo le mandó, y al mundo vino :
Todo lo que ha encontrado en su camino,
Al Señor lo dirá.

Con los hombres viví, todos me vieron,
Nadie me conoció, ni lo podían ;
Así á mis ojos todos se ofrecían
Sin velo ni disfraz.
Mi vida era un misterio palpitante,
Y nadie quiso verlo : á un tiempo mismo,
Viví del indigente en el abismo.
Y con el grande en faz.

Sin mudanza en mi sér, rico ni pobre
Me vieron como extraño en sus hogares,
Y me fueron á un tiempo familiares
El siervo y el señor.
Uno á uno los vi, y entré con ellos
En la corte, en la choza y en la orgía;
Como su risa y su placer fingía,
Nadie vió mi dolor.

Mas, ángel de verdad, á cada nombre
Que en el libro fatídico estampaba,
Quemándome una lágrima rodaba
Oculta al corazón.
¡Todo lo vi! y al cielo el ala torno
Desolado, convulso, solitario...
¡Señor! ¡ha sido inútil tu calvario!...
¡No quieren redención!

1867.

PARA EL BUSTO DE CERVANTES

Á Miguel Cervantes copia
La efigie que ves presente :
Fué pasmo de extraña gente,
Regocijo de la propia.
Fortuna le hirió con saña,
Mas saña tan sin fortuna,
Que antes fué esa saña á una
Su fortuna y la de España.
Fué tornar fausto lo adverso,
Grande lo humilde, su sino;
Su ingenio humilló al destino,
Dando á sus fallos reverso.
Falló contra su galera
Con doble estrago y espanto,
Y ésa fué la que en Lepanto
Dejó al infiel sin bandera.
Para pena y por baldón
Á la Mancha le condena,
Y él hizo numen la pena
Y de la mancha blasón.

Aherrojóle en lo profundo
De un calabozo nocivo,
Y fué de allí que el cautivo
Salió á cautivar el mundo.
Ansia, implacable deseo
Le fué el extinguir su nombre,
Y ya lo repite el hombre
Por tres centurias arreo.
Ya poeta, ya guerrero,
En ingenioso artificio
Dió muerte su pluma al vicio,
Dió vida al honor su acero;
Y entre donaire y hazaña
Inmortalizó en la historia
Con una mano su gloria
Y con ambas la de España.

EL BAJEL Y EL POETA

AL INSIGNE POETA DRAMÁTICO DON TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ, EN LIVERPOOL

Cuando niño, en mis montañas,
Una vez ¡qué asombro el mío!
Me contaron de un navío
Mil aventuras extrañas.

Tal su poder se admiraba,
Y el fuego que despedía,
Y el penacho que ceñía,
Y el espacio que cortaba,

Que, con estupor profundo,
Más que un bajel, en mi idea
Vi un águila gigantea
Antes no vista del mundo.

Un sueño perenne tuve
Con aquel gran viajador,
Pujante avasallador
De la ola y de la nube;

Hasta que anunciarle oí,
Rumbo acá del horizonte;
Y, veloz pasando el monte,
Bajé al mar : ya estaba allí.

Ardoroso todavía,
Aun resoplaba violento,
Y, gritos lanzando al viento,
Campo pedir parecía.

Pasmo indecible me balda;
Mas le miro encadenado;
Y sigo, y sigo pausado;
Y por fin trepo á su espalda.

Saltábame el corazón
Y estaba como en un sueño,
Porque era hablarle mi empeño,
Y saciar mi admiración.

Y fuí la mano á su frente
Muy cauteloso alargando;
Y, su cuello acariciando,
Díjele secretamente :

« ¡Conque eres tú! ¡Conque es cierto
Que aun sin descoger el ala,
Ave ninguna te iguala
En ese undoso desierto!

» ¡Conque tanto en él descuellas,
Que vas los cielos tocando,
Y con tu mástil contando
Una á una las estrellas!

» ¡Conque es verdad que expedito
La mar traspones de un vuelo,
Y te pierdes en el cielo,
Y atraviesas lo infinito...! »

Y temblé; porque le vi,
Al compás de la corriente,
Mover pausado la frente,
Afirmándome que sí.

—

Tal como al puerto el bajel,
Hoy te trajo aquí la suerte;
Y era igual mi afán por verte,
Al que me inspiraba él.

El que cielo y tierra y mar
Á sus designios sujeta,
Á una al bajel y al poeta
Dió por signo navegar.

El uno, lonas al viento,
Corta las ondas marinas :
Otro, con alas divinas,
La región del pensamiento.

Y á uno y otro, sorprendidos
Ven los hombres; que se siente,
De uno y otro en torno, ambiente
De espacios desconocidos :

Tal me siento yo á tu aspecto;
Mas, como el bajel anclado,
Hoy estás encadenado...
Con los lazos del afecto.

Así mi pasmo vencido,
Viendo en ti sólo al hermano,
En tanto estrecho tu mano
Decirte puedo al oído :

« ¡Conque eres tú! ¡tú el que llena
Los corazones de encanto!
¡El que segó lauro tanto
En la castellana escena!

» ¡El que á un trïunfo otro aduna,
Tal, que parce que has hecho
Ad hoc, para tu provecho,
La rueda de la Fortuna! »

—

Si el que cielo y tierra y mar
Á sus designios sujeta,
Marcó al bajel y al poeta
Por destino navegar,

¡ Bajel, leva ! el mar te aguarda :
Su inmensidad señorea :
Descubrir es tu tarea
Cuanto en sus lindes él guarda.

¡ Poeta ! cruza en tu vuelo
Esas regiones sin nombre :
Tu signo es trazar al hombre
El derrotero del cielo.

Ni temáis : á ambos á dos,
Al bajel como al poeta,
El tiempo mismo respeta,
Si sirven fieles á Dios.

No es naufragio su hundimiento;
Es el paso á un mar vecino :
La Inmortalidad, camino
Á ambos abre á su elemento.

De su mar en la extensión
Ve así el mundo hoy navegar
La *Pinta* y la *Niña*, al par
Con el Dante y Calderón.

1876.

CANTO DE ATILA

(Á GABRIEL E. MUÑOZ)

Los reyes son mis siervos, el mundo mi vasallo,
De la divina cólera el látigo soy yo;
Por eso donde estampa sus cascos mi caballo,
Jamás yerba nació.

¡ Al campo, al campo, O Hunos, volemos sin tardanza,
Ya el són de botasilla da el bélico clarín!
Montad vuestros corceles, y al bote de la lanza
Partid sombrando estragos del mundo hasta el confín!

Ni sed ni frío opongan á vuestro empuje valla;
Miserias tan indignas, O Hunos, deponed;
Que sobrará, lo juro, calor en la batalla,
Y sangre, y sangre á mares para saciar la sed.

La humana raza, abyecta, menguada, envilecida,
La tierra misma mancha y ultraja con su pie :
Cerrad con ella á tajos y no dejéis en vida
Ni un pálido vestigio de lo que un tiempo fué.

¡Cerrad con los farsantes coninfulas de reyes,
Que el oro de los pueblos se apropian con afán;
Y con los viles pueblos que como mansas greyes
La fusta que los hiere besando humildes van!

Al sátrapa tirano y á sus infames siervos
Devastación y muerte crudísimas jurad:
Si el mundo sólo engendra serviles ó protervos,
Talad la humana raza, taladla sin piedad.

¡Mirad esas ciudades! Emporios de valía,
Celosos sus señores les ponen llaves mil:
¡Imbéciles! ¿Hay llaves contra la audacia mía?
Más bien vuestras murallas os sirvan de redil.

¡Temblad! Ya á vuestras puertas el invencible Atila
Ondea en sangre tinto su triunfador cabdel,
Y en los cerrojos mismos con que os guardais, afila
La lanza con que á abriros el corazón va él.

¡Dad paso á mi caballo, que ya ensoberbecido
La crin sangrienta bate bufando de furor!
¿Me resistís? ¡Villanos, pensad que siempre hais sido
Vosotros los vencidos y Atila el vencedor!

¡Entrad á saco, O Hunos, y no á saciarse acierte
En sus henchidas arcas la sed que os arde ya!
Si el oro de los pueblos es siempre del más fuerte,
No lo robáis: es mío cuanto la tierra da.

Ya los monarcas todos me doblan la rodilla :
¿No veis cuál mis perdones se acercan á implorar?
Pueda en la edad futura, blandiendo su cuchilla,
Un nuevo Atila al mundo de la abyección purgar.

Los reyes son mis siervos, el mundo mi vasallo :
De la divina cólera el látigo soy yo;
Por eso donde estampa sus cascos mi caballo,
Jamás yerba nació!

1862.

LOS DOS ÁRBOLES

Fábula vana,
Farsa ilusoria
Creereis la historia
Que rimo aquí.
Mas cual la cuento
Llana y sencilla
Pasó en la orilla
Del Choroní,
No es á ficciones
Mi lira afecta,
Yo de otra secta
La ley juré:
Á mi alma extraños
Mentira y dolo,
La verdad sólo
Mi numen fué.
Yo, mientras otros
Huestes y villas
Y maravillas

Pueden fingir,
Tengo á la madre
Naturaleza,
Que mi pobreza
Sabe suplir.
¿Y á quién, tampoco,
Le fuera en zaga,
Con esa maga
De inmortal sér?
Cuanto hizo el hombre
De uno á otro polo,
Remedo es sólo
De su poder.
Válvulas, fuelles
Pidió á su ciencia,
De ella potencia
Tomó mayor;
Y aventó el aire,
Y encendió fraguas,
Lanzó las aguas
Á su sabor.
Cruzando un día
Bosque y raudales,
En los cañales
Música oyó:
Era del viento
La dulce flauta,
Y en ella pauta
La suya halló.

Cuando al nautilo,
Bajel viviente,
Vió diligente
La onda surcar,
Dél imitando
Remos y velas,
Sus carabelas
Botó á la mar.
Al rayo, luego,
Con arrogancia
Tiempo y distancia
Salvar miró;
Y tornó en rayo
Su pensamiento
Con el aliento
Que á él le quitó.
Y no está lejos
Tal vez el día
Que su osadía
Corone al fin,
Cuando en el éter
Tendiendo el vuelo,
De nuestro cielo
Toque al confín.
Serán cual cóndores
De enormes alas
Los que las salas
Visitarán
De esas regiones

Do hoy sólo impera
La voz severa
Del huracán.
  Pero del hombre
La altiva gloria
¿Qué hace á la historia
Que cuento aquí?
Curso le cumple
Llano, inocente,
Cual la corriente
Del Choroní.

—

  Choroní es una
Modesta aldea
Do se recrea
Y ufana el sol,
Al par dorando
Palmas frondosas,
Purpúreas rosas,
Verde serpol.
  Desde la playa
Del mar bravío,
Do se echa el río
Claro y gentil,
Hasta las sierras
Que al sur se empinan
Y el mar dominan
Y valles mil,

En dos poblados
Está partido
Todo el lucido
Valle feraz;
El río en tanto
Baja intermedio,
De predio en predio
Limpio y fugaz.
Allá, al interno
Poblado, honores
Sus moradores
Dan de ciudad;
Á éste, de puerto
Le da talante
Del mar bramante
La vecindad.
Allá el santuario
De la patrona,
Santa madona,
Del pueblo fe,
Allá la gente
Más cortesana,
Más ciudadana
Gala se ve;
Y aunque doquiera
Se escucha el río
Y el murmurío
Del cocotal,
Y los susurros

De los bucares,
Y los cantares
Del turupial;

Únense á veces
Á estos rüidos
Cultos sonidos,
Culto clamor;
Los que el pïano
Sonoro lanza,
De canto y danza
Grato rumor.

Acá se mira
De trecho en trecho
Ya un rancho estrecho,
Ya un blanco hogar;
Acá demoran
Conjuntamente
Marina gente
Y aves del mar.

La playa toda,
Todas las aguas,
Blancas piraguas
Y lanchas son:
Una á la vela
Se ve expelida,
Y otra mecida
De su rezón;

Ésta en el río
Do se arrejera,

La tarde espera
Para levar;
Mientra á la sombra
De los uveros
Sus marineros
Van á sestear.
Aquí no estilan
Cultos cantares,
Mas populares
Tonadas, mil;
Y es para verlos
Con cuánto ahinco
Baten el *cinco*
Y el tamboril.
Mas lujo es vano
Tanta memoria
Para la historia
Que cuento aquí;
Vestirla debo
Llana y sencilla,
Como la orilla
Del Choroní.

—

En una vega
Que el rio halaga
Y el mar amaga
Con su furor,
Que al par es muelle

Del marinero
Y amarradero
Del pescador;
  Donde el buey tardo,
Si el sol le enerva,
Sobre la hierba
Gusta solaz,
Y el paujil une
Su alto graznido
Con el gemido
De la torcaz;
  Alto y pujante
Como un castillo,
Verde jabillo (1)
Se alzaba ayer,
Dosel al río
Sus ramas dando,
Largo brindando
Sombra y placer.
  Pero las gentes
De aquel contorno,
Nunca, al bochorno
De la estación,
Su placentera

(1) Árbol de Venezuela, corpulento, robusto y erizado, desde
l tronco, de pequeñas y gruesas espinas. De él se labran las
noas y embarcaciones de una pieza, que sirven de transporte
 las costas.

Sombra buscaban :
Á otro le daban
Predilección.
Sólo á algún ave
De la montaña
Cántiga extraña
Rendirle oí,
Dando matices
Á su ramaje
Con su plumaje
Gualdo y turquí.
Todo en la vega
Desdén, olvido
Para el erguido
Jabillo fué :
Los mismos todos
Eran á un lano (1);
Y árbol más vano
No hay otro, á fe.
Yo, que la suerte
De ambos veía,
Yo, que sabía
De éste y aquél
Vicios, virtudes,
Á lo profundo,
Pensé en el mundo

(1) Arbol muy vistoso, de hoja ancha, y la corteza de un lindo color de rosa ; es fofa su madera, y sólo se usa para boyas.

Ciego y cruel.
En éste (dije
Con un suspiro)
La estrella miro
Del necio audaz:
Él sólo priva,
Sólo campea,
Por más que sea
Su aura falaz.
En todas partes,
Puesta la venda,
Por torpe senda
Fortuna va:
Al bueno, al noble,
Planta, hombre ó bruto,
Desdén por fruto
Sólo les da.
Mas una tarde
(Reinaba Octubre)
Todo lo cubre
Denso crespón:
Zumban los vientos,
Tiemblan los montes,
Los horizontes
Fantasmas son.
Pronto las ígneas
Flechas del rayo
De cayo en cayo
Se ven saltar;

Cada descarga
Del ronco trueno
De seno en seno
Barre la mar.
  Las cataratas
Del cielo abiertas,
Rotas las puertas
Del huracán,
Aguas y vientos
En cruda guerra,
Mar, cielo y tierra
Batiendo están.
  La playa toda
Llenan en tanto
Voces de espanto,
Clamores mil;
Á varar corren
Los marineros,
Y los vaqueros
Á su redil:
  Los caracoles
De los de á bordo
Con eco sordo
Se oyen clamar;
Mas vano atruenan
La costa oscura:
¡Quién se aventura
Con esa mar!
  Súbito un tumbo

Siéntese enorme,
Como el de informe
Grave peñón;
Y á poco el río
Baja espumando,
Ronco bramando
Como un león.
La horrenda noche
Toda fué estrago;
Y en ancho lago
Trocada vi
La antes galana
Pero sencilla
Plácida orilla
Del Choroní.

—

Concha de nácar
Que fresca arroja
La mar, y aun moja
Con su zafir,
Y que en sus visos
De oro y de plata
Viva escarlata
Deja lucir;
Eso es el cielo
Cuando la aurora
Lo baña y dora
De su artebol,

Así encorvado
Sobre el oriente
Hoy ve esplendente
Surgir el sol.
Con la alborada,
Gozoso el pecho,
Dejan el lecho
Nauta y pastor;
Mas hoy, doquiera
Vuelven los ojos,
Ruina y despojos
Ven en redor.
Calmóse el cielo
Y el mar bravío;
Ya apena el río
Se oye sonar :
De su soberbia
Corrido acaso,
Muy quedo el paso
Mueve á la mar.
Postrados fueron
Leños robustos,
Tiernos arbustos
En fin precoz :
Hombres ó plantas,
Al flaco, al fuerte
Hiere la muerte
Con úna hoz.
El que se alzaba

Como un castillo,
Fuerte jabillo,
Por tierra está.
¿Y el otro? Dilo,
Mar insondable...
Ni quien dél hable
Siquiera hay ya.
   Del viento mofa,
Del mar desprecio,
Como el del necio
Fué su esplendor;
Gracias si en brutos
Fragmentos romos
Lo ata á sus plomos
Un pescador.
   Mas aquel árbol,
De quien huyeron
Los que temieron
Sus dardos mil,
Cual huye el vicio
De la severa
Virtud austera
Y aun la aja vil,
   Del justo encomio
Llegar vió el día;
Su apología
Doquier sonó;
Y á poco, orgullo
De la comarca,

Pomposa barca
La mar hendió,

—

Nave el ingenio
Que el mundo olvida,
La vela henchida,
Raudo el volar,
Al fin, domando
Las tempestades,
De las edades
Divide el mar.
Divino ingenio,
Claro ó inculto,
Mi pecho culto
Siempre te dió;
Yo soy al modo
Del pajarillo
Que á aquel jabillo
Parias rindió.
Aliento á darte
Y albor de gloria,
Mi humilde historia
Conté por ti;
Y á ti la envío
Llana y sencilla
Desde la orilla
Del Choroní.

LOS DOS LEÑOS

— ¿Quién eres, el de la playa?
— ¿Quién eres, el de la ría?
— Pino me llamaba un día.
— Á mí me llamaban Haya.
— Eres, entonces, mí hermano...
— Hermanos somos en Dios,
Y á más bajeles los dos
Por voluntad del humano.
— ¿Si? ¿Qué haces, pues, tan austero
Junto á esa fosa?
— Lo mismo
Qúe tú anclado en ese abismo :
Esperando un pasajero.
— ¿Sin timón?
— Ni es necesario.
— ¿Sin velas?
— No he menester.
— ¡Triste jornada ha de hacer

En ti el humano!
— Al contrario.
Mi simple ser le redime
De todo acaso rüín;
Yo del principio y el fin
Soy la fórmula sublime.
La cuna es trasunto mío,
Él en ella me presiente;
Yo soy su ocaso y su oriente,
Y adonde empezó le guío.
¿Qué es al águila el gorrión?
Pues junto á mí tú eres menos;
Y esos días de horas llenos
Que cuentas en tu extensión,
Tanta ola desatada,
Tanto horizonte marino,
Son un remedo mezquino
De mi infinita jornada.
— ¡Pues no hay bajel, en verdad,
De igual esencia y virtud!
¿Cuál es tu nombre?
— « Ataúd ».
— ¿Y tu mar?
— La Eternidad.

1868.

A ARMINDO, POETA

¿Enojo, inquietud, tristezas,
Por tal levedad, Armindo?
Bien se conoce que empiezas
La cuesta á subir del Pindo.

Mira, en la tierra y el cielo
Reina ilesa la verdad;
Á disfrazarla no hay velo,
Ni á empañarla oscuridad;

Que al fin, aunque en su delirio
El hombre la envuelva en nieblas,
Resplandece como Sirio
En las nocturnas tinieblas.

Si del ingenio has sentido
La santa llama en tu pecho,
Sabe que nadie ha podido
Cambiar lo que Dios ha hecho;

Y no es poeta ni artista
Ninguno á quien serlo cuadre,
Como el numen no le asista
Desde el seno de su madre.

Deja al crítico á su antojo,
En la pasión que le acosa,
Rosa llamar al abrojo,
Llamar abrojo á la rosa.

La pasión, más que en su empeño
Grite, arguya y se desmande,
Ni hace grande al que es pequeño,
Ni hace pequeño al que es grande.

No convierte en junco al roble
El turbión en su batalla;
Ni el odio, al grande y al noble
Les quita nunca su talla.

Mas ¿son siempre por contrarios
Injustos los pareceres?
¿No son los gustos tan varios
Como son varios los seres?

Libre á cada cual le deja
Lo que su deleite labra:
Goza en las flores la abeja,
Gusta el espino á la cabra:

El sol al buho atolondra,
Ámale el cóndor gentil;
Busca los cielos la alondra,
Y las charcas el reptil.

Mas para ser fresca flor
En donde libe la abeja,
Astro de vivo esplendor
Que vea el águila perpleja :

Para segar y obtener
Lauro y privanza completa
Del pueblo y de la mujer
(Los amigos del poeta)

¡Armindo, qué sacrificios!
¡Cuánta tenaz fortitud!
¡Qué despego de los vicios!
¡Cuánto apego á la virtud!

Y á la abnegación inmensa
De tu alma, de tu sér,
Ni has de esperar recompensa,
Que no es debida al deber.

No es el mundo ni el buen nombre,
La conciencia es quien nos paga :
Ni bien ni mal hace el hombre,
Que á si propio no lo haga.

Dios, patria y amor, por signo
Lléva escrito en tu estandarte;
Sin lema tal, nadie es digno
Del sacerdocio del arte.

De tus cantares se vea
Que la verdad te ilumina :
Si juzgas, si fallas, sea
Tu sola ley la divina.

Los falsos juicios del hombre
Por ningún caso redimen
Al que da á locas el nombre
De heroica virtud al crimen;

Porque, con otra medida,
Son en el juicio divino
El gran Catón, un suicida...
El noble Bruto, asesino...

Nobleza á tu musa imparta
Tu nobleza personal :
Imita al hijo de Esparta
En lo firme y lo leal.

El llanto lava el pecado,
La enmienda el error; quizás
Se lava el ajusticiado...
Pero el traidor, ¡no! ¡jamás

Tu mano al ingenio tiende
Y alienta su vocación;
Y si á ti va quien te ofende,
Le abra tu puerta el perdón.

Nadie tema; sea delirio
Esperar de tí rigor:
Que se sepa que es del lirio
La fragancia y el candor.

Abre tu pecho al que hiere,
Ciérralo como un sagrario
Á la venganza, y prefiere
Ser víctima á victimario.

Mejor es tomar la hiel,
Que darla, sayón ruín;
Mejor morir como Abel,
Que vivir como Caín.

Mas sé en el deber tan fuerte,
Que en prueba tu honor un día,
Prefieras antes la muerte
Á dejar la recta vía.

Nadie tema que en ti quepa
Ni tibieza ni desmayo;
¡Nadie dude! que se sepa
Lo que hay que esperar del rayo.

Y entre el deber y el amor,
Broten alternos de ti,
El trino del ruiseñor,
El trueno del Sinaí.

Sigue tu estrella divina:
Enseña el bien, odia el mal;
Y la víbora mezquina,
Que muerda tu pedestal.

El pueblo, juez recto y sabio,
Airado de ofensas tales,
Al ingenio, en desagravio,
Le vibra palmas triunfales;

Y pasar á los poetas
Ven las turbas generosas,
Lleno el peto de saetas,
Mas coronados de rosas.

1891.

AMANECIENDO

(Á BALDOMERO RIVODÓ)

Allá despunta fulgente
La estrella de la mañana;
De mil topacios, ufana,
Se ciñe la hermosa frente;

Y manda al aura, que peina
La tersa mar adormida,
Que promulgue la venida
De la esplendorosa reina.

¡Oh misterioso rumor!
¡Oh ambiente fresco y süave!
Ya suena el pregón del ave
Que anuncia el primer albor;

Y otro al lejos le responde,
Y otro á éste en són pausado
Desde el repuesto cercado
Donde cada cual se esconde.

En la playa, vagadoras
Sombras se ven, y una á una
Salen buscando fortuna
Las barquillas pescadoras;

Y el mar, que el bien les promete,
Van cortando en muchedumbre
Entre las cintas de lumbre
Que dibuja el canalete.

Pero ¿qué súbita llama
El horizonte arrebola
Y rïela de ola en ola
Y el cielo pinta y recama?

¿Qué invisible serafín
O almo artista en los espacios
Ha pintado esos palacios
De oro, zafiro y carmín?

¡Oh belleza soberana!
¡Oh celeste maravilla!
Dobla, O mortal, la rodilla
Ante el Dios de la mañana.

Goza en estupor profundo,
Que estás viendo en esa esfera
La misma aurora primera
Que dió el creador al mundo.

Ya rompe espléndido el día :
En luz las sombras se mudan :
Las aves al sol saludan
En inmensa vocería.

El cáliz, á su presencia,
La flor abre humildemente :
El palmar dobla la frente
En señal de reverencia :

La montaña su neblina
Dispersa en mil banderolas
Y las tiende hacia las olas
Por donde el sol se avecina ;

Y de su alma el poeta
Un himno eleva á la altura,
En que la inmensa ventura
Del Universo interpreta ;

Y saciar su ardiente anhelo
Siente, sin ley y sin traba,
Un amor que no se acaba,
Porque es un amor del cielo.

¡Cómo todo se engalana!
Ya de la flor en el broche
Las lágrimas de la noche
Son perlas de la mañana.

¿Cuál el pecho sin fervor,
Que én esta hora bendita
No sienta en sí la infinita
Clemencia del Creador?

¿En quien venturas no labren
Los mil encantos que encierran
Las estrellas que se cierran
Y las flores que se abren?

¿El alma que no se humilla
Y no se goza y recrea
Si á misa llama en la aldea
La afanosa campanilla?

¿Cuando esparcirse las greyes
Mira en la tendida vega,
En tanto aguijando llega
El pastor los tardos bueyes?

¡Oh ciudad! ¡jamás tus muros,
Prisión dorada, á ver vuelva!
En este prado, esta selva,
Mis años pasen oscuros.

¿Cambiaré por tu fiereza,
Fingimientos y falacias
Los encantos y las gracias
De la alma naturaleza?

Cuando tus ondas de plata
Miro deslizarse, O río,
Bajo ese ramaje umbrío
Que en tu espejo se retrata :

Cuando saltando en las peñas
La garza silvestre miro,
Y oigo el doliente suspiro
De la tórtola en las breñas :

Cuando el inquieto terral
Sus alas bate en mis sienes,
Y contemplo los vaivenes
Del sonante cocotal :

Cuando libres, vagarosas,
Sobre las campestres flores
Miro gozar sus amores
Sin leyes las mariposas :

Cuando en la hojosa arboleda
Suelta el avecilla el trino;
¿Qué á mí el ceño del destino,
Qué á mí su inconstante rueda?

¡Ah! ¡que en tu recinto, estrecho,
O mundo, á las ansias mías,
No caben las armonías
Del Dios que vive en mi pecho!

En este campo florido,
Cantando mi devaneo,
Vivir y morir deseo,
Del mundo todo en olvido.

Ni una voz, ni humano acento
Alce en mi losa sus quejas :
Balen por mí las ovejas,
Gima en mi ciprés el viento;

Mi elegía sea el fragor
De esa ola que retumba;
Y haga la cruz de mi tumba
Con su cayado un pastor.

Macuto, 1886.

FRIGUS

(A J. A. PEREZ-CALVO)

¡Qué amanecer tan horrible!
¡Pobres padres! Fueron vanas
Sus largas noches de vela,
Tanto anhelar, tantas ansias.

¡Apenas vió siete abriles
La niña llena de gracias,
La de los crespos de oro,
La de la tez nacarada.

Todo es hoy tristes aprestos
Y ayes que parten el alma —
Sólo los niños, tres ángeles,
Están de fiesta en la casa.

Las novedades que encuentran
Al despertar, los encantan:
El carpintero que toma
Las medidas de su hermana:

Las nuevas sillas que llegan,
Los ramos de rosas blancas,
Las blancas cintas de raso
En los faroles y arañas.

Tal como tres tortolillas
Que juntas vuelan ó saltan,
En donde quiera están ellos,
Y todo lo ven é indagan.

Ahora oyen que la *urna*
Va á llegar, y se preparan
Á ver qué es eso, que ofrece
Ser lo de más importancia.

En el corredor se apostan,
Las manos atrás cruzadas,
La vista al zaguán, atentos
Á todo bulto que pasa.

Á todo ruido que suena,
Los ojos á un tiempo alzan —
Por fin, á cuestas de un hombre
Entra lo que tanto aguardan.

Y es de verse su alegría,
Sus brinquillos y palmadas,
Y cómo la rica urna
Los fascina y arrebata.

En festivo cuchicheo
Sus impresiones se cambian,
Y se van detrás, gozosos,
Hasta la mortuoria estancia;

Y mientra á su último lecho
Á su hermanita trasladan,
Manoséanlo ellos todo,
Raso, cordones y chapas.

Ya en su urnita, aun descubierta,
Está el ángel en la sala;
Y ellos parece que sienten
Su curiosidad saciada,

Pues se van. Uno tan sólo,
Niña que apena en seis anda,
Se queda allí, cavilosa,
Con aires de despechada.

Eso que juzga un presente
Para obsequiar á su hermana,
Ha lastimado su orgullo,
La hace verse postergada.

Se acerca; y en voz de enojo
Qun aun en su gesto se marca,
Al inanimado ángel
Le dirige la palabra:

« ¡Sí, te han hecho un gran regalo!
Á mí me dejan sin nada,
Y á ti te ponen lo mismo
Que una muñeca en su caja.

» Tú serás la más bonita,
Que á ti sola te regalan...
Por eso piensas que todo
Te lo mereces... ¡Tan mala! »

Va á pellizcarla en el brazo,
Y al mismo tocarla salta,
Cual si se hubiese sentido
De una víbora picada.

Sepárase lentamente
Retrocediendo de espaldas,
Hasta entrar, como en un nicho,
En un rincón de la sala.

Desde allí, llena de asombro,
Ya miraba hacia su hermana,
Ya á las puntas de sus dedos
Del tenaz hielo abrasadas.

Pero tal vez entre tanto
Que en su estupor se abismaba,
Algo del hondo misterio
Dijo aquel frío á su alma;

Pues dobló luégo la frente,
Presa de impresión extraña,
Y de sus lánguidos ojos
Se desprendieron dos lágrimas.

1892.

EL LLANTO

Beati qui plorant.

No desprecies, mortal, la palabra
Que te enseña el eterno saber;
Cuando al cielo la senda te abra;
No pretendas el rumbo torcer.
« Bienhadado el que llora », está escrito :
¿ Y es tu afán esa fuente secar?
Es del llanto el poder infinito :
La oración más ferviente es llorar.
¿ No te ofrece la lluvia del cielo
Enseñanza profunda también?
Cuanto viste marchito en el suelo,
Levantó florecida la sien.
No en sequía, á las lluvias mayores
Suelta el iris su tul celestial,
Cual bandera de siete colores,
De que hay fiesta en el cielo señal.
¿ Y tu pecho en cerrarse se empeña
Á ese riego fecundo de amor?
Si se abriera á la lluvia la peña,
Se vistiera de hierba y de flor.

Por misterio del llanto se alcanza
Cuanto vimos morir ó pasar :
Resucita la muerta esperanza :
Cuanto lloras lo vuelves á hallar.
Cuanto fué derribado en mal hora,
Cobrará su belleza y virtud :
Lo que es sombra y pavor, será aurora;
Áurea barca el luctuoso ataúd.
Cobrará sus colores y brillo
De su polvo surgiendo la flor :
Se alzará de su escombro el castillo
Á ostentar otra vez su esplendor.
Á los campos nativos el ave
Su errabundo volar llevará ;
En el puerto la náufraga nave,
Gallardetes al viento, entrará.
El cordero á la antigua dehesa
Volverá, como nuevo el vellón :
De sus pérfidas garras ilesa
Soltará la gacela el león.
¡Pero llora! Tus muertos despojos
Así cobren su prístino ser :
Si no sueltas en mares tus ojos,
La ribera natal no has de ver.
Porque al puerto pacífico y santo
De tu ardiente y eterno anhelar,
Navegando los mares del llanto
Sólo puede tu barca llegar.

1871.

NOSTALGIA

Pasó, pasó el invierno,
La primavera asoma,
Reviste llano y loma,
Colora cielo y mar.
Á todo infunden vida
Las auras en su giro :
Yo sólo no respiro
Las auras del hogar.
Pasó, pasó la niebla
Que al alto campanario
Cual lúgubre sudario
Prestaba embozo ayer;
Ya limpia al cielo sube
La torre gigantea :
¡ O torre de mi aldea,
Quién te pudiera ver !
Apíñanse las naves
Del Merse en las riberas,
De humeantes penacheras
Que á Albión orgullo dan;

Sus flámulas, del viento
Son fiesta y atavío :
¡O margen de mi río!
¿Tus palmas, dónde están?
Cantando en su barquilla
Se ve al amante ufano;
De nuevo el tardo anciano
La vida siente en sí;
En el materno seno
Dormita el niño en calma :
¡O madre de mi alma,
Si moriré sin ti!
Amantes, prado, templo,
Barquillas, cielos, mares,
De Abril en los altares
Load al Creador;
Al viento en dulces notas
Mandad vuestra alegría :
¡O madre, O tierra mía,
Yo os mando mi dolor!

Liverpool, 1868.

EN LA REJA

« Vamos, hoy podemos verle »,
Dice la madre á la niña:
Y una y otra de la mano
Á la prisión se encaminan.
Llegan, patios atraviesan,
Puertas y salas sombrías;
Al fin al pie se detienen
De una alta reja maciza.
El centinela golpea,
Y asoma un hombre, que indica
Ser un sacerdote; auséntase,
Y aparece una faz lívida.
De mal atado pañuelo
Cubierta la sien tenía,
El rostro muy demudado
Y la barba muy crecida.
La madre, á ocultar su llanto,
Los ojos á tierra inclina,
En tanto en alto suspende
De los brazos á la niña.

Con ansia los suyos saca
El cautivo á recibirla,
Y llena de ardientes besos
Sus labios y sus mejillas.
« ¿Qué me tienes hoy guardado?
Dame pan » dice la niña,
« Desde que tú te mudaste,
Tengo hambre noche y día. »
Un mar de lágrimas nubla
Del cautivo las pupilas,
Y dándole su pan negro,
Convulsivo la acaricia.
Luégo besó aquellas manos
Que á la niña sostenían;
Puso en ellas, en memoria,
Una gastada sortija;
Y en súbito movimiento
De la reja se retira,
Lanzando allá entre las sombras
Un rugido de agonía.
« ¡Aguarda!... » entre mil sollozos
Dice la madre; « ¡Bendícela!... »
Mas oye sólo el acento
Del confesor que le auxilia;
Y á tierra exánime viene;
Mientras la inocente niña
Sigue su pan devorando
Con indecible alegría.

1869.

« E NON TORNÓ »

—

TRINIDAD

(Á MI HERMANA ELENA S. DE VEGAS)

I

Cuando llegaste, las lilas
Á florecer empezaban
Y en fragancia se exhalaban
Bajo las auras tranquilas.
Los citisos su tesoro
De gualdas flores lucían,
Y poblados parecían
De mariposas de oro.
Tú diste á todo el aspecto
Del cielo cuando alborea:
Voló á ti con su librea
De azul y verde el insecto;
Y á hacerte obsequio galante
Salieron, con porte egregio,

La rosa, de manto regio,
Y el tulipán de turbante.
De las índicas riberas
Tú peregrina llegabas :
Aun el vaivén conservabas
De las gallardas palmeras :
De nuestras selvas natales
El ambiente difundías,
Y el dulce canto traías
De las aves tropicales.
¿De ellas acaso obtuviste
Tú melancólico acento?
¡Ay! ¡aun vibrar en mí siento
Aquella canción tan triste!

II

Verla pienso todavía...
La noche estaba serena,
La atmósfera toda llena
De encantos y poesía.
Desde su oculto recinto
Embalsamaban la estancia
Con ráfagas de fragancia
La violeta y el jacinto.
Y ella en pie junto al pïano,
Como angélica figura,
Vuelto el mirar á la altura
Y contra el pecho la mano,

Aunque en aparente calma,
Todo el corazón ponía
En la triste melodía
Que brotaba de su alma.
Y no sé por qué, entre tanto
Que la oía y la miraba,
Sentí que se me agolpaba
Á los párpados el llanto.
¿Era el poder, la impresión
Del arte y el sentimiento
Ú oculto presentimiento
Que me ahogaba el corazón?
Sólo sé que en tal instante,
Mudo el labio, el pecho opreso,
Ya el temor de su regreso
Me asaltaba amenazante,
Cuando inspirada clamó
De intensa ternura llena,
Como á sosegar mi pena:
Non temere, io tornerò.

III

¡Io tornerò!... ¡Ay! ¿quién pudo
Jamás decir «volveré»?
¿Quién hay que seguro esté
Del hado instable y sañudo?
¡Io tornerò!... ¿Quién alcanza
Á imponer ley al destino?

¿Quién rumbo traza y camino
Á el ala de la esperanza?
¿Quién llevó sus devaneos
Siempre por senda florida,
Ó ancló en el mar de la vida
La nave de sus deseos?
¡Io tornerò!... No sabía
Del tiempo el rigor, acaso,
Y cómo huella á su paso
Juventud y lozanía:
Cómo lo mismo despoja
Á el alto roble potente,
Y aja á la rosa naciente
Antes que el cáliz descoja.
¡Oh inocente! ¿Dónde fueron
Tus esperanzas risueñas?
¿Por qué en callar hoy te empeñas?
Tus promesas ¿qué se hicieron?
¿Quién ¡oh dolor! quién ahogó
Tu voz de ángel sonora?
¿Por qué no vuelves ahora
Á decir *io tornerò?*

IV

En todo labio, el lamento,
En todo pecho el dolor,
Desolación en redor
Es el lúgubre aposento.

Sobre el cabezal de armiño
Los rizos cabellos sueltos,
Al cielo los ojos vueltos
Con la inocencia de un niño;
Al pecho juntas las manos,
Con mirar que sonreía,
Que la llamaban veía
Los ángeles sus hermanos.
Quiso dar de una mirada
Al mundo su despedida:
De la luz del cielo herida,
Ya en la tierra no vió nada.
Entonces, sus ansias todas
Volar á la altura fueron;
Sus ojos las aras vieron
De sus celestiales bodas;
Y de todo se olvidó,
Y ¡ay! sin pensar lo que hacía,
La que volver prometía,
Fuése al cielo... *¡e non tornò!*

LA HOJA

Íbamos niños
Por la floresta
Llena de aromas
Y de rumor :
Todo cantaba
La alegre fiesta
Del primer beso
De nuestro amor.

Nos saludaron
Mirtos y palmas.
Su frente al sauce
Doblar miré ;
Á augurar dichas
Á nuestras almas
Cantó en las ceibas
El Dios-te-dé.

Hízonos toldo
Fresco y sombrío

Con sus ramajes
El cafetal;
Epitalamio
Nos hizo el río,
Cantó las nupcias
Un cardenal,

Vió por diadema
Su sien divina
Temblante aljófar,
Diamantes mil;
Tuvo por velo
Tenue neblina,
Tules dorados
Al sol de abril.

Y allí, premiando
Mi amor primero,
Sus esponsales
Me refrendó:
Con una espina
De limonero
Sobre una hoja
Los escribió.

¡ Cómo esa prenda
Me envanecía!
Ni en sueños hubo
Ventura igual;

Yo era cual árbol
    Que se gloría
De su follaje
    Primaveral.

¡ Ay ! ¡ qué ventura
    Tan ilusoria !
¿ Tanta protesta
    Dónde se fué?
Dilo, hoja frágil,
    Triste memoria,
Dónde la niña
    Grabó su fe.

Hoy, con la prenda
    Que me acongoja
Contra este pecho
    Que la adoró,
Soy como el árbol
    Al que una hoja
De su atavío
    Sólo quedó.

———

LAS DOS AVES

Desde encorvado ramaje,
En las aguas de un raudal
Admiraba un pavo real
La pompa de su plumaje.
Un ruiseñor, entre tanto,
Escondido en la espesura,
Llenaba monte y llanura
Con las notas de su canto.
Y dijo el pavo : « ¡ Hay torpeza !
¡ Venir á sentar rëales
Donde brillan sin rivales
Mi lujo y mi gentileza ! »
Largo silencio guardó
Un filósofo que oía ;
Mas cuando la noche umbría
Llanura y montes cubrió,
Y que de uno y otro actor
Más indicio no quedaba
Que el canto que aun modulaba
El selvático tenor,

« Venga (dijo) en este punto
El necio opulento y hable
Si de su esplendor instable
No es este caso trasunto.

« Esa sombra en que se ha hundido
Súbito el ave altanera,
Anuncia lo que á él le espera
Puesto su sol : el olvido;

« Mientra esa voz que aun retumba
Llenando el nocturno viento,
Dice que vive el talento
Aun más allá de la tumba. »

EL ÁSPID Y EL ROSAL

La gala de un rosal despedazando,
Díjole á un ave un áspid iracundo :
— ¡ Que por tan vana flor viva admirando
Á este arbusto salvaje todo el mundo !

¡ Á ver si hay necio ahora que lo alabe
Y halla que es bello aún y vale cosa!...
— Destrozar es muy fácil (dijo el ave) :
Envidioso reptil, ház tú una rosa.

AL GENERAL GUZMÁN-BLANCO

QUE CELEBRÓ EN COCHE EL TRATADO DE PAZ DE 1863

Juntos tras la gloria un día
Nos lanzamos con transporte;
La libertad fué tu norte,
Mi norte la poesía.

Del camino á la mitad
Voy yo aún ¡y de qué modo!
Tú lo acabaste del todo
¡Y con qué comodidad!

Yo rimando á trochemoche
Un pie y otro, paso á paso,
Voy con mis pies al Parnaso:
Tú fuiste á la gloria en coche.

LA SOMBRA DE LAS PLAYAS (1)

BALADA

Hacia un sauce que lúgubre inclina
La frente á la mar,
Solitaria la planta encamina
Florinda á llorar.

Una tumba hay allí, que sepulta
Por siempre su bien;
Una tumba es su pecho, que oculta
Reliquias también.

Cuando endecha en la noche la extraña
Visión de dolor,
Con su bronco retumbo acompaña
La mar su clamor.

(1) Está fundada esta balada en una superstición tradicional de los marinos costaneros de Choroní, que hacen teatro de ella, principalmente, al solitario y bello puertecillo de Maya, distante como siete leguas sotavento de La Guaira.

No temais á la sombra nocturna,
Tenedle piedad;
Busca sólo una cruz y una urna :
Por ella rogad.

—

Si á la luna en las playas la miran
Las naves cruzar,
La conjuran medrosas, y viran
El rumbo á la mar.

De ella corre fatídico y sordo
Relato doquier,
Y le prestan las gentes de á bordo
Siniestro poder.

Va su nombre en marinas baladas
Que ponen pavor :
Ella encrespa las ondas saladas,
Da al viento furor.

Ya la han visto en siniestra piragua
Las naves retar,
Y al ganar la regata, en el agua
Sumirse fugaz :

Ya en la costa tirar la rejera
Del surto bajel
Alertanto con voz agorera
De allá al timonel :

Ya alcante gaviota, á la cumbre
Del mástil venir,
Y, soltándose en honda quejumbre,
De súbito huír.

No temáis á la sombra nocturna,
Tenedle piedad ;
Busca sólo una cruz y una urna :
Por ella rogad.

—

¡ Cómo instable nos huye y se aleja,
Florinda, el placer !
¡ Cómo dura el dolor que nos deja
La dicha de ayer !

¡ Ay ! ¡ que ayer entre flores y canto
Se holgó tu pasión,
Y á las noches hoy pones espanto,
Medrosa visión !

Gentil turba de júbilo llena
Gozaba en tu bien ;
Hoy un sauce gimiendo tu pena
Te arrulla la sien.

No temáis á la sombra nocturna,
Tenedle piedad,
Y al favor de esa cruz y esa urna,
Que duerma rogad.

EN LA ORILLA DEL ARAGUA

YARAVÍ

En la orilla del Aragua
Un amante se dolía.
¡Cómo todo sonreía
En la orilla del Aragua!
Sordo el viento, el ave, el agua,
Nadie en torno comprendía
Que un amante se dolía
En la orilla del Aragua.

—

Á la orilla del Aragua
Hoy no vengas, aguadora,
Que hay un mísero que llora
Á la orilla del Aragua;
Fuente arriba toma el agua,
Río abajo amarga ahora;
O no vengas, aguadora,
Á la orilla del Aragua.

—

Al pasar por la Victoria,
Este nardo en su ventana
Pon marchito á esa inhumana,
Al pasar por la Victoria;
Despertando su memoria,
Sabrá á quién dió una mañana
Este nardo en su ventana
Al pasar por la Victoria.

—

Aquí, al pie de esta palmera,
Hizo esclavo el pecho mío,
Yace muerto mi albedrío
Aquí al pie de esta palmera.
La vi aquí por vez primera,
La vi aquí salir del río,
É hizo esclavo el pecho mio
Aquí al pie de esta palmera.

—

De jazmines de café
La guirnalda que ceñia ;
¡Tarde sé por qué la hacía
De jazmines de café!
Fiel imagen de su fe,
Vi aquí mustia al otro dia
La guirnalda que ceñia
De jazmines de café.

—

De oloroso limonero
El palillo que mascaba;
Y el aroma que ella daba,
De oloroso limonero.
Aun lo aspiro y de amor muero,
Que era aquí donde cortaba,
El palillo que mascaba
De oloroso limonero.

—

En la orilla del Aragua
Ya á esa ingrata en vano aguardo...
¿Á qué, pues, sus prendas guardo
En la orilla del Aragua?
Con mi llanto os lleve el agua,
Limonero, café, nardo...
Ya á esa ingrata en vano aguardo
En la orilla del Aragua.

EL ÁVILA

EN LA PARTIDA PARA EUROPA DEL INSIGNE PINTOR
MARTÍN TOVAR Y TOVAR

Audaz, robusto, pujante,
Impasible el continente,
Hasta los cielos la frente
Yergue el andino gigante.

De atalaya noche y día,
La libre ciudad velando,
Vésele á la mar mirando
Hasta inmensa lejanía.

Y ni le turba ni escalda
El sol, que vierte á torrentes
Ígneas oleadas hirvientes
Sobre su encorvada espalda,

Ni parece que le toca
La furia de la tormenta
Cuando sus rayos, violenta,
Rompe en su yelmo de roca.

Ahí está el gigante andino
Firme en la actitud severa
Que desde su hora primera
Le dió el Hacedor divino.

La niebla que se desliza
En hebras hasta su cuello,
Finge plateado cabello
Que peina el viento y enriza;

La primavera le prende
Verde ropaje de seda
Que, envuelto su cuerpo, aun rueda
Y en todo el valle se extiende.

Objeto de los amores
De la rica ardiente zona,
En las noches se corona
De brillantes resplandores.

El es quien sorprende al día
En su purpúreo sendero,
Quien oye el beso primero
Que al mundo la aurora envía :

Es él quien primero escucha,
Y la transmite en los vientos,
La voz de los elementos
Que el cielo asordan en lucha :

Él quien primero divisa,
Del alba al primer suspiro,
Rizado el mar de zafiro
Bajo el ala de la brisa :

Quien recibe la primera
Voz de la estación estiva,
Y la primera misiva
De la amante primavera :

Él ve á los besos del austro,
Aun tras el mar escondida,
Venir la luna dormida
En su nacarado plaustro;

Y antes que el sol su luz guarde,
Ve al Héspero enamorado
En paso precipitado
Venir buscando la tarde.

Á él su nombre sin recelo
Le dice en su curso errante
Cuanto fúlgido viandante
Cruza los campos del cielo :

Le hablan todos acordados
De su jornada en el viento,
Y de otros cielos sin cuento
De mundos sin fin poblados;

Y en voz de pasmo y amor,
Á cual más su asombro excita,
Pondéranle la infinita
Grandeza del Creador.

¿ Será entonces cuando herido
De estupor, de su hondo seno
Se escapa ese sordo trueno
Que oye el valle estremecido?

Ávila, orgullo del Ande,
Hijo del mar y la tierra,
Al hombre di cuanto encierra
Tu ser portentoso y grande.

Dile cuánta maravilla
Guardan en su seno al par
La incomensurable mar
Y la breve florecilla.

Dile de cielo y estrellas,
Háblale de esa armonía
Que en la alta noche sombría
Les oyes cantando á ellas;

Ház que en su pecho resuene
Y le mueva y le reviva,
Que otra ventura conciba
Y otra esperanza le llene;

Pues al divino concierto
(Acaso al placer vendido)
Está ya sordo su oído,
Su corazón está muerto.

Á mí, que adorando en pos
Con aves, vientos y estrellas,
Voy las luminosas huellas
De la grandeza de Dios:

Que en bonanza y tempestad
Tengo incesante á mis ojos
El libro de sus enojos,
El libro de su bondad:

Á mí, que en la sombra oscura
Y al brillo del sol fulgente
Le tengo siempre en mi mente,
Otras nuevas me procura.

Pues que alerta centinela,
Desde tu eminencia suma
Miras del mar en la espuma
Tender las naves su vela,

Dime de esa que ha partido,
Si en fausto rumbo la viste,
Y hasta dónde la seguiste,
Viento afuera, mar tendido.

Di si en la azul extensión
Le fuiste norte y amparo,
Dime del amigo caro,
Hermano del corazón.

O monte, y si por mí no,
Por ti, á su nave dá egida,
Que te va mucho en la vida
Del que á ti la consagró.

Yo sólo no, también él,
Playas y mares cruzando,
Para tu sien va buscando
Una rama de laurel.

Y cuando á poner acuda
La muerte, con golpe doble,
Del pintor la mano inmoble,
La voz del poeta muda,

Hayan los hados, crueles,
Nuestra fatiga burlado,
Ó, faustos, premio acordado
Á mi lira y sus pinceles,

Pues que con tu gloria en mira
Trillamos la misma ruta,
Guarda en una misma gruta
Sus pinceles y mi lira;

Y en tu falda, sin desvío,
Danos una humilde piedra
En donde abrigue la hiedra
Juntos su nombre y el mío.

EL DESTERRADO

Ha llegado el instante funesto,
Ya se agita la gente marina,
Y me anuncia la sorda bocina
Que me aguardan el viento y el mar.
Ya en las cuerdas las velas se aprontan,
Ya el mandato de « leva » resuena,
Y hace el són de la férrea cadena
El bajel y mi pecho temblar.
¡Adiós, tierra del cielo bendita,
Adiós, auras de amor y fragancia,
Adiós, valle feliz de mi infancia,
Adiós, techos y torres que amé!
Ya no más me verán divagando,
Los senderos del bosque sombrío,
Ya no más el palmar de mi río
Ni sus tersos cristales veré.
Ven y guarda mi adiós en tu alma,
Solo bien que en el mundo me resta;
Si repites tu amante protesta,
Tal vez pueda el destierro llevar.

Ven á dar acogida píadosa
Al gemido del alma doliente,
Y recibe esta lágrima ardiente
Que me arranca la vida al brotar.
  Yo tal vez moriré solitario
En las rocas de extraña ribera;
Mas sabrás mi dolor cuando muera,
Mis suspiros y llanto por ti;
Que en la ola, en la brisa, en el ave,
En la pálida luz de un lucero
Vendré á darte mi adiós postrimero
Y á rogarte que pienses en mí.
  Piensa en mí cuando rase las ondas
Triste y sola fugaz procelaria,
Piensa en mí si cruzar solitaria
De una estrella la lágrima ves;
Piensa en mí cuando en lúgubres ayes
Junto á ti se desate la brisa,
Cuando venga una ola sumisa
Á besar en la playa tus pies.

1867.

SUEÑOS DEL CIELO

Vertió una lágrima, dejó el pïano,
La solitaria sala cruzó;
Y al pecho trémulo puesta la mano,
Así dió acentos á su dolor :

« ¿ Por qué te obstinas, corazón mío,
Por qué te obstinas en ver atrás?
Ya en un desierto yermo y sombrío
Tu paraíso cambiado está.

¿ Por qué esas formas de ángel evocas,
De arpas del cielo por qué el tañer?
Rotas del ángel están las tocas,
Rotas del arpa las cuerdas ves.

¿ Por qué despiertas esas cantigas,
Voz de tus dulces auras de amor?
Todas las auras son enemigas
Del árbol mustio que el rayo hirió.

Insecto alguno busca sus ramas,
Sino el que dentro le hace morir;
Así á tus sueños en balde llamas:
El dolor sólo no huye de ti.

¿Al mar del tiempo turbio y revuelto,
Pides las flores de tu estación?
¡Ay! sus abismos jamás han vuelto
Tesoro alguno que en él cayó.

Náufrago lloras en sus riberas;
Pero aunque viertas de llanto un mar,
De tus visiones, de tus quimeras
Ni una tan sólo te volverá.

Ve lo que traza cuando retumba
Sobre la arena su ola á tus pies:
Ya es un escombro, ya es una tumba,
Lúgubres líneas, cifras de ayer.

¿Y tú, con llanto, de esos despojos
Los tristes signos bañas tenaz?...
¿Te han dicho ellos que hubiese ojos
Que llanto diesen por ti jamás?

¡Mísero! ahoga tanta memoria,
Ninguna es digna de tu dolor;
Cuanto lamentas, todo es escoria;
Víctima eres de tu ilusión.

Ángel ninguno viste en la tierra,
Ni arpas celestes pudiste oír;
Sueñas el cielo que en ti se encierra,
Arpas y ángeles están en ti.

Sigue tu senda, corazón mío,
Sigue tu senda sin ver atrás;
La tierra es toda yermo sombrío:
Tu paraíso ya cerca está. » —

Al pecho trémulo puesta la mano,
Como una sombra cruzó el salón;
Dobló la frente sobre el pïano,
Y en nuevas lágrimas se desató.

Marzo de 1874.

Á ÁNIMAS

¡Oye! ¡Qué doble
Tan lastimero!
¡Cuál lo repite
Lúgubre el eco!
Á ánimas toca
Pidiendo ruegos
La campanilla
Del cementerio.

Cuando el nocturno
Grave silencio
Turba ese bronce
Con su lamento,
Todo es en torno
Santo misterio.
Mudos los sauces
Doblan el cuello,
De tumba en tumba
Rumor secreto
Corre anunciando

La hora del ruego,
Y se incorporan
Á oir los muertos
La campanilla
Del cementerio

Á oír las preces
Que alzan por ellos,
Á una el oído
Ponen atento;
Mas ¡ay! ¡que nadie
Les da un recuerdo!
Sólo oyen risas,
Torpes conceptos;
Y dejan lacios
Caer sus cuerpos,
Con amargura
Los tristes viendo
Que en vano pide
Para ellos ruegos
La campanilla
Del cementerio.

¡Oh corazones
De mármol hechos!
¿Á hijos ni padres
Guardais afecto?
Pues tal mañana
Dormiréis yertos

Al par ansiosos
De amor y ruegos,
Y no habrá un alma
Que os dé un recuerdo
Ni por vosotros
Implore al cielo
Cuando resuene
Con su lamento
La campanilla
Del cementerio.

¡Oh pobres almas!
No echéis de menos
Las vanas preses
De ingratos pechos;
Que en su sepulcro
Los niños muertos,
Juntas las manos,
De hinojos puestos,
Por los que duermen
El sueño eterno
Jamás olvidan
Alzar sus ruegos,
Cuando en la noche
Se oye tañendo
La campanilla
Del cementerio.

EL CIPRÉS

Si por mi tumba
Pasas un día
Y amante evocas
El alma mía,
Verás un ave
Sobre un ciprés :
Habla con ella,
Que mi alma es.

Si tú me nombras,
Si tú me llamas,
Si allí repites
Que aun fiel me amas,
Da oído al viento
Dentro el ciprés,
Y con él habla,
Que mi alma es.

Pero si esclava
Ya de otro dueño
Turbas é insultas
Mi ultimo sueño,
Guárdate, ingrata,
De ir al ciprés,
Huye su sombra,
Que mi alma es.

Huye del ave
Y huye del viento,
De toda forma,
De todo acento...
¡Ay! ¡pero es vano!
Doquiera estés,
Verás la sombra
De ese ciprés.

1864.

LA SABOYANA

Acompañando
Del organillo
Simple airecillo
De su país,
Posada al frente
De una ventana
La saboyana
Cantaba así :
Tiene un albergue
Cuanto ha nacido,
Toda ave un nido,
Todo hombre hogar;
Sólo fué suerte
Del saboyano
Madre y hermano,
Patria dejar.
¡ Feliz quien nunca
Dejó su suelo,
Quien en su cielo
Ve el sol salir !

¡Ay! los ausentes
De sus cabañas!
¡Ay! mis montañas
Donde nací!
En el recuesto
De una pendiente,
Junto á la fuente,
Bajo un pinar,
Queda la choza
Pobre, escondida,
Que es de mi vida
Dicha y pesar.
De mí su imagen
No huye un momento,
Mil voces siento
De ella venir;
Oigo sus brisas,
Olmos y cañas...
¡Ay! mis montañas
Donde nací!
Éramos muchos
Y el pan escaso;
Cada uno el paso
Fuera movió:
¡Qué amargo día
Para mi padre!
Mi pobre madre
¡Cuánto lloró!
Cuerpo sin alma

Vagando vengo;
Donde la tengo
Quisiera ir :
¡Llévame, O ángel
Que me acompañas,
Á las montañas
Donde nací!
  Reina ó princesa
Que oyes mi canto,
Muévate el llanto
De mi dolor;
Ni pan te pido
Ni abrigo imploro :
Poder y oro
Te están mejor;
  Mas si homenaje
Todos te ofrecen,
Y te obedecen
Todos aquí,
Ház que me vuelvan,
Si en ti hay entrañas,
Á mis montañas
Para morir.

1869.

LA ROSA-BLANCA

¡Desdichado! Murió joven,
Con su amor siempre en el alma,
Como muere la paloma,
Que una vez tan sólo ama.
Al morir me dió, rogándome
Que sobre él la colocara,
Una flor ya amarillenta,
Una mustia rosa-blanca.
Son sus ayes postrimeros
Cuanto de ese amor se guarda;
De su pecho se exhalaron
Mientra á solas divagaba.
Ya la tarde fenecía,
Y al suspiro de las auras
Unió el suyo, dulce y triste,
Modulando estas estancias:

¡Qué recuerdo el que me hiere,
Qué pesar el que me asalta
En los campos y jardines
Donde un tiempo me extasiaba!
Ya el insecto no me hechiza,
Con la pompa de sus alas,
Ni el clavel con sus colores,
Ni el jazmín con su fragancia.
Hoy ya sólo me encamino,
Mudo el labio, la sien baja,
Á una flor que abre su cáliz
Como ansiosa de mis lágrimas;
Que allí están mis pensamientos,
Que allí tengo puesta el alma
Y mi llanto desahogo
Donde está la rosa-blanca.

—

¡Qué de soles ¡ay! he visto!
¡Cuánto olvido, qué mudanzas!
Y su imagen y esa noche
De mi mente no se apartan.
¡Quién la suerte nos dijera
Que á los dos nos esperaba,
Á ella existencia tan corta,
Á mí amargura tan larga!
Ella duerme en su sepulcro
Ya de todos olvidada;
Pero yo la miro siempre,
Miro aún sus níveas gasas;

Y sus lúcidos cabellos,
Que al azabache emulalaban,
Graciosamente adornados
Con aquella rosa-blanca.

—

¡Oh! ¡qué noche! ¡qué delirio!
¡Qué de flores y fragancia!
¡Cómo brillaban los lustros!
¡Cómo sonaban las danzas!
Aun me parece estar viendo
En vértigo arrebatadas,
Con los apuestos donceles
Girar las gentiles damas.
Divisa á los amadores
Eran sus volantes galas,
El lazo rojo, el celeste,
La cinta color de caña.
Yo en aquel mar de colores
Y tules, plumas y bandas,
Ni buscaba ni veía
Sino aquella rosa-blanca.

—

Y llegó mi vez, primera
Que su cinto acariciaba:
Tembló su mano en la mía
Y á su contacto mi alma.
Aun la veo, como entonces,
Á mis furtivas palabras
Á mí alzar, de luces llenas,

Sus inocentes miradas.
Ir al cielo me sentía;
Y porque más á él volara,
Al cruzar con aquel ángel
La deslumbradora sala,
No sé cómo, en cada giro
¡Oh ventura inesperada!
Á caer iban mis labios
Sobre aquella rosa-blanca.

—

Lo que entonces nos dijimos,
No lo sé, yo en mí no estaba...
Y al festín término puso
El albor de la mañana.
El rumor de los que parten
Ya en redor sólo se alcanza:
Cruje el chal que se despliega
Y la fimbria que se enfalda.
Y ella fué á cubrir sus sienes,
Y encendióse como grana,
Que alguien vió que ya su rosa
Sus cabellos no adornaba.
Cuando entonces tu sonrojo
Me ofrendaste en tu mirada
¡Cómo no caí sin vida
Con aquella rosa-blanca!

—

¡Ay! ¡no verte después nunca!...
¡Quién, o ángel de mi alma,

Quién contigo á esos momentos
Y esa noche me tornara!
¡Quién pudiera ¡ay! arrancarte
Á esa tumba solitaria,
Ó ir á hacerte compañía
Donde duermes ignorada!
¡No me habléis ya más del mundo
Y sus flores, tan precarias!
Dos ayer mi gloria hacían,
Y hoy ya polvo al par son ambas.
Y á ese polvo unir el mío
Hoy es sólo mi esperanza,
¡Oh mi muerta hermosa virgen!
¡Oh marchita rosa-blanca!

1874.

Á M. L. DE DÍAZ-GUERRA

¿ Sobre la faja del horizonte,
Ves la gaviota que errante vuela ?
Pronto así mismo veré tu vela
Sobre la faja del horizonte.
Cuando se oculte tu patrio monte
Manda tus ayes á Venezuela
Con la gaviota que errante vuela
Sobre la faja del horizonte.

NO ME HABLES DE LA VIDA

No me hables de la vida, mar sin norte;
¡Háblame de la muerte! Apena hay hora
En que del árbol de mi amor no corte
Rama ó flor la impasible segadora.
¡No me hables de la vida! en balde rumbo
Quiero en ella encontrar, sin que lo acierte'
Esperanzas, amor, de tumbo en tumbo.
Van al profundo abismo de la muerte.
Un paso, un dolor más, otra amargura
De la vida en el cáliz fementido,
Y en la fría insaciable sepultura
También mi corazón habrá caido.
Y esa hora será, sólo esa hora,
La que dé fin á mi pesar profundo,
Á este intenso dolor que me devora,
Á esta eterna agonía en que me hundo.
¡No me hables de la vida! están colgadas
De adelfas tristes para mí sus puertas,
Y dejo atrás sus sendas tapizadas
De afectos mustios y esperanzas muertas.

O dí si el cielo el don te ha concedido
De hacer la horrenda noche un vano sueño,
Y arrancar de mi alma y de mi oído
La voz que en vano en acallar me empeño.
Dí si puedes borrar de mi memoria
El horror de esas horas, que acrecía
La nieve que cual sábana mortuoria
Campos y hogares y árboles cubría.
Dí si jamás las aguas del olvido
Ni misterioso elixir han sanado
Ánima loca, corazón partido,
Entrañas que el dolor ha desgarrado.
Si ahogar de esa tormenta embravecida.
El hondo trueno que aun en mí retumba
No puedes ¡ay! ¡no me hables de la vida!
Háblame de la muerte y de mi tumba.

———

LA SIEGA

Á DIOS

Tú eres el dueño, el mundo es tu plantío :
Tú eres quien siembra, el hombre es tu simiente
Lo que quieras, lo soy humildemente;
Florecido rosal ó espino umbrío.

Pódame á tu placer, O Señor mío,
Míname en mi raíz, hiere mi frente,
No me riegue la nube ni la fuente,
Dame por primavera el seco estío.

Mas cuando el campo á la zizaña vea
De tu segur caer al filo agudo,
Y en haces yá para su fin postrero,

El día de tu siega, haz tú que sea
Un grano yo, siquiera el más menudo,
Del trigo que se guarde en tu granero.

EL AMOR DE JESÚS

PARÁFRASIS

Il ouvrit ses deux bras pour embrasser le monde,
Et se pencha pour le bénir.

LAMARTINE.

¡Á tanta mansedumbre tanta ira!
¡Y él, tanto amor ante fiereza tanta!
Cuanto más á Jesús la piedad santa,
Más al pueblo judaico el odio inspira.

Befa y dolor sufrir Sión le mira
Y el madero cargar que le quebranta,
Sangre vertiendo su divina planta,
Sangre la faz que el serafín admira.

Mas la injuria, el escarnio, el sacrificio,
Nada logra entibiar su amor profundo,
Nada hay que al sol de su virtud asombre;

Y allí mismo, en el trance del suplicio,
Abre los brazos á abrazar al mundo,
La frente inclina, á bendecir al hombre.

Á UN ESQUELETO

Es vana al hombre tu lección severa;
Vano tu ejemplo, O tétrica figura,
Inútil la amenaza y la pavura;
Que él no quiere esperar lo que le espera.

Ríese de tu absorta calavera,
De tu temblosa frágil armadura,
Y juzgando tu empeño una locura,
Sigue, creyendo huírte, su carrera.

Mas en festín y corte y plaza y prado
Tú con él vas, diciéndole en secreto
La durez y miseria de su hado;

Y en tanto que al placer se lanza inquieto,
Con su seda, su púrpura ó brocado
Va arropando insensato un esqueleto.

LA HUMILDAD

Vé si mi mente, O Dios, no se extravía
Y, el mal camino huyendo, el bueno yerra :
La grandeza esquivando que me aterra,
He puesto en la humildad la ambición mía.

Mas si al humilde has de exaltar un día,
Tal como al grande derribar por tierra
¿ Á la misma humildad no hago ya guerra,
La grandeza mirando á que ella guía?

Pues si en su sér se queda, aun más malicio
Que ha de ser de ambición grado supremo
El que toma por ínfimo mi juicio :

Que es por sí la humildad grande en extremo;
Y así temo, en lo mismo que codicio,
Hallarme codiciando lo que temo.

DANIEL

(SOBRE UN PENSAMIENTO DEL ABATE LEMANN)

Cuando el golpe final de los sayones
Inmola al Redentor, y al orbe espanta,
En lo profundo de su cripta santa
Despiértase Daniel en convulsiones.

Demudadas de asombro las facciones,
Luengo el cabello, en descalcez la planta,
Ileso de la tumba se levanta,
Cual del antro al salir de los leones.

Ante el radiante rostro, que ensangrienta
La corona sarcástica de abrojos,
Mudo se entrega á misteriosa cuenta :

Con los dedos, en Él fijos los ojos,
Sus semanas contó, contó setenta,
Y dijo « ¡ Él es ! » y lo adoró de hinojos.

SANTA TERESA DE JESÚS

¿Tu cielo á mí, Señor? ¿á un sér de lodo?
¿Todo tu cielo á un gusanillo inmundo?
Me haces odiar el polvo en que me hundo,
Y ya con mi prisión no me acomodo.

Asísteme tu gracia de tal modo,
Que miro que, sin nada, en todo abundo,
Que es todo lo que es nada para el mundo,
Y cuán lleno de nada está en él todo.

Mas, O Dios y Señor, padre y amigo,
Si está en sola tu unión el bien que espero,
Con el cielo sin ti, nada consigo.

Dime, pues, de esa unión, que es lo primero;
Y el orco mismo por mitad contigo,
Será más para mí que el cielo entero.

MUERTE DE AMOR

(DEL PORTUGUÉS)

Si es dulce ver en el ameno estío
La mañana salir ciñendo flores,
Y entre cañas y sauces cimbradores
Muelle y quejoso deslizarse el río;

Si es dulce oír bajo el palmar sombrío
Rimar y competir los trovadores
Y la suerte decir de sus amores,
El que premio alcanzó y el que desvío;

Si es dulce ver en rosicler bañados
Cielos y mares, cuando el sol convida
Á universal amor por monte y prados;

Más dulce es verte, á mi pasión rendida,
Darme en tus bellos ojos adorados
Muerte, muerte de amor, muerte que es vida.

CANTARCILLO PORTUGUÉS

Los ojos tienen sus niñas,
Las niñas tienen sus ojos,
Y los ojos de las niñas
Son las niñas de mis ojos.

LA CADENA Y EL LAÚD

(DEL INGLÉS)

Yo to dejé un laúd y una cadena;
Linda cadena, armónico laúd.
Mi alma veraz y de perfidia ajena
Ni aun presumió tu aleve ingratitud.
Secreto encanto en ellos escondido,
Porque tu fe velasen, puse yo;
Tu falacia en mi ausencia he conocido:
Ambos cumplieron su deber: tú no.
La cadena era fuerte, mas debía
Al tacto de otras manos estallar:
Melodioso el laúd, mas no podía
Á otro que á mi su vibración prestar.
Di, pues, al que á tu pecho ha substraído
Esas prendas de amor, que dé al laúd,
Que enmudeció al tocarlo, su sonido;
Y vuelva á la cadena su virtud.
Ella está rota, y el laúd no suena;
Cual tú, mudaron á la vez los dos:
¡Pérfido corazón, frágil cadena,
Silencioso laúd, adiós, adiós!

LAS CAMPANAS DE LA TARDE

(DEL INGLÉS)

¡Ay! ¡Cómo de mi infancia,
Campanas de la tarde,
Volvéis á mi memoria
Los plácidos instantes,
Mi hogar, y aquellos tiempos
Sin inquietud ni afanes,
Cuando encantado oía
Vuestro clamor suave!
¡Huyeron esas horas,
Huyeron, ay! ¡fugaces!
Y muchos corazones
Que así movisteis antes,
Hoy mudos, solitarios
En el sepulcro yacen,
Y más no habrán de oiros,
Campanas de la tarde.

Así también un día,
Cuando á mi tumba baje,
La lira de otros bardos
Os alzará cantares;
Así cortará el viento
Vuestro clamor temblante,
Y yo no podré oiros,
Campanas de la tarde.

NO ME LLAMES « MI VIDA »

(DEL INGLÉS)

No me llames « mi vida, » impropio acento :
La vida es un suspiro y nada más;
Dime « mi alma; » como el alma, siento
Que no puede mi amor morir jamás.

INSCRIPCIÓN

(IMITACIÓN DE PARNY)

Testigo de mi amor, palma gallarda,
Que hoy tan feliz me viste á par de Elvira,
En tu corteza para siempre guarda
Los dulces versos que el amor me inspira.

Y cuando otro amador, de esta pradera
Busque el retiro y la mullida alfombra,
Dile que si el placer la muerte diera,
Yo hubiera muerto aquí bajo tu sombra.

VEN , VIDI, VICI

(DEL FRANCÉS)

Ay! yo he vivido ya mucho,
Cuando en mi dolor no encuentro
Ni mano que me sostenga
Ni voz que me dé consuelo;
Cuando ya apenas sonrío
Y apenas hallo recreo
Con los niños y las flores,
Mis delicias de otro tiempo;
Cuando al ver la primavera
Con sus pomposos arreos,
No siento ya como un día
Arder en su amor mi pecho;
Cuando la paz sólo imploro
De los sepulcros eternos,
Cuando mi esperanza es ida
Y mi corazón es muerto.

Yo no he esquivado en el mundo
De mis faenas el peso :
Mi labor está presente,
Ved aquí lo que yo he hecho.

Con la calma en el semblante
He cruzado mi sendero,
Sólo sí vueltos los ojos
Á los eternos misterios.

Hice bienes cuantos pude;
Y burlando mis desvelos,
Muchas veces fué el escarnio
De mis dolores el premio.

Yo no sé cómo del odio
Atraerme pude el ceño,
Con afanes tan prolijos
Y martirios tan acerbos.

En esta cárcel humana
De tinieblas y de duelo,
Sin quejarme, aunque mi sangre
Á cada paso vertiendo,

Extenuado, escarnecido
Por la risa del perverso,
He arrastrado mi cadena
La sien baja, y en silencio.

Hoy mis párpados pesados
Levantar apenas puedo,
Ni respondo si me hablan,
Ni si me nombran me vuelvo.

Lleno de estupor y enojo,
Imagen soy del que el lecho
Abandona antes del alba
Sin haber logrado el sueño.
Ya ni reparo siquiera,
Sumido en mi amargo tedio,
En el aleve envidioso
Que me arroja su veneno.
¡Oh! las puertas de la noche
Ábreme, Señor, te ruego,
Y que me vaya, y no quede
De lo que fuí ni un recuerdo.

RELIGIO

(DEL FRANCÉS)

La tarde ya caía :
Serena é imponente
La noche sus crespones extendía.
Germán iba conmigo, y entre tanto
Así me requería :
— « ¿ Cuál es tu fe? ¿ cuál es tu libro santo?
¿ O será que te bastes á ti mismo?
Si es algo más el ruido de tus versos,
Que el de la frágil ola que espumea
Y en las playas espira :
Si á algún fin destinada,
No es tan sólo tu lira
Negro tizón que humea
En medio á las cenizas de la nada :
Si no eres algún alma del abismo,
¿ Cuál es tu cáliz, cuál tu eucaristía?
¿ Cuál la fuente en que bebes? »
Y como yo callaba, él proseguía :

— « Poeta pensador que el mundo ilustras
Y que al par con tu ejemplo
Al mundo enseñar debes,
¿Dónde su culto á Dios tu ánima presta?
¿Por qué no vas á orar al santo templo? »
Ibamos al través de la floresta.
— « Yo oro » — respondíle.
Y él me dijo : — ¿En que iglesia?
¿Ante qué sacerdote y en que altares
Contrito te arrodillas,
El santo sacrificio contemplando?
¿Ante qué confesor el alma humillas? »
Por mi respuesta ansiaba,
Y díjele : — « La iglesia es el espacio :
En cuanto al sacerdote... »
En ese instante el cielo se argentaba.
Hostia enorme, la luna
Alzarse en el oriente se veía.
Vago estremecimiento
Llenaba el cielo, el viento,
Y al pino, al cedro, al olmo
Y al águila y al lobo se extendía.
Hícele alzar los ojos
Hacia el astro de oro que subía
La oscurecida tierra iluminando,
Y díjele : — « ¡Postérnate de hinojos,
Que oficia el mismo Dios, y están alzando! »

LAS PRIMERAS FLORES

IDILIO

O Primavera, gioventù dell' anno,
Gioventù, primavera della vita!

METASTASIO.

Frescas auras, ondas puras,
Cañaverales del Guaire,
Los secretos que hoy os fío
No se los digais á nadie.
Hay un sitio en esta orilla,
Á la sombra de unos sauces,
Al que á ciegas con frecuencia
Mis pensamientos me traen.
Ni lo busco ni lo esquivo,
Cuando á la luz de la tarde
Me doy á vagar sin rumbo,
Los ojos en los celajes.

Ni lo busco ni lo esquivo,
Pues son sus memorias tales,
Que tanto evocarlas ansio
Como temo que me asalten.

Y á poco andar, sorprendido,
Como quien de un sueño sale,
En él clavado me encuentro,
Con sus recuerdos delante.

En las galanas praderas
Del afortunado Guaire,
Si es este sitio el más bello,
Así afirmarlo no es fácil;

Porque tiene el manso río
En una y en otra margen
Color de esmeralda y oro,
Tesoros inagotables.

Pero á embellecerle bastan
Los encorvados ramajes
Que sobre él verdes y umbrosos
Se enlazan para abrigarle :

Acá á la izquierda un cercado
Cuyas florecidas calles
Á una ciudad lo asemejan
De selváticas deidades,

Donde en fraternales nudos
Con las frígidas clemátides
Entretejen sus sarmientos
Convólvulos tropicales;

Donde los lirios del Ávila
Cuando despliegan su cáliz
De amor sonríen al verse
Con las rosas del Levante;

Y acá las tendidas vegas
En cuyos áureos maizales
Hace la brisa, al mecerlos,
Tornasolados cambiantes;

Mientra á su frente se extienden,
Bajando á la opuesta margen
Las apacibles colinas
Que al sur limitan el valle.

Algunos pardos espinos
Míranse en ellas alzarse,
Á trechos prestando sombra
Á los rústicos hogares;

Y los cortijos cercanos
Lucen en bello contraste
Un verde junto á otro verde,
Como lindes naturales.

Ya se ve por una cuesta
Apuntar y descolgarse
Un rebaño, y se oye el canto
Del vaquero que lo trae :

Ya en la unión de dos collados,
Donde ancha senda se abre,
Lento carromato asoma
Con sordo ruido distante,

Y óyese allá, cuando aguijan
Los rehacios animales,
El ladrar de los mastines
Y el jurar de los gañanes.

Pero aun aumenta el encanto
Del delicioso paraje,
Más que el vario panorama
De sus contornos feraces,

La dulce y triste memoria
Guarecida en sus follajes,
De un amor que nació al alba
Y era ya muerto á la tarde.

¡Quién dirá las tiernas citas,
Las aventuras galantes
De que habéis sido testigos,
Copados y umbrosos árboles!

¡De cuánto dulce suspiro
Y cuántos besos amantes
Habláirais si lo quisiéseis,
Sauces y cañaverales!

¡Oh, que antes hoja por hoja
Diérais vuestra pompa al aire,
Que revelar uno solo
De tan felices instantes!

Mas si tal sois que en vosotros
Doblez ni falacia cabe,
Y poneis empeño tanto
En que discretos se os llame,

Frescas auras, ondas puras,
Cañaverales del Guaire,
Los secretos que hoy os fío
No se los digáis á nadie.

Et mai sourit dans nos âmes
Comme il sourit dans les cieux.

V. HUGO.

Hortelanos, á las eras!
¡Las niñas al prado, al río!
Que vienen las alboradas
Del mayo verde y florido.
¡Á respirar los aromas
Que traen los airecillos
De las verdes hondonadas
De los collados vecinos!
¡Á recibir en las trenzas
Los diamantes del rocío,
Que cada cual tiene un cielo
En su espejo movedizo!
Con las hojas del geranio
La sien en torno ceñíos,
Que de ensueños y esperanzas
Las hojas verdes son símbolo.

¡Al prado! y temor no os ponga
Que el amor ande furtivo
Como cazador aleve
Por los follajes sombríos.

No temáis del amor, niñas,
Que el amor del cielo vino,
Y no vive quien no ama,
Que Dios mismo así lo dijo.

¿Ni qué os valiera tampoco
El pecho cerrar esquivo
Á quien conoce del alma
Los más secretos caminos?

¿Qué valen vallas ni escudo
Contra quien tiene á su arbitrio
Todas las formas y esencias,
Voces, colores y ruidos?

Él habla á el alma en la nube
De arrebolado atavío
Que el áureo pórtico finge
De celeste paraíso:

En la fragancia que espira
El ambiente fugitivo
Cuando juega de una virgen
Entre los flotantes rizos:

En las misteriosas notas
Con que los vientos marinos
Susurran de las palmeras
En los verdes abanicos:

Con el ave solitaria
Que suelta lánguido trino,
Y la que arrulla gozosa
Su compañera en el nido :

Él en la lumbre del alba,
Él del bosque en los suspiros,
En la voz de los torrentes
Y el aroma de los lirios :

Él habla al par el lenguaje
Del humilde y del altivo,
El de los regios salones
Y los hogares pajizos :

Tiene el monótono acento
Del albogue campesino,
Los trinos de la calandria
Y el balar del corderillo :

La hirviente lava del Etna
Y el muelle fulgor de Sirio,
Y el ronco rugir del trueno
Y el dulce gemir del río.

Él vive en todas las zonas,
Puebla y llena lo infinito,
No tiene su imperio linde,
Límites su poderío.

Pero ese amor de los cielos,
Llama de origen divino,
El de las almas tempranas,
El de los castos delirios,

El de los sueños de rosa,
El de los velos de armiño,
El de las doradas islas
Con visiones de zafiro,

Á la fresca sombra nace
De los ramajes floridos,
Á los primeros botones
Entona su primer himno.

Primavera, reina hermosa
Que vienes cantando idilios,
Lleno el trenzado de flores,
De esmeraldas el vestido,

¡Bien vengas! porque á tu aliento,
Al par de los arbolillos,
Reverdecen los deseos
Y los placeres marchitos:

¡Bien vengas! porque á tu influjo,
Al par de los pajarillos,
Á hacer en el alma vuelven
Las esperanzas su nido.

Cuando la estación risueña
Sopla su aliento benigno,
Todo ser busca en su seno
La fuente de sus instintos;

Las niñas buscan las flores,
Mariposuelas los niños,
Las aves y los poetas
Los umbrosos bosquecillos.

Por eso al teñir la aurora
Del monte los altos picos,
Toma al través de los sauces
Gentil mancebo camino.

Breve y flexible es su talle,
Y danle garbo y abrigo
Un bronceado ferreruelo
Y un sombrerillo pajizo.

De este bajo el ala airosa
Flotan brillantes y finos
En ondas de negra seda
Sus cabellos esparcidos;

Y el pie menudo, que calza
Negro botín de merino,
Su tez tersa, si algo pálida,
Su porte, su andar festivo,

Que á veces para, á extasiarse
Entre dalias y narcisos,
De sus escasos abriles
Son elocuentes indicios.

Imagen del tierno junco,
El del junco es su destino,
Y lo más leve le agita
Como al junco el airecillo.

Así siempre las auroras,
Solitario y embebido
En secretos pensamientos,
Le ven tomar hacia el río,

Y torcer siempre su rumbo
Al acostumbrado sitio,
Á las veces sin conciencia
De su propio paso él mismo.

Es allí donde acostumbra
Á hacer alto, y de continuo
Las horas del alba pasa
Bajo el follaje extendido.

Ya se le ve largo espacio
Inmóvil, los ojos fijos
De alguna nube distante
En el vapor blanquecino,

Ya extasiado en el plumaje
De púrpura y de zafiro
Que entre las hojas ostenta
Algún galán pajarillo;

Ya á sus trinos sonrïendo
Con intenso regocijo,
Como quien oye y celebra
Las pláticas de un amigo :

Y ora de un hueco secreto
En el tronco de un jabillo,
Saca, apartando las ramas
Que ocultan la entrada, un libro;

Y en la página marcada
Anuda de nuevo el hilo
De una leyenda ó un canto
La víspera interrumpidos.

Al ver cuán franco y resuelto
Va atravesando plantíos,
Llega y sienta sus rëales
Bajo el pabellón umbrío,

Flores tomando á su paso
Cuantas place á su capricho,
Solaz dándose y regalo
Cuanto anhelan sus sentidos,

Sin que mastines le ladren
Ni le dé guardián permiso,
Señor del lugar creyérase
Al visitador furtivo;

Á no ser que de la quinta
Á que está el jardín contiguo,
Por la ancha y trillada senda
Jamás bajar se le ha visto,

Y á no ser, por el contrario,
Que en el cercado vecino,
Para procurarse entrada
Se ve que ha abierto un portillo.

No está desierto, con todo,
De la quinta el edificio,
Ni falta quien al sembrado
Cuidado consagre asiduo;

Pues con frecuencia se advierte
Ocupado en su cultivo
Á un viejo que poda ó siembra,
Hoz en mano ó hierro al cinto,

Roja gorra y verde traje,
Extravagante capricho
Que el sobrenombre de « loro »
Del mancebo le ha valido.

Y óyese entre la hojarasca
También el dulce rüido
Que hace un enfaldo de seda
Resbalando fugitivo;

Y ya le guarden las flores
Aromas más exquisitos
Ó ella los vierta, á su paso
Todo es clavel, todo es lirio.

¿Pero quién es esa silfa?
¿Qué la conduce á estos sitios?
¡Horas del alba, altas palmas,
Auras y flores, decidlo!

¡Oh mes, del año alegría!
¡Qué dulces son los delirios
Que nos das tan generoso
Y nos quitas tan esquivo!

¡Hortelanos, á las eras!
¡Las niñas al prado, al río!
Que se van las alboradas
Del mayo verde y florido.

C'est lui, c'est le rêveur.
(V. HUGO.)

« Yo soy el ave sin nido,
Dejadme á solas cantando,
Que así me ven y me dejan
El invierno y el verano.

Ni una voz sobre la tierra
Hijo me llama ni hermano :
Por eso en las soledades
Voy la del cielo buscando.

¡ Benditas las almas sean
Que dan al huérfano amparo,
Las que, desnudo, le visten,
Las que le calzan, descalzo!

¡ La que trenza sus cabellos
Y una gota de su llanto
En ellos deja, en la pobre
Ausente madre pensando :

¡ La que el nombre de María
Enseña á sus tiernos labios,
Y á hacer en su frente pura
El santo signo, á sus manos!

Nunca logren ver cumplida
La cuenta de sus ganados;
No den hojas sus plantíos,
Para vestirse de granos;

Y entre las *muchas llamadas*,
Sean, con el signo sacro,
De las *pocas escogidas*
El gran día del espanto.

En el fondo de mi pecho
Tengo un altar consagrado
En donde escrito tu nombre
Con el de mi madre guardo.

¡Bendígate¡ Dios, la próvida,
La de la piadosa mano!
Mas á almas de muerte heridas
Jamás riquezas curaron.

Yo no apetezco tu oro :
Llámeme tu hija hermano,
Y á tu hija y tus caudales
Para quien los quiera guárdalos.

Pero ¿qué digo?... ¡silencio!
¡Calla, corazón ingrato!
No es bella, pero es su hija;
No la amo, mas soy su esclavo.

Hacedme fiel compañía,
Brisas, árboles y pájaros,
Que no hay otra que convenga
Á un corazón solitario.

Yo soy el ave sin nido;
Dejadme á solas cantando,
Que así me ven y me dejan
El invierno y el verano. »

Este sencillo romance
Á media voz entonando,
Íbase el doncel un día
Atravesando los prados.

Si era lánguida la letra,
Melancólico era el canto;
Á su frente ni una nube
Daba sombras, sin embargo,

Y su aspecto, como siempre,
Era más bien el de un lago
Dorado por las auroras
Y por las auras rizado.

Eran los primeros días
De su vagar solitario :
Su derecho á aquellos sitios
Aun no estaba confirmado;

Antes bien, ya de los suyos
Celoso el viejo hortelano,
Á quien ya vimos al lejos
Á la labranza entregado,

Aquella mañana misma
Preparábase á hacer alto
Al segador de sus flores,
Al violador de su Estado.

De sus fueros revestido
Y guarecido de un árbol,
Estaba el guardián su ceño
Y su discurso estudiando;

Cuando salvar el portillo
Á aquél ve con porte franco,
Y oye las frases primeras
De su fugitivo canto.

Como la incauta alimaña
Que presta oído en su daño
Al silbo aleve, y el cuello
Entrega rendida al lazo,

Tendiendo el guardián el suyo,
Rindiéndose fué al encanto,
Y despejando su ceño
Y su discurso olvidando.

Por eso cuando el mancebo,
Traspuesto al fin el espacio
Que entre uno y otro mediaba,
Al guardián pasa cercano,

Éste, trémulo á su aspecto
Cual si viese un ser fantástico,
Y en movimiento instintivo
Como para abrirle paso,

Descúbrese, dobla el cuello,
Se hace atrás, y en él fijando
Luego los ojos, á sordas
Queda repitiendo, estático :

« Si eres el ave sin nido,
Prosigue á solas cantando,
Y como te ven te dejen
El invierno y el verano. »

« ¡Gaspar! » una voz á poco
Sacándole de su pasmo
Dice tras él, dulce, armónica,
En el espeso enramado.
— Y bien ¿qué os parece? — exclama
Volviéndose el hortelano.
¿Ya lo veis? ¡yo que os decía
Que el niño era un ente raro!...
— Más raro me ha parecido
El verte tan cortesano.
— Tanto mejor; aunque os juro
Que era muy otro mi ánimo.
Sino que cuando uno es débil
Y se ha llegado á mis años...
¡Luego, ese canto!... ¿no oisteis
Lo que iba diciendo?
— Claro.
¿Y sabes que me hace chiste
Ese portecillo ufano
Y su aparente tristeza
Y sus paseos románticos?
— Y eso que no le habéis visto
Como yo, que le he acechado
Tras el pabellón, á veces
Como á las nubes hablando,
Otras á un ave, á un insecto,
Ya del escaño á lo largo
Leyendo, de verdes hojas
Y de flores coronado.

— ¿De veras? — dijo rïendo
La interlocultora, al paso
Abriendo, cual rósea urna
Llena de perlas, sus labios.
— Pero os diré — dijo el viejo —
En el fondo de eso hay algo
Que no se ve; sobre todo,
¡Ese canto!...
— ¡Visionario!
¿Y quién te dice que él sienta
Lo que expresa? ¿es propio, acaso,
Todo lo que canta uno?
¡Estás hechizado, vamos!
En cuanto á mí, sé decirte
Que me dejara hacer cuartos
Por oírle. Pero al menos,
Tú, que has de verle en sus antros,
Me dirás...
— ¿Yo?
— Justamente
Iba á confiarte un encargo
Para él.
— ¿Para él?
— ¡Vaya!
¿Sabes lo que me ha pasado?
— ¿Á vos? á ver.
— Pues curiosa
Desde ayer con tu relato,
Hice intención de venirme

Para el jardín más temprano.
Entro en la gruta, la cruzo
De un extremo al otro, indago,
Ansiando hallar de su huésped
Característico rasgo;
Y ya burlada salía
Cuando en el tronco de un árbol,
Mal oculto entre unas hojas
Este libro á ver alcanzo.
Abro — es inglés — nada entiendo;
Pero viendo sus grabados
Me entretengo, hasta que oigo
Que alguien se acerca cantando.
Confusa, en vez de volverle
A su lugar, me le traigo;
Y tienes tú que ahora temo
Que pueda auyentarle el caso.
Pero dándole tú excusas...
¿Es verdad?
— Ó vamos ambos,
Ó al Guaire tirad el libro,
Interrumpió el hortelano.
Ninguna ocasión tampoco
Más oportuna, si tanto
Ansiáis conocerle.
— ¿Sabes
Que tu proyecto no es malo?
¡Al pabellón! ¡Tú adelante,
Viejo agorero! » — Y entrambos

Jovial ella, él taciturno,
Hacia el pabellón tomaron.
¡Con cuánto gentil donaire
La dama al mover el paso
Mece la breve cintura,
Los ruedos arregazados!
Cruge la fimbria de seda
En los ramajes cercanos,
Y parece que sonríen
Las flores á su contacto.
¡Cuán bello y torneado cuello!
No es el de un lirio más blanco;
Sus mismos rizos parecen
De su belleza prendados,
Cuando en áureas espirales
Sobre él flotan, semejando
Las rubias primeras hebras
De los maizales dorados.
Al ver á la linda niña
Cruzar tan resuelta el campo,
Y al oir en su lenguaje
Tal cual luminoso rasgo,
Á miradas poco atentas
Hubiera tal vez pasado
Por un ente ya advertido
De la vida y sus engaños.
Pero á poco que se estudie
Su rostro infantil y cándido,
Sus ojos tendiendo al cielo

Bajo sus cejas en arco,
  Como á mostrar quien les presta
Su bello color: sus labios,
Más frescos que los de un niño
En el materno regazo;
  Vese que es su fantasía
La del insecto galano
Que más allá no vió nunca
De sus florecidos prados;
  Y que paloma inocente,
Á insidias el pecho extraño,
No teme la hieran flechas,
No teme la apresen lazos.
  Por eso de su capricho
Siguiendo el vuelo fantástico,
Hacia la gruta endereza
Del poeta solitario.
  Va el hortelano delante,
Corto en largo, largo en ancho,
Y charro con su vestido
De verde-oscuro rayado.
  Ella detrás, impaciente,
Le aviva de cuando en cuando
Con un hojoso sarmiento
Y algún chistoso vocablo.
  El prado es todo silencio:
Callan las auras, los pájaros;
Y ya á la entrada se acercan
Del pabellón encantado.

« ¡ Paso! » murmura la niña.
Mas al punto, de lo alto
De un enpinado jabillo,
Cual centinela del campo,
Un alcotán vigilante
Da un grito lúgubre y largo
De entrambos y del poeta
Al par la atención llamando :
— « Se burla de ti » — le dice
Ella al viejo.
— « ¡ Mal presagio!
Murmura éste.
— « Alguien viene »,
Dice el doncel, alarmado.
Y avistándolos, exclama
Consigo hablando : — « ¡ Es extraño !
Mas ¿ qué me quieren ? ignoran
Que déntro hay alguien, acaso ?
No quiero más compañía
Que la vuestra, auras y pájaros,
Pues no hay otra que convenga
Á un corazón desolado.
¡ Yo soy el ave sin nido,
Dejadme á solas cantando,
Que así me ven y me dejan
El invierno y el verano ! »

Dis-moi quel est ton nom, ton pays, ton destin,
Ton berceau fut-il sur la terre?
Ou n'es-tu qu'un souffle divin?

(LAMARTINE.)

Que eras bella, bien lo miro,
Que eres tierna, bien lo veo:
Si eres mujer ó eres ángel,
Es lo que decir no puedo.
¡Qué plácida sopla el aura!
¡Qué arrebolado está el cielo!
¡Qué esmaltados de rocío
Los prados verdes y frescos!
De las altas chaguaramas
Suenan los airosos flecos;
Trina el ave, gime el río,
Y es todo amor y embeleso.
¿Pero en dónde está la silfa
De los dorados cabellos?
¿Y el guardián de las praderas?
¿Y el poeta de los sueños?
La mañana es deliciosa,
¿Qué puede tenerlos lejos?
¿Ó sea tal vez que los cubra
Algún bosquecillo espeso?
Oigamos. Como el susurro
De corto enjambre de insectos,
Sordo rumor se percibe
Bajo el pabellón secreto.

Al través de la hojarasca
Verse puede hasta su centro.
Ellos son. Mas ¿cómo en íntima
Confidencia ya los vemos?
Ella calla y oye atenta :
¿Y sus joviales proyectos?
Gaspar escucha y sonríe :
¿Y sus tímidos recelos?
Habla el doncel; es sencilla
Su actitud, llano su acento :
¿Y su delirio y sus éxtasis?
¿Y su carácter excéntrico?
¿Cómo seres que tomaban
Por tan opuesto sendero
Y aun se esquivaban y huían,
Hallaron tan pronto acuerdo?
¿Cuál fué de su unión la causa?
¿Qué inesperado suceso
Llevó á tal? Ni acaso puedan
Ellos mismos comprenderlo.
Decid por qué vibran juntas
Las cuerdas de un arpa al viento,
Por qué armonizan las aves
Desde su primer encuentro.
Franco y natural fué el suyo :
El libro vuelto á su dueño,
Entre inocentes sonrisas
Y candorosos conceptos,
La silfa de los verjeles

El labio expansiva abriendo,
Le dió parte, sin rebozo,
De sus curiosos deseos;
   Y en voz argentina y limpia
Y meciendo el níveo cuello
Como la blanca azucena
Á los halagos del céfiro:
   — ¡Oh, qué me place! le dijo;
Dicen que sois muy afecto
Á las flores, á las aves,
Á los árboles, al cielo...
   ¡Muy bien!
                  — Y os parece extraño?
Le dijo él.
                  — No, por cierto,
Pues á mí también me aplacen;
Sino que, añadió riendo
   De encantadora manera,
Sé además que habláis con ellos;
Y si ellos también os hablan
Y no es cosa que hay secretos...
   — Vos misma tenéis de sobra
Fantasía para ello
Y aun mucho más...
                  — ¿Yo?
                        — Lo prueba
Lo mismo que habláis; y luego,
   El peregrino capricho
(Pues adivino que es vuestro)

De hacer al buen hombre imagen
De un loro, ni más ni menos,
Con esa gorra encarnada
Y ese vestido, desechos
De las elegantes telas
Que vuestro talle ciñeron.
Digna respuesta á tal réplica,
El dulce y sonoro estrépito
De una infantil carcajada
Partió á despertar el eco.
Corrido y baja la frente
Rió el viejo á su despecho,
Rió á su vez el poeta,
Y ella siguió :
— Según eso,
¿ Creéis sin alucinaros,
Que yo también, si lo quiero,
Puedo hacer que ellos me entiendan
Y al par comprenderlos puedo?
— Algo más os aseguro.
— ¿ Y es?
— Que ya antes lo habéis hecho.
— ¿ No os chanceáis, señor poeta?
¿ Cuál es vuestro nombre?
— « Alberto »
Dijo, un tanto balbuciente,
Llamadme Alberto. ¿ Y el vuestro?
— « Lucía » — dijeron ella
Y el guardián al mismo tiempo.

— Pues bien... Alberto, explicadme
Ese curioso secreto
Que yo misma ignoro. Acaso
Alguna vez, no lo niego,
Al volar un pajarillo,
Al ver brillar un lucero,
Sin pensarlo he repetido
Alguna frase, algún verso
Que han venido á mi memoria
En espontáneo recuerdo;
Mas lo que es que ellos me hablasen,
¡Oh, no, jamás!
— Y antes de ello
¿Teníais en vuestra mente
Esas frases?
— No.
— Son ellos
Los que primero os hablaron,
Entonces.
— Mas...
— ¿Y al reflejo
Del lucero habéis sentido
Despertar la frase ó verso
Del ave?
— No.
— ¿Ó á la inversa,
Los conceptos del lucero
Al vuelo del pajarillo?
— No.

— Pues quiere decir eso,
Que al hablaros, cada uno
Os habló de sí.
— Mas...
— ¡ Cierto !
Dijo el viejo. Y pensativa
Tornábase ella, cediendo
Por grados su humor festivo
Lugar al discernimiento.

— ¿ No os ha acontecido nunca,
Lucía, prosiguió Alberto,
Que en un campo en que otras veces
Habéis hallado recreo

En vagar indiferente
Y sin ningún pensamiento,
Cierta mañana, mirando
Una flor que abre sus pétalos,

Aspirando su fragancia
Ú oyendo un silbo del viento,
Os asalta una memoria,
De la niñez, por ejemplo ?

— ¡ Oh, sí !
— Pues es que en idioma
Que el alma aprendió en el cielo,
Os dice la flor : « Yo estuve
Cuando eras niña, en tu seno » :

El viento os dice : « Yo guardo
Tus infantiles acentos,

Yo he jugado en tus cendales
Y dormido en tus cabellos. »
— Sí, sí, murmuró Lucía.
— ¿Y tras este sentimiento
No os ha atormentado otro
Aun más doloroso, luego,
Prosiguió Alberto, pensando
En tanto inocente afecto,
En tanta dulce esperanza
Como con ella se fueron?
— ¡Mil veces! — dijo Lucía.
— Es que la flor en secreto
Os dice después: « ¡Mañana
Seré de tu infancia espejo! »

Y el viento os dice: « Mis alas
Imagen son de tus sueños...
Te dejaron para siempre...
No los esperes... ¡murieron! »
— Es verdad. ¿Mas por qué hay tantos
Que nada alcanzan en ello?
— Porque no oyen, Lucía;
Mas todo tiene un acento.

Así el humo que en espiras
Sube lento y triste al cielo,
Al desterrado habla siempre
Del lejano hogar paterno:

Así los negros cipreses,
De la noche en el silencio,

Para los amantes guardan
Mensajes de los que fueron :
Así el pajarillo errante
Habla al solitario huérfano
Siempre de su madre, y della
Le trae en sus alas un beso.
Y dice el humo : « ¡ Allá queda ! »
Y dice el ciprés : « ¡ Te espero ! »
Y el avecilla pregunta :
« ¿ Qué mandas decir al cielo ? »
Un recuerdo repentino
Del canto que á Alberto oyeron
Á una en Gaspar y Lucía,
Despierta á tales conceptos.
« Él es el ave sin nido,
No hay duda » — pensaron ellos ;
« Aquella historia es la suya, »
En un mirar se dijeron.
Y más excitada ella
Por el vehemente deseo
De penetrar hasta el fondo
En el corazón de Alberto,
Y fiando en la franqueza
Y sencillez de su pecho,
Investigóle curiosa
En sus más íntimos senos ;
Hasta que él, tomando el hilo
De su historia, desde el tiempo

De su niñez, el relato
Hizo de sus veinte eneros.

Alberto había recibido
Por primer dote del cielo,
Un corazón en quien era
Como un mal el sentimiento.

Débil espiga que mece
El ambiente más ligero,
Lira que colgada á un sauce
Vibra al paso de los céfiros,

Remanso de claras aguas
Que vuelve en su terso espejo
Cuanto sobre ellas se inclina,
Desde su orilla hasta el cielo;

Tal era él. En su mente
No ardía ese activo fuego
Que saca de las tinieblas
Los científicos portentos;

La luz de su inteligencia
Era tan sólo un reflejo
Que su corazón enviaba
Á iluminar su cerebro;

Y así, pudiera decirse
Que en su mente y en su pecho
El sentimiento y la idea
Eran hermanos gemelos.

Á esta condición acaso
Era él deudor del acento

Dulce y triste que ponía
En sus trovas sin saberlo.

Sabía que era poeta:
Mas sin presunción por ello,
Cual no la tienen las aves
De su canto, de su vuelo,

Nunca le ocurrió un instante
Detener su pensamiento
Á indagar si lo sería
Aventajado ó pequeño.

Notara tan solamente
Que los fugitivos versos
Que preludiaba su musa
Comenzaban á hallar ecos,

Y que en especial las damas
Le daban oído atento,
Y aun testimonio, en sus ojos,
De su simpático afecto.

« ¿Quieres juzgar, dijo un día
Él á un amigo, del mérito
De un cuadro artístico? Hazle
Reflejarse en un espejo:

Pues el más fiel, el más claro
En obras de sentimiento,
El que no miente, es el alma
De una mujer: voz del cielo.

Por eso tal vez con ellas
Era tan franco su pecho;

Su entrevista con Lucía
De tal franqueza fué ejemplo.
Ella escuchaba hechizada
Aquel lenguaje sincero,
Llano, infantil, pero en tanto
No de reflexión exento;
Y á medida que alcanzaba
Mayor luz en los diversos
Malhadados incidentes
De la existencia de Alberto,
Veíanse sus facciones
Cubrirse como de un velo
De tristeza, y en notable
Signo de enternecimiento.
Todo lo oyó: la ventura
De su niñez en el seno
De su ya extinta familia
Y bajo el techo paterno:
Su orfandad, temprano dardo
Que emponzoñando su pecho
Destiñó su sien: su vida,
Desde ese triste momento,
Sarcasmo de la fortuna,
Á merced de arbitrio ajeno;
Y en fin, del piadoso amparo
En costoso acatamiento,
El sacrificio de unirse
Á quien no amaba, rindiendo

La flor de su vida en aras
De fiel agradecimiento.
Mas cuando Alberto evocando
Sus más punzantes recuerdos,
Bosquejó el cuadro indecible
De su hogar, alegre un tiempo,
Y el corazón de su madre,
Sagrado recinto lleno
De cuanto de grande y noble
Debió humano pecho al cielo ;
Llegó á su colmo en Lucía
La conmoción, y vertiendo
Una fugitiva lágrima,
Dijo en voz cortada á Alberto :
« Callad, Alberto, eso es triste
Y os hace mal. Os confieso
Que no creí que cupiese
Dolor tanto en vuestro pecho.
Vamos, abrid ese libro
Y leed algo halagüeño
Que os distraiga ; me figuro
Que ha de tener lindos cuentos. »
Mas iba el sol ya muy alto;
Y de acuerdo transfiriendo
La lectura al otro día,
Amigos se despidieron.
« ¿ Veis?, dijo Gaspar, hay árboles
Que taladran los insectos

Aun antes de que den frutos. »
Y acá Alberto iba diciendo:

« Que eres bella, bien lo miro:
Que eres sensible, lo veo;
Si eres mujer ó eres ángel,
Es lo que afirmar no puedo. »

Voi che sapete
Che cosa è amor
Donne vedete
S'io l'ho nel cor.

(*Nozze di Figaro.*)

No alegran más arreboles
El cielo, cuando amanece,
Que áureos ensueños á el alma
Que abriéndose al amor viene.

¡Oh, dichoso, muy dichoso
El corazón inocente
Que aspira el primer aroma
Que de sus alas él vierte,

El alma que ve vestirse,
Del amor en los verjeles,
Sus ilusiones, de rosa,
Sus esperanzas, de verde!

¡Dulces sueños juveniles,
Bienhadado el que os posee
Y no sabe que sois tanto
Como encantadores, breves!

¡O amor, amor! ¡y qué instable
Es el bien que nos ofreces,
Y cómo ocultarlo sabes
Con tus promesas aleve!

Mas bien haces cuando ciegas
Las almas que á ti sometes,
Porque las alas no miren
Con que revolando vienes;

Pues de acibararse hubiera,
Sin que evitarlo pudieses,
La ventura de encontrarte
Con el temor de perderte.

Bien haces, amor, bien haces
En presentar tan rïente
Á esa niña enamorada
Cuanto en su redor se extiende:

Tintas de limpio zafiro
Muéstrale en los cielos siempre:
Despierta, venturas goze,
Dormida, venturas sueñe:

Que de los dulces delirios
Que hoy arrebatan su mente,
Jamás las doradas ruedas
En desengaños tropiecen;

Hasta que muertas sus dichas,
Su vida con ellas vuele;
Porque tal vez no le cumpla
Todos sus votos la suerte.

¡Cuán cortas para Lucía
Pasan las horas y alegres,
Desde que llegó á sus prados
El advenedizo huésped!

¡Cuán cortos le son los días
Bajo el pabellón silvestre,
Y cómo largas las noches
Que á esas mañanas preceden!

Ya el sol los azules cielos
Ha medido muchas veces
Desde que quiso el destino
Que entrambos se conociesen;

Y desde entonces, seguida
Del viejo hortelano, siempre
La ve asomando en los prados
Cuando él asoma en oriente.

Pero en medio á su alegría,
Ligera sombra aparece,
Tristeza dando á sus ojos
Y languidez á sus sienes.

De cuando en cuando sus labios,
Abiertos ligeramente,
Suspiros dan que publican
Que á su pesar se desprenden;

Mientras al cielo los ojos
Eleva, cual si quisiese
Requerirle por la causa
De lo que su pecho siente.

Mas si por distante el cielo
Explicársela no puede,
¿Por qué al consejo no acude
De los que cercanos tiene?

¿El hortelano ni Alberto
Su insólito mal comprenden?
¿Ciéganse tanto que nadie
La extraña mudanza observe?

No será Gaspar, que atento
Á sus acciones más leves,
Desde la escena primera
Su cambio midiendo viene;

Y atisbándola á hurtardillas
Mientras caviloso mueve
La tosca frente rugosa,
Como quien males presiente,

Recordando antigua copla
Dice para sí entre dientes:
« Río que suena, agua trae;
¡Aparta, que no te lleve! »

Mas Gaspar no hace memoria
Sino de frases corteses
En las pláticas de Alberto;
Y él siempre estuvo presente.

En cuanto á Alberto, embebida
En sus delirios la mente,
De nada se ha apercibido,
Y no es él tal que lo afecte;

Pues, como siempre sincero,
Ya en departir inocente
Con ella las horas pasa,
Ya alguna historia le lee.

Y con todo, aun ha podido
Algo en su semblante verse,
En su voz y sus palabras,
Tan puras como su frente,

Cuando en la primer lectura
Revelaba, interrumpiéndole,
El sentimiento que en ella
Daba un eco interiormente.

Era el canto del Corsario;
Alberto, que tuvo siempre
Por Byron una impulsiva
Predilección reverente,

Había hojeado en su vida
Sus páginas tantas veces,
Que le eran casi tan llanas
Cual si en su idioma estuviesen.

El canto de los piratas,
Cuando en grupos diferentes
En las playas de la isla
Levantan su voz agreste,

Ya jugando, ya bebiendo,
Ora secando sus redes,
Ya aguzando sus puñales,
Que ayuda á su intento presten,
Llevó á el alma de Lucía
Mil impresiones tan fuertes,
Que así aterraban su pecho
Como exaltaban su mente.
¡Ella estaba tan ajena
De sospechar que existiesen
Tales pasiones, y un hombre
Que tal lenguaje tuviese!
— ¿Sabéis, dijo cuando Alberto
Tradujo el canto solemne
Y lúgubre de Medora,
Que eso es un canto de muerte?
¿Dónde encontrasteis tal libro?
¿Quién penetrar así puede
Tan hondamente en el alma?
¡Qué triste es!... Mas, no os pese;
Al contrario, repetidlo,
Quiero grabarlo en mi mente
Y en mis adentros cantarlo
Cuando á mis solas me encuentre.
— Ós lo escribiré, Lucía.
— Acepto; pero leedle
Otra vez más, dijo ella,
Y él tradujo nuevamente :

I

Ese tierno secreto en mi alma vive
Solitario y oculto para siempre;
Sólo á tu voz mi corazón responde :
Luego otra vez á su silencio vuelve.

II

Mi amor en él, cual cirio en un sepulcro,
Su llama eterna aunque invisible vierte;
No ahogarla pueden del dolor las sombras :
Arde y arde tenaz, mas vanamente.

III

¡Oh piensa, piensa en mí! Nunca á mi tumba
Sin un recuerdo para mí te acerques;
Si hay un tormento que á sufrir no alcanzo,
Es el temor de que á olvidarme llegues.

IV

¡Oye mi última voz, mi único ruego!
¿Quién halló mal llorar á los que mueren?
Dame una sola lágrima, una sola,
Que tanto amor y padecer compense.

Medora fué desde entonces
Como una imagen perenne
En su alma, y de sus pláticas
El asunto más frecuente.

Como en un espejo, en ella
Juzgaba á sí propia verse,
Y con su llanto lloraba
Y rogaba con sus preces.

— ¿Seriais capaz, dijo á Alberto,
De dar horas tan crueles
Á una mujer que os amara
Con tal pasión? Respondedme,

Pues si os digo lo que siento,
No sé, pero me parece
Que fuerais en igual caso
Á igual pena indiferente.

— ¡Qué idea! ¿Qué os lleva á tanto?
— ¡Oh esos libros! ¡Qué de veces,
Después de leer en ellos,
Os quedáis hundido en éxtasis,

Vueltos al cielo los ojos,
Al cielo vuelta la mente,
Como si nada en la tierra
Digno de mirarse hubiese!...

Sólo os placen vuestros sueños,
No lo neguéis; y más puede,
Más priva en vos una hoja,
Un ruido, una sombra leve,

Que... Mas sois dueño de hacerlo
¡Qué loca soy!...
— ¡Conocieseis!
Una de esas fantasías!...
Si me ofrecierais creerme. .

— ¿Que vos lo digáis no basta?
— Pues era, que si por suerte
La musa de los romances
Soplara sobre mis sienes,

Al escoger un modelo
De esa belleza celeste
Y ese candor que en sus cantos
Da el poeta á las mujeres,

El mío, y el más perfecto
Seríais vos, seguramente.
— ¿Cierto?
— ¡Qué mala memoria!
¿No basta que yo lo exprese? —

Una sourisa inefable
Despejó súbitamente
El semblante de Lucía,
Tornándole más alegre,

Más hermoseado que el cielo
Cuando la borrasca cede
Y huye el nublado, y el iris
Su arco de colores tiende.

Uno tras otro los días
Pasábanse como ése;

Todo era en ellos coloquios
Y venturas inocentes;

Mas ella á cada momento
Más y más sintiendo arderse
En aquella dulce llama
De tantos delirios germen.

Su vida se deslizaba
Como resbala una fuente
Bordada en ambas orillas
De tomillos y claveles;

Ni aun sospechaba siquiera
Que á aquellas horas rïentes
El tiempo desapiadado
Término marcar pudiese.

¡Dulces sueños juveniles,
Bienhadado el que os posee
Y no sabe que sois tanto
Como encantadores, breves!

¡Oh! no tiene más albores
El cielo, cuando amanece,
Que ensueños de rosa el alma
Que abriéndose al amor viene.

Pasce l'agne l'erbette, il lupo l'agne;
Ma il crudo amor di lagrime si pasce.

(TASSO.)

Ángel de los desengaños
¿Qué haces, dí, de tantas lágrimas
Y solitarios gemidos
Como desprendes del alma?
¿Aun del doliente tributo
No está tu copa colmada,
Ó no han llorado aún los ojos
Que han de apaciguar tu saña?
Sobre la hermosa pradera
Te miro cerner las alas,
Pronto en tus manos el cáliz...
Ángel sin piedad, ¿qué aguardas?
¿Buscas los azules ojos
De esa belleza encantada,
Porque te finges que caen
Del cielo mismo sus lágrimas?
Si es tu fallo irrevocable,
Da tregua un punto á tus ansias,
Hasta que al prado devuelva
La alegría que le falta,
Cuando al verla palidezcan
Las azucenas nevadas,
Y pierdan junto á su talle
Su gentileza las palmas.

Un día más, y Lucía
Á las praderas no baja:
¿Quién aleja á la paloma
De sus frescas enramadas?

Solitario mira Alberto
Brillar la nueva mañana,
Que ella no baja, y en vano
Quiere descubrir la causa.

Gaspar tampoco: es notable
Que falten ambos... ¿Qué pasa?
La última vez ella estuvo
Tan festiva, tan ufana...

Aun rió mucho refiriendo
Á Alberto la extravagancia
De un sueño en que vió alumbrado
Un baile con negras hachas.

Alberto á inquietarse empieza.
Antes, poco le importara
De su presencia, al contrario,
La soledad anhelaba;

Sino que día tras día
Viéndola arreo en la estancia,
La hermosa niña es ya parte
En su vida solitaria,

Á la par de los jazmines
Que el pabellón engalanan,
De las auras que le arrullan
Y las aves que en él cantan

Hoy más que nunca, por verla
Sufrir parece hondas ansias :
En su semblante, en sus ojos
Algo de extraño se alcanza;
Y atravesando las calles
De granados y de palmas
Hasta encontrarle en el río,
En pos de Gaspar se lanza.
— ¡Eh! ¡buena pieza! le dice,
Ven aquí, dime qué pasa...
¿Qué es de Lucía?
— ¡Lucía!
Responde en tono de lástima.
Y en hondo silencio queda,
La vista en tierra clavada
Hollando maquinalmente
En el suelo con la barra.
Hubo por fin de explicarse,
Y en fatídicas palabras,
Como siempre, por su genio
Supersticioso dictadas,
Pero á la vez evitando
Toda alusión que indicara
Que de todo aquel misterio
Era él la sola causa,
Le informó del que á Lucía
Extraño mal aquejaba,
Y sus delirios, que él solo
Interpretaba en la casa.

— Bien, ¿pero nada te ha dicho
Para mi? ¿no deseaba
Poder salir? dice Alberto
Como hablando de una hermana.

— No, dijo el viejo entre dientes,
Y á tierra la frente baja.
— Es extraño! ¿Y no ha querido
Que de su mal me avisaras?

— ¡No! vuelve á decir sín verle
Pero ya la voz más franca.
— Bien; no por eso su vida
Ha de serme menos cara,

Ni será que rompa el lazo
De esa intimidad tan grata,
Que el dulce deber me impone
De abrirle franco mi alma.

Vé, Gaspar, dile que baje,
Que es asunto de importancia
Lo que ocurre, y tarde fuera
Para saberlo mañana.

¡Vamos! ¡muévete! te digo
Que es urgente... ¿qué te para?
— ¿Y qué ha de ser, dice el viejo,
Sino que podéis matarla?... —

Mas discurriendo sin duda
Que efecto igual le causara
El silencio, mueve el paso
Vega arriba hacia su estancia.

¡Cuán alegre y bullicioso
Llevaba el Guaire sus aguas!
¡Qué blando el viento mecía
Sauces, palmeras y cañas!

¡Cuán dulcemente en los ramos
Que el pabellón cobijaban
Trinaban los pajarillos
Y susurraban las auras!

¡Qué suave tinta en los cielos!
¡En los aires, qué fragancia!
¡Cómo por doquier vertía
El amor su dulce magia!

¡Cómo conspiraba todo
Á hacer suspirar el alma
Cuando doliente Lucía
De Alberto á la voz bajaba!

Después de tan tristes horas,
Al recorrer su mirada
De aquel campo y aquel cielo
El hermoso panorama,

Siente que vuelve la vida
Con nuevo encanto á halagarla,
Y renacen en su pecho
Los sueños de la esperanza.

¡Cuán bella viene! ¿Es posible
Ver tanto hechizo y no amarla?
¡Cómo ondean sus cabellos
Sobre sus mejillas pálidas!

¡Qué airosamente cimbrea
Su talle! ¡con cuánta gracia
El pie brevísimo mueve
Bajo la sonante falda!
Ya al pabellón se aproxima
Y Gaspar no la acompaña;
¿Será que teme le asomen
Los colores á la cara?
— ¡Pobre Lucía! le dijo
Alberto al entrar, tomándola
Por primer vez de la mano;
Lo sé todo; aun estás pálida.
Ella la mano cedióle,
Pero sin decir palabra,
Porque sintió á las de Alberto
Anudarse su garganta. —
— Vamos, siéntate, ¿qué tienes?
¿Padeces aún?
— No, nada,
Nada por ahora; aun creo
Que me hace bien la mañana;
Dijo, abriendo su semblante,
Como una flor halagada
De fresco ambiente, y sentándose
Al poeta tan cercana,
Que los ruedos de su traje,
Color de hojas agostadas,
Casi desde las rodillas
Los pies de Alberto arropaban.

Su mano maquinalmente
Desprendió una verde rama
Estrellada de jazmines
Que rozaba sus espaldas;

Y uniéndola por las puntas,
En tanto que Alberto hablaba,
Púsose, baja la frente,
Á hacer de ella una guirnalda.

— Pero estoy de ti quejoso,
Prosiguió Alberto. ¿Qué causa
Para tal silencio ha habido?
¿Por qué tu mal me ocultabas?

¡Ni un aviso, ni una excusa,
Ni un simple recuerdo! ¡ingrata!
— ¡Oh eso fuera inverosímil!
Respondió medio turbada.

— ¿Lo niegas?
— ¿Negarlo? ¡Cómo!
Entonces él me engañaba...
¡Oh, si también las noticias
Que me daba fueran falsas!

Y evitaba los pronombres,
Temiendo pecar por falta
De intimidad, tanto como
Por sobra de confianza.

— ¿Y cuáles eran?
— Que el vulgo
Ya en sus labios me tomaba:

Que se me encargaba mucho
No salir : que me guardara :
  Que el pabellón estaría
Desierto algunas semanas,
Para burlar el asedio
De atisbadoras miradas;
  En fin...
              — En fin, todo falso,
Todo invención; ¡viejo maula!
Mas hoy se ha portado, y eso
Á perdonarle me basta.
  ¡Hubiera sentido tanto
No verte hoy!... — Con más ansia
No absorbe la primer lluvia
La dura tierra tostada,
  Que el corazón de Lucía
Estas sencillas palabras;
Y ciega al placer intenso,
Buscando cómo pagarlas,
  Ya sus jazmines tejidos,
Con mano resuelta y rápida,
Por temor de arrepentirse,
Puso en su sien la guirnalda.
  — Lucía, le dijo Alberto,
Vislumbrando ya en su alma
Una chispa fugitiva
Del amor que la abrasaba,
  Lucía, ¿porqué me viste?
¿Por qué de mi suerte aciaga

Quisieron tus dulce labios
Beber en la copa amarga?
Yo debí apurarla solo,
¡Solo! ¿á qué dar á probarla
Á los que hubieron del cielo
Más risueñas esperanzas,
Promesas, si no de dicha,
De una vida sosegada?...
¡Oh, perdón, perdón, Lucía!
— ¿Qué tienes, Alberto? ¡habla!
¿Por qué ocultarme tus penas?
¿No sabes que soy tu hermana?
¡Explícate! nunca he visto
Más tristeza en tu mirada...
— ¡Mi hermana! ¡y lo serás siempre,
Lucía! ¡que esa palabra
Suene siempre en nuestros labios,
Viva siempre en nuestras almas!
Y si es tan sólo ese afecto
El lazo que á mí te ata,
¡Bendito el cielo mil veces!
¡Bendita tú! ¡gracias, gracias!
— ¡Tiemblo! ¿qué quieres decirme?
— Que no hay hora por lejana,
Que al fin no llegue... Tú sabes
Mi historia... esa boda...
— ¡Basta!
Dijo la pobre Lucía
Rompiendo á llorar, más pálida

Que la amortiguada lumbre
De lámpara funeraria.

Luego dió un ¡ay! hondo, agudo,
Que volvió el eco á distancia,
Y entre los brazos de Alberto
Cayó como inanimada.

Á su grito, otro da un ave
Del jabillo entre las ramas,
Á tiempo que el hortelano,
Que de cerca oía, entraba.

— ¡Ese pájaro siniestro
Ve el fin de su obra! exclama,
¡Él agoró este infortunio
Desde la primer mañana!

En balde evitarlo quise!
Dijo soltando las lágrimas;
Ya sabréis por qué mentía...
¡Rudo soy!... ¡mas tengo alma! —

Alberto la babia llevado
Al escaño. Al contemplarla,
Casi llegó á persuadirse
De que también él la amaba.

La vió, la vió largo espacio
Cual si quisiese llevarla
En imagen en sus ojos;
Y á Gaspar recomendándola,

Puso con amor sus labios
Sobre aquella frente pálida,

Y huyó oprimiendo en su pecho
Con efusión la guirnalda.

¡Ángel de los desengaños!
¿Qué haces, di, de tantas lágrimas
Y tan profundos gemidos
Como desprendes del alma?

Fleuves, rochers, forêts, solitudes si chères,
Un seul être vous manque, et tout est dépeuplé.

(LAMARTINE.)

¡Brotad y decid al cielo,
Ayes y lágrimas mías,
Que á mi bien busqué en la tierra
Y hallé la tierra vacía!

Así al caer de la tarde,
Del Guaire por las orillas,
Ya mucho tiempo corrido,
Gemir una voz se oía.

Á aquellas arreboladas
Dulces mañanas festivas,
De infantiles confidencias,
De inocentes alegrías,

Desde la que fué testigo
De la amarga despedida,
Siguió profundo silencio
Y triste melancolía.

Á repetir más no han vuelto
Las murmuradoras brisas
Las estrofas del poeta,
Las querellas de la niña;
Sólo sus vagos rumores
En voz de gemir se oían
Hasta ahora entre las zarzas
De la olvidada campiña.

Hoy una queja doliente,
Lamento de un alma herida,
Viene á despertar memorias
Que en largo sueño dormían.

¿Pero á qué, si todas juntas
No han de lograr que reviva
Una hora, un solo instante
De la ventura perdida?

¿Y quién á evocarlas viene
Después de tan largos días?
¿De dónde brota ese acento?
¿Es de Alberto ó de Lucía?

¿Qué ha sido de esos dos seres?
¿Quién nos dará de esa niña
Alguna nueva? Llamemos
Á las puertas de la quinta.

¡Ah, esos rostros son extraños!
Y aun sus facciones indican
Que los nuevos moradores
Nacieron bajo otros climas.

¡Ved! apenas nos comprenden...
« ¿Lucía? ¿quién es Lucía? »
¡Oh Dios mío! ¡ni su nombre
Se sabe ya! ¿dónde es ida?

Indaguemos por Alberto,
Que acaso de ella nos diga.
¿Qué ha sido dél desde entonces?
¿Cómo ha corrido su vida?

¡Oh, cuánto ha mudado! ¡apenas
Conocérsele podría,
Tan tristes se ven sus ojos,
Tan pálidas sus mejillas!

¿Fruto será de honda pena,
Ó de sus largas vigilias
Con sus libros y delirios
En nocturna compañía?

Puede ser. Lo que sabemos
Es que el niño de otros días,
Paso á paso por su senda
Y con su estrella por guía,

Tal vez sin ambicionarlo,
Oyó en remotas orillas
Un eco al fin, que su nombre
Y sus cantos repetía;

Mas que esto ni nada pudo
Borrar de su frente lívida
La sombra como de muerte
Que estaba en ella extendida:

Dábansela sus recuerdos.
Después de aquel triste día
Vió una vez al hortelano :
Luego, ni á él ni á Lucía

Esto fué en el templo santo :
Portador de una misiva,
Por llegar á tiempo, en balde
Se dió el hortelano prisa.

Estaba ya comenzada
La ceremonia temida,
Cuando entró en el santo templo
Jadeante de fatiga.

Allá al pie de una columna,
Su figura conocida
Alcanza Alberto, y su sangre
Siente de súbito fría.

— « ¡ Tarde es, muy tarde ! » le dice
Ya la escena concluída
Y hablando á Alberto, apartados
De la ciega comitiva ;

Y al darle el billete, añade :
« Pero la culpa no es mia,
¡ Dios lo quiere !... no hay respuesta
Ya que esperar... ¡ pobre niña ! »

Desapareció, y Alberto,
Á la claridad pajiza
De un cirial, leyó impaciente
Estas mal trazadas líneas :

¡Yo no sé de mí! Perdóname,
Pero deja que te escriba.
Á qué fin, no lo preguntes:
No lo comprendo yo misma.

¡Nada espero! ¿Qué derechos
Puedo tener á tu vida?
Tú no me has dado ninguno...
Era tu deber... ¡ay mísera!

¡Todo es culpa de mi engaño!
Yo creí que te tenía
El afecto de una hermana...
Y te lo dije... ¡oh, mentira!

¡Yo ví, me acuerdo, á mi hermano
Ante el altar, y ese día
Yo no sentí, como hoy siento,
Que me arrancaran la vida!

¡Oh! si aun pudieras... ¡No, nada!...
¡Es delirio el ansia mía!
Ya es inútil toda queja,
Toda esperanza es perdida...

Pero tú, que has agotado
La copa de las desdichas,
¿No podrás decirme, al menos,
Qué puedo hacer de la vida?

Alberto salió á la sombra
Que las columnas hacían;
Alguien, no obstante, en sus ojos
Vió lo que ocultar quería.

¿Volvió luego á aquellos prados?
No — ¿Tuvo alguna noticia
De Lucía?... ¡Sus endechas
Y sus lágrimas lo digan!

Hoy le ve por vez primera
La verde enramada antigua;
Él es: es suyo el acento
Que tan doliente gemía.

Era la tarde, la hora
De las memorias sombrías:
En que se lamenta el ave
De las tinieblas amiga:

En que parece que al cielo
Sauces y palmas se empinan
Á dar al sol con sus flecos
Su postrera despedida.

Ya á lo lejos gradualmente
Desvaneciéndose iban
Los rumores que en su margen
Oye el Guaire con el día:

La alegre voz de los niños
Que en sus raudales se agitan,
La del pastor que retorna
Su ganado á la alquería,

La del brioso alazano
Por las llanuras tendidas,
Y el latir del gozque alerta
Que su estrecho hogar vigila.

Todo callaba; y al paso
Su imperio á cobrar volvían
Los rumores de las aguas,
De las hojas y la brisa.

La senda por donde Alberto
Ir al pabellón solía,
Muestra, de malezas llena,
Que ya nadie la transita.

Largos trechos que eran flores,
Son hoy charcas detenidas
De aguas lúgubres é inmobles
Donde los reptiles silban.

Por donde quiera, del tiempo
Las injurias se divisan,
Y es todo amarga tristeza
Cuanto era dulce alegría.

Contempla Alberto aquel cuadro
De soledad y rüina,
Y siente oprimirle el alma
Una punzante agonía.

En vano quieren sus labios
El dolor que le domina
Desahogar en hondas quejas,
Que hasta de voces le priva.

Llega al pabellón, da un paso,
Tiembla, vacila; y reclina
De un sauce la sien, más pálido
Que el crepúsculo que huía.

Dentro ya es todo tinieblas:
Mas nada vela su vista,
Porque de lumbre le sirve
Su propia melancolía.

De súbito, como herido
De inspiración repentina,
Se avanza al tronco del árbol
Donde su libro escondía;

Y dél, las zarzas rompiendo,
Toma un papel, lo examina;
Es el canto de Medora...
Ella subrayó estas líneas...

¡Oye mi última voz, mi único ruego!
¿Quién halló mal llorar por los que mueren?
Dame una sola lágrima, una sola,
Que tanto amor y padecer compense.

En esto hieren su oído
Sonorosas armonías
Que á una voz dulce acompañan...
Es que cantan en la quinta.

Su corazón abre ansioso
Á aquellas notas tristísimas
Que vuelan como á anunciarle
Que ya es ilusión su dicha.

No son nuevas á su oído...
¿Quién las oyó y las olvida?
¡Lúgubre coincidencia!
¡Es el final de *Lucía!*

Mil y mil veces sus labios
Sobre aquel papel aplica:
Como si romper quisiese
Los lazos de su agonía.

Lo oprime contra su pecho
Y se estremece y se agita,
Y al poder del triste canto
Brotar su llanto al fin mira.

« ¡Ay! ¿dónde hallarte? murmura;
¿Dónde estás, pobre alma mía? »
Y allá de muerte le habla
La voz doliente en la quinta.

« ¡Muerta! ¡oh mi amor! ¡oh mi ángel!
¡Oh Lucía!... ¡Oh mi Lucía! » ;
Y allá lejos como un eco
Clama el canto: *Mia Lucia...* »

Avanzada ya la noche
Dejaba Alberto la quinta,
Su frente estaba serena;
Pero repitiendo iba:

« ¡Brotad y subid al cielo
En las alas de la brisa,
Que aquí ya es vano buscarla,
Gemidos del alma mía! »

Oranger dont la voûte épaisse
Servit à cacher nos amours,
Reçois et conserve toujours
Ces vers, enfants de ma tendresse.

(PARNY.)

En la estación de las flores,
En la estación del amor,
Otra vez más quiso Alberto
Visitar el pabellón.
Toda una hermosa mañana
Allí á su sombra pasó:
El ave le dió sus trinos,
El aura le dió su voz.
En torno por las praderas
Venturas cantando oyó
Los fortunados amantes
Que gozaban la estación.
El viento llevó en sus alas
Aquellas notas, veloz,
Y por siempre se perdieron:
Pero las de Alberto, no;
Porque amigos del poeta
Todos en los prados son,
Y una palmera en su tronco
Así su canto guardó:

De Abril y Mayo las alboradas,
Las mensajeras del amor son;

Con su matices arreboladas
Se abren las almas enamoradas:
La de las rosas
Es su estación.
Es de ver cómo, centellëantes
Los dulces ojos, la faz carmín,
Los rojos labios de amor temblantes,
Trovas cantando van los amantes
Entre los nardos
Bajo el jazmín.
Yo como ellos, dulce amor mío,
También al prado muevo mis pies,
También te invoca mi desvarío;
Mas, prado, grutas, margen del río,
Todo lo huello
Y en vano es.
Sitios desiertos en donde un día
Tanta ventura con ella vi,
¡Ay! ¿qué habéis hecho de mi alegría?...
¡Cándida y muerta paloma mía,
Dame tus alas
É iré tras ti!
De Abril huyamos las alboradas,
Su gala insulta mi corazón.
¡Cantad, o almas enamoradas!
La de las rosas en flor tronchadas,
De mis amores
Es la estación.

1860

Á LLORAR AL RÍO

— Niño, ¿adónde vas?
— Al río.
— ¿Y al río á qué?
— Á llorar.
— ¿Y á llorar por qué, ángel mío?
— ¡Fuera triste de contar...
Á llorar.
Al río.

— ¿Dónde está tu bien?
— No existe.
— ¿No existe? ¿Murió?
— De amor.
— ¿De amor? ¡Ingrato le fuiste!
— ¡Ten piedad de mi dolor!
¡Ya mi amor
No existe!

De este modo junto al río
Virgen de dulce mirar
Hablaba á un doncel sombrío
Que iba, la tarde al bajar,
Á llorar
¡Al rio!

—

— ¿La amaste tú?
— Con el alma.
— ¿Y heriste su corazón?...
¡Y ni aun hoy goza de calma!
— ¡Quítame ¡ay¡ por compasión,
Corazón
Y alma!

—

— ¿Verla ansiaras?
— ¡Por el cielo!
— Cerca está de ti...
— ¿De mí?
— ¿No me ves?
— ¡Ay!
— Adiós ¡Vuelo!
— ¡Deténte ó muero sin ti!...
¡Ay de mí,
Oh cielo!

La virgen se hundió en el río,
Y él en su amargo llorar;
Desde entonces más sombrío
Le ve la tarde bajar
Á llorar
Al río.

CANTO TRIUNFAL

HOMENAJE Á ZORRILLA

El Genio de los Andes á coronar tu frente
Consagra el de sus zonas más vívido laurel :
Él diga á las edades tu gloria eternamente,
Y eternamente viva su admiración en él.

Deidades de los montes, nereidas de los mares,
Ya acuden presurosas á tributarte honor;
Se encorvan y entretejen las selvas seculares,
Cual arco de victoria que aguarda al vencedor.

Ya el Ande abrió su templo, ya ornada está la senda,
Ya lista la corona te aguarda en el altar;
Á oír propicio el vítor y recibir la ofrenda,
Te mire del Olimpo la América bajar.

El Genio americano, como tu frente ahora,
Ciñó la sien un día del inmortal ligur :
Él trajo á sus comarcas la enseña redentora,
Tú fuiste de sus liras el numen y el augur.

Errátiles sus musas, cual rústicas vestales,
Pendiente de sus manos el arpa sin rumor,
Cruzaban silenciosas las selvas tropicales,
Un rayo sí en la frente de olímpico fulgor.

Cantar ninguno el viento de allende el mar traía
Que hiciese sus raudales de inspiración brotar,
Y el ritmo aprisionado su pecho combatía,
Cual ígnea lava armónica ansiosa de estallar.

Porque al calor nacidas de la candente zona,
De sus gigantes ríos al eco atronador,
En cumbres que hasta el cielo levantan la corona
Que ignívomos volcanes les ciñen en redor;

Por panorama, en torno, cuanto hizo Dios de grande,
Por numen el destello de su almo luminar,
Por forma la grandeza que impone altivo el Ande,
Por ritmo las cadencias de su sonante mar;

Arpegios y armonías de lira soberana,
De alambres acordados del cielo en la región,
Tan sólo hacer pudieran á el alma americana
Romper en altos himnos de ingente admiración.

Cantaste; y los acordes de sus alambres dè oro
Llenaron sus montañas, sus pampas y ancho mar;
Y mar y pampa y montes oyéronlas en coro
Por árbitro del canto tu numen aclamar.

Cual baja el fuego intenso del ígneo Can, y enciende
La sierra, el valle, el éter, la bóveda turquí,
Tal viva del Olimpo la llama á ti desciende,
Tal arde y centellea la inspiración en ti.

Y rimas, versos, cantos, fecundo al viento arrojas
En suelta, fácil, libre, pomposa profusión,
Cual dan las selvas plantas, cual dan las plantas hojas,
Cual suelta sus corrientes sonante el Marañón.

Tú tienes á tu arbitrio los tonos y cantares
Del índico sinsonte y el pérsico bulbul,
Son tuyos los tesoros de montes y de mares,
Las joyas que chispean en el espacio azul.

Dar puedes á tu musa la de perenne llama
Diadema de triones de la boreal región;
Y túnica á vestirle de esplendorosa lama,
Los hilos de oro tejes de Andrómeda y Proción.

Cual cíclope, á tus héroes ardiente rayo fraguas,
De él armas al hispano pujante guerreador;
Envuelves en celajes las hijas de las aguas,
Y del crespón del iris les formas ceñidor.

Siberia acumulando los záfiros que cría,
Golconda sus diamantes, la Persia su tisú,
No igualan tu opulenta fecunda fantasía:
Si libros hay de perlas, los compusiste tú.

Y noble y generoso cual digno castellano,
Tesoros y primores para tu patria son;
La fúlgida diadema que le ciñó tu mano,
Si lustre da á su gloria, más pone á tu blasón.

Por ti el heroico pueblo segunda vida alcanza,
Donde eran valentía, nobleza y honra ley,
Cuando era todo hispano señor de cetro y lanza:
Su rey guerrero siempre, cada guerrero un rey.

En cláusulas de oro, condigno engaste, pones
De la nación hidalga la gloria sin rival;
La Fama, que custodia sus magnas tradiciones,
Se inclina y te franquea su pórtico inmortal;

Y en torres y castillos, en el palacio, el claustro,
Retumba el sonoroso vibrar de tu laúd;
Y en vítor desatada, de tu brillante plaustro
Las áureas ruedas sigue bullente multitud.

¡Pues cuánta no desparces primaveral belleza
Por cármenes y prados, si empuñas el rabel!
Y en vano, cuando émulas la gran naturaleza,
De alambre desacorde se acecha el son en él;

Que si en el campo tuyo, que por doquier florece,
Se ve tronchado un árbol, sin savia ni verdor,
Del mismo adusto tronco que disonar parece,
Salir se oye el gorjeo de oculto ruiseñor.

Tú no eres la represa de linfa atesorada
Que sabe artificiosa caudales simular;
Tu vena se destrenza cual salta la cascada
É innúmeras regando va perlas hasta el mar.

No hay más que un gran poeta, un rey: tú solamente;
Del fallo de la Fama sumiso heraldo soy;
Y tus vasallos somos, de Iberia hasta Occidente,
Cuantos ayer cantaron, cuantos cantamos hoy.

Del hijo egregio ufánate, undísono Pisuerga,
Del que émulos no tuvo que provocar á lid;
En mármol á tu orilla su augusta sien se yerga;
Se nombre suyo el Valle que se llamó de Olid.

Del astro que declina, del arpa que enmudece,
Dirá contigo América el timbre y esplendor;
Mas no en su tumba adelfas á tu cantor ofrece,
Ni da por él al viento plañido de dolor.

Endeche desolada la pálida Elegía
Del doloroso caso de mísero mortal:
Al grande que el olvido y el tiempo desafía,
La heroica laurea cumple y el cántico triunfal.

¡Y ved! ¡la ofrenda acepta del pueblo americano!
Ya el alto Olimpo deja y acude noble y fiel:
¿No oís como de arpas el preludiar lejano?
¿No veis como la corte de un rey que viene? ¡Es él!

¡Formaos, altas selvas, en bóveda sagrada,
Vestid augusta pompa del aquilón al sud,
Que viene del Poeta la sombra coronada,
Tejido de laureles el inmortal laúd!

¡Es él! Ya á recibirle, vistiendo verdes tules,
En calle las deidades selváticas se ven,
Y alegres, á anunciarle, sus córolas azules
Las tenues campanillas agitan en vaivén.

¡Es él! Á darle al paso balsámicos aromas,
Remece el epidendro su cápsula sutil;
Y á verle, por las breñas asoman las palomas
Sus ojos como cuentas de cristalino añil.

Las montañeras aves matizan la floresta
Luciendo sus libreas de múltiple color,
Y suéltanse acordadas en sonora orquesta,
Las plumas enrizando del pecho trinador.

¡Es él! Mas ¿qué cohorte le sigue alborozada?
Se mueven transparentes aéreas formas mil,
Y se oye como un himno de música soñada,
Sonar de chirimías, dulzainas y añafil.

Ya es todo un centelleo de lanzas y de cotas,
De aduncas cimitarras y cascos de metal,
Ya es todo un coloreo de aljubas y marlotas;
Flotar pajizo y rojo se ve el pendón rëal.

¿Á quién no se declara la raza peregrina
Del pueblo que despliega tal rumbo y esplendor?
¡Y cuán ufana viene la gente granadina
Rindiendo honores reales á su inmortal cantor!

Cual sombras incorpóreas, mas con su forma misma,
Cual viéranlos las vegas del Darro y el Genil,
Se viene congregada la espléndida morisma,
Las damas y guerreros de la ciudad gentil.

Distinguen los linajes los rojos, los azules
Ó blancos almaizares que ciñen á la sien;
Se ven Aldoradines, Venegas y Gazules,
Allí Malique y Muza y el viejo Mulahazén.

Aquel azul y blanco magnífico ropaje
Y el blanco y escarlata damasco flotador,
Anuncian la presencia del bando Abencerraje,
El noble de los nobles, de los guerreros flor.

En lámina de oro de artísticos relieves,
Cual santas escrituras conduce el Alfaquí
Los libros de los Sueños, las Perlas y las Nieves;
Que sueños y tesoros los tiene el moro allí.

Cual banda de deidades que de su cielo baja,
Y aun más que las huríes de encanto seductor,
Deslumbran Zaida y Fátima, Celima y Lindaraja,
Estrellas de las lides y cortes del amor.

Recuerdo de sus noches de danzas y cantares,
La guzla marfilina llevando se las ve,
Y que han prendido al pecho sus dulces adamares,
Que digan la constancia de su amorosa fe.

¿Quién es la que semeja visión del paraíso?
¿No es esa la Sultana, la noble Reina? Sí,
La que al valor cristiano pedir venganza quiso
De la procaz calumnia del pérfido Zegrí.

Y van en pos los cuatro sus valedores fieles :
Allí Aguilar intrépido y Ponce de León,
Allí al famoso alcaide se ve de los Donceles,
Y el justador hidalgo perínclito Chacón.

Aun llevan, y es divisa que los delata á voces,
El de oro y plata ornado mozárabe disfraz;
Celeste vestidura y azules albornoces,
Y el aurea media-luna del musulmán tenaz.

¡Cuál brilla el campo moro! Y en la región andina
Montañas, cielo, todo reviste su esplendor.
¡Qué ufana se adelanta la gente granadina
Rindiendo honores reales á su inmortal cantor!

Mas súbito se tienen, y en el espacio cesa
La onda que sonaba de armónico raudal :
Escena deslumbrante los pasma de sorpresa :
Sus ojos no se apartan de maravilla tal.

Es el rëal y el templo de la solemne fiesta,
Donde al Poeta aguarda la gran coronación;
En cúspide de oro se ve la forma enhiesta
Del Genio soberano del mundo de Colón.

Su nimbo reverbera cual llama de volcanes,
Le envuelve y le hace veste fulgor de tempestad;
Su cetro, como rayo; su aliento de huracanes;
Su faz tiene del niño la cándida beldad.

Allí en cabello, aéreas, sin velos ni atavíos,
Ondinas, ninfas, náyades, irradian en amor;
Allí los cuatro Genios de los gigantes ríos,
Del Genio de los Andes se yerguen en redor.

Atónito contempla tan gran riqueza el moro;
La de los cuatro Genios jamás la soñó él :
El uno es todo plata, el otro todo es oro,
Es esmeralda éste, diamantes es aquél.

Y en medio á un centelleo como de muchas fraguas,
Y al hálito fragante del aura tropical,
Así sonar hicieron su voz como de aguas,
Por turno á hacer al Bardo su ofrenda cada cual :

« Las puertas del incógnito alcázar de El Dorado
Las puede sólo el Genio del Orinoco abrir :
En sus talleres de oro yo mismo he cincelado
La palma que á ti vengo cual súbdito á rendir.

— Mi nombre, de mi imperio te diga la opulencia :
De plata son mis aguas, yo un mar de plata soy
Juzgaba en mi ufanía sin símil mi afluencia;
Pero es mayor la tuya, y el cetro aquí te doy.

— Yo soy quien fecundiza la perla y la esmeralda
Los montes penetrando, bajando al hondo mar :
Al mirto y á las rosas que tejen tu guirnalda,
Permite al Magdalena sus joyas agregar.

— De ocaso hasta el oriente mis aguas atronantes
Recorren todo un mundo : yo soy el Marañón;
Doquier que profundizan, se cuajan en diamantes,
Topacios y zafiros : para tu frente son. »

—

El magno Genio entonces tendió al cantor la mano,
Y, al áurea cumbre alzándole, oyósele exclamar :
« Es fallo de mis Genios, y el mío soberano,
Por árbitro del canto tu numen aclamar.

De imperios dilatados señores y monarcas
Á cuya voz retiembla de un mundo la extensión,
Por ti dejaron trono, palacios y comarcas,
Á hacer aun más solemne tu regia aclamación.

Inclina, pues, Poeta, la esclarecida frente :
En nombre de la América recibe este laurel;
Él diga á las edades tu gloria eternamente,
Y eternamente viva su admiración en él. »

« ¡Eternamente viva! » sonó por las colinas,
Y un himno los dos campos movieron á la par,
Uniendo las nereidas sus notas cristalinas
De las deidades moras al dulce modular.

Gentil escolta hicieron al coronado ingenio
Las náyades y silfas, su marcha al emprender;
La senda iluminaban, enviados por el Genio,
Relámpagos de gloria de hermoso fulgecer.

Y ya ante sí veían resplandecer, cercana,
De la mansión pïeria la cúpula inmortal,
Y aún, cual sala armónica, la selva americana
Vibraba con los ritmos del cántico triunfal.

LA PROFECÍA DEL ULEMA

(Á ACHILLE MILLIEN)

Estambul la perezosa
Cabe el Bósforo tendida
Expirar tras de Tofana
Mira ya la luz del dia.

Á medida que el sol huye
Y las sombras se aproximan,
Va llenándose de antórchas
Que la alumbran é idealizan;

Cual sultana á quien rodean
Vaporosas odaliscas
Que las sienes le coronan
De brillante pedrería.

Sobre mirtos y cipreses
Vense alzarse sus mezquitas,
La soberbia Suleimania,
La gentil Santa Sofía.

¡Oh dolor! ¿Y es ésta aquella
Donde un tiempo de rodillas
Al Dios mártir del Calvario
Alabanzas se rendían?

¿Cómo en vez de la cruz santa
Esa media luna brilla?
¿De esos cuatro minaretes,
Tú, Isidoro (1), qué dirías?

Las de pórfido y de jaspe
Columnatas tan altivas,
Del pagano un tiempo orgullo
Y del Orbe maravilla,

Que del Sol y Diana al templo
Dió la ciega idolatría
¿Para tal, Efeso y Roma,
Enviasteis convertidas (2)?

¿No ha quedado en su recinto
Algún eco que repita
Una nota, por acaso,
De los cantos del salmista?

Penetremos. — ¡Qué desierto!
¡Qué tristeza se respira
En la nave ayer sagrario
De la santa Eucaristía!

---

(1) El arquitecto que reedificó á Santa Sofía.
(2) Para su construcción se llevaron á Constantinopla ocho ...umnas de pórfido del templo del Sol en Roma y ocho de ...e del de Diana en Efeso.

En la paz de un cementerio
Yace hundida la mezquita;
Mas ¿qué forma ó ser humano
Allí inmóvil se divisa?

Su talante y vestidura,
Su gran barba encanecida,
Y la hora, y el silencio
Y actitud en que medita,

Dejan ver que es el Ulema
Que anda en labios de la villa
Por sus aires misteriosos
Y su gran sabiduria.

Y allí está, como refieren,
La siniestra en la mejilla
Y apuntando á una columna
Frente á él — siempre la misma.

Lentamente aclara el ámbito
Una débil luz pajiza
Que él no advierte, dado todo
Al pensar en que se abisma;

Y ve entre él y la columna,
Cual por ella producida,
Una sombra frente á frente,
Que se encarna y que se anima.

La dulzura de sus ojos
Le penetra y le cautiva;
Y aunque cerca, su voz oye
Cual de siglos emitida:

— Dime, dime, buen Ulema,
Que el Dios vivo te bendiga,
¿Qué te apega á esta columna?
¿Algo oculto aquí te guía?

Será acaso luz del cielo,
Que á ti sólo te ilumina;
Porque todos van y vienen,
Y ninguno hacia aquí mira.

— Buen anciano, buen anciano
(El Ulema le replica),
Aunque infiel no te pregunto
Cómo entraste en la mezquita:

El respeto me lo veda;
Que en tu frente en claras líneas
Con asombro estoy leyendo
La gran suma de tus días.

Yo no sé, no sé quién eres;
Que eres monje sí me indican
Ese largo *Comboloio* (1)
Y esas ropas carmelitas.

Pero hoy es, por buen acaso,
Oportuna tu visita:
¿Sabes tú que fecha es ésta?
Creo que si... Ya Mayo espira... (2)

(1) Rosario.
(2) Constantinopla fué tomada el 29 de Mayo (1453).

— Sabio monje, que amas veo
La inmortal sabiduría:
Oye, pues, algo que ignoras,
Y muy cierto, por desdicha.

Tal diciendo, de su pecho
Una hoja saca escrita;
Mientra el monje por sus labios
Vagar deja una sonrisa.

— ¡Alá quiera perdonarme!
¡Vas á oír mi profecía!
Mía no; me fué dictada,
Tiempo ha, por voz divina.

— ¿Perdonarte? (dijo el monje)
La verdad, de Dios es hija;
Y ofenderle nunca puede
Quien la sabe y la predica.

Sigue, sigue, buen Ulema,
Que es el cielo quien te inspira:
Cuando acabes, te prometo
Darte prueba decisiva.

— Seré breve. Ha muchos años,
Siglos ya, la cruz se erguía
Donde está, sobre este dombo,
Del Profeta la alta insignia.

Mahomet el Victorioso
Vió á Estambul y ardió en codicia;
É intimó con arrogancia
Que por suya la quería,

La repulsa le halló fuerte :
Con sus lonas á la brisa,
Sus tres cientos de galeras
Todo el Bósforo cubrían ;

Y el ejército de tierra,
Numeroso como espigas,
La cercaba coronando
Sus contornos y colinas.

El estrago y la matanza
Duran días y más días ;
La bombarda que retruena
El fragor del rayo imita.

Rojo incendio es el espacio,
Con las bombas despedidas ;
Ígnea sierpe el Cuerno de oro,
Con las llamas que vomita.

Entre tanto, tus hermanos,
Á su Dios vuelta la vista,
Cual si nada aconteciese,
Con la fe que los anima,

Ni sus templos ni oraciones
Descuidaban por un día ;
Y se oían sus campanas,
Que llamaban á la misa.

Mahomet al cabo triunfa :
Asolada, no rendida,
Con su alfanje en sangre tinto
La ciudad entrar le mira.

Y entre tanto que las turbas
Se desbandan, impelidas
Por su sed de sangre y oro,
Y saquean y exterminan,

Él, creyendo á Alá dar gloria,
Galopando á toda brida,
Aquí vuela desalado.
¡Ay de ti, Santa Sofía!

¡Ay de ti, ya está á tus puertas!
¡Dentro ya se precipita!
Su caballo halló á tus fieles
En tal hora de rodillas.

¡Con furor, bajos sus cascos
Los aplasta, los destriza;
Y las carnes rechinaban,
Y los cráneos recrujían!

Oficiaba en tanto un monje,
Y era el punto en que á alzar iba...
Bajó el ara con la hostia,
Que en sus dedos fulgecía.

Vuela á él el Victorioso...
Como sombra se disipa...
El altar quedó desierto,
Y la misa interrumpida.

Qué se hiciera, nadie supo...
Hoy lo sé, tras tantos días...
— Decir puedes que le has visto;
Tan fiel es lo que recitas.

— ¿Cómo sabes...?
— Sigue, Ulema,
Que es el cielo quien te inspira:
Cuando acabes, te prometo
Darte prueba decisiva.

— ¿Ves, O monje, esta columna?
— Sigue, Ulema...
— Ya caía
El alfanje en su cabeza
Y á rodar por tierra iba,

Cuando en ella se abre y cierra
Invisible puertecilla...
Desde entonce está ahí el monje,
Centinela en su garita.

— *¡Centinela de la noche!*
¿Qué hora es...? — ¡Ya viene el dia!
(Clama el monje en voz profética,
Con palabras de Isaías)

— ¡Y así es! (dice el Ulema)
Se dijera que adivinas
Lo que falta por decirte
De la oculta profecía.

¡Ay de ti, Reina del Bósforo,
Que se acerca tu caída!
¡Ay del libro del profeta
Y la fe del islamita!

¡À ser templo del cristiano
Volverá Santa Sofía,

Y saldrá de su columna
Ese monje que la habita,
Á acabar el sacrificio
De la misa interrumpida!...
¡Creo ya verle, que de ahí sale!...
— ¡Sí, le ves, está á tu vista!
Dice el monje; y exclamando
« ¡Dios, Ulema, te bendiga! »
Una cruz le hace en la frente,
Y se vuelve á su garita.
Nadie supo del Ulema;
Que al hallarle al otro día
Muerto en pie, como una estatua,
El Muftí le enterró á prisa :
Pues con pasmo vió en su frente,
Cual señal con él nacida,
Indeleble á todo esfuerzo,
De Jesús la cruz bendita;
Vió su mano aun apuntando
Al pilar que al monje abriga,
Y en la otra abierto el texto
De la santa profecía.

1892.

BEETHOVEN

(Á EDUARDO CALCAÑO)

Origen de la Sonata N.º 14, «Á la luz de la Luna.»

Beethoven, ya anocheciendo, se aleja de la ciudad en compañía de un amigo.

¡Sígueme, amigo, ven! Del mundo lejos
Confidencias el cielo hace al artista:
Tiene la soledad santos consejos,
Dulces secretos el silencio tiene
Para el alma errabunda á quien contrista
La memoria del cielo, y su nostalgia
En duro exilio querellando viene.

Como recobra, cuando el viento calma,
Su tersa limpidez el lago turbio,
Así sosiego alcanzará mi alma
Lejos del ruido mundanal, vagando

Por este oscuro y lóbrego suburbio.
Y ¡quién sabe! tal vez vendrá á mi oído
En las alas del céfiro errabundo
Algún acorde nuevo, algún sonido
De las altas esferas desprendido,
Que yo repita y que deleite al mundo.

¡Qué noche tan callada! Esos hogares
Aquí y allí sin orden ni armonía,
En tanto que la luna los platea,
Como tumbas se ven y cual sombría
Silenciosa necrópolis la aldea.
¿Y es acaso algo más? Sus habitantes
Son los humildes hijos del trabajo,
Los del afán eterno, los del yugo
Al cuello siempre, y siempre jadeantes
Y del sustento de mañana inciertos;
Son los desheredados, son los pobres,
Y los hijos de Dios, como los muertos.
Sí; pero en esos pechos halla abrigo
Noble, ardiente, veraz, sin dolo alguno,
El culto de lo bello; y cada uno
Es del artista admirador y amigo.

La ciudad se guardó para sí sola
De pasiones y vicios la cohorte:
El metal que seduce y el que inmola
Cuanto corrompe y hiere es de la corte.
Eterna mascarada es su recinto:
En sus plazas y calles se pasea,
Dorado el antifaz, la hipocresía:

La espada que ceñir debiera Astrea,
La venganza rüin se cuelga al cinto:
Según el sol se nubla ó luz envía,
Oprobia el servilismo ó victorea:
Al poderoso la vileza ensalza,
En el humilde su rigor ejerce;
Y cual movida víbora se alza
La torva envidia y silba y se retuerce
Al brillo del ingenio, que la ciega;
Y ya sus lauros á roer se lanza
Y en torno, airada, su veneno riega,
Ya á las mediocridades alza altares,
Torpe creyendo que á mudar alcanza
El soplo de las auras populares.

¿Qué á mí sus iras ni su aplauso insano?
Sólo vivir en la memoria quiero
Del sencillo pastor y el aldëano:
Conmueva yo su corazón sincero,
Y ni mi nombre sepa el cortesano.

¡Cuánto esta soledad á el alma es grata,
Esta paz! Mas ¿quién toca? Oir se deja
El clamor de un pïano... ¡Es mi sonata,
La Patética, sí! De aquella reja
Me parece que brota; y como hay lumbre
Y está abierta, tal vez distinguir puedo
Al que toca con tanta dulcedumbre.
Pero que no nos sientan, vamos quedo:
Ansia indecible de saber me inquieta
Quién así me comprende y me interpreta.

Bien supuse, aquí es; miremos dentro.
No hay duda, es el taller de un artesano:
Miro todo su ajuar; y en complemento,
Con la sierra, el escoplo y el martillo,
Instrumentos del cuerpo, otro instrumento,
Pero que es del espíritu: el pïano.
Del obrero alemán ésa es la historia.
Y toca una mujer... ¡Me maravillo!
¡Sin papel el atril! ¿Cómo ha logrado,
Tan extensa, aprenderla de memoria?

Hállase el auditorio reducido
Á un hombre solo; acaso es el maestro.
Mas ¡qué actitud! ¡me deja sorprendido!
En un banco sentado; en la rodilla
Superpuesta á la otra, el codo diestro:
Esa mano apoyando la mejilla;
La otra suelta, los dedos desplegados
En rigidez inmóvil: extendido
El cuello hacia el pïano, concentrados
En él los ojos, sin acción la vista,
Sin alentar el pecho... ¡Así no oye
Sino el alma que Dios le dió al artista!

¡Y yo soy, y yo soy el que desata
Con un ritmo sus lazos terrenales
Y de esfera en esfera lo arrebata
Y lo lleva entre sueños inmortales!
¡Conque es mío ese don, poder tan grande?
¡Sí, mío, mío es! me lo dió el cielo:
El que toca á la flor, y el broche expande:

El que al águila impulsa, y alza el vuelo;
El que manda al verjel que se enguirlande
Á servir á su amor y su desvelo.
¡Á negármelo ven, o mundo ingrato!
Ven á arrancarme, vén, hombre mezquino,
Ese don, que á ti mismo te protege,
Ese destello del fulgor divino
Prendido en mí para que en ti refleje
Y te alumbre á los cielos el camino.

¿Y cómo he merecido, o Bondad suma,
Este gozo infinito que me llena
Al ver la frente que el trabajo abruma,
Por mí elevarse á la región serena?
Ésa mi dicha es, ésa mi gloria,
Á todo orgullo y vanidad ajena.
¿Ni de qué los tuviera? Tú repartes
Á tu querer tus generosos dones,
La chispa de las ciencias y las artes,
Como en la tierra tus simientes pones.
Nada se ha dado el hombre, nada es suyo,
Depositario es sólo de tus bienes:
Los niegas ó los das como te place;
Y para el fin que aparejado tienes,
Ser águila ó gorrión, lo mismo hace.
Útiles por igual te son los hombres;
Te sirve cada cual con su tesoro,
Como á tu arcano fin sirven iguales
El florecido campo y los eriales,
La férrea veta y el filón de oro.

Mas como acaso al árbol regocija
Ofrecerte sus flores y su fruto,
Al arroyuelo su dorada guija,
Al mar en ricas perlas su tributo,
Tal á mí de mi ingenio y de mi arte
Á tu supremo altar llevar la ofrenda;
Y á las almas creadas para amarte,
De tu santa mansión mostrar la senda.

Un suburbio, un taller, dos almas, solas,
Sin testigo ninguno, una al pïano,
Otra que oye; y arrastradas ambas
(Cual barquillas en medio al oceano
Impelidas del viento y de las olas)
Por soplos y corrientes de armonía
Que suspenden su espíritu arrobado,
Al modo que en la bóveda vacía
Lleva el éter al globo disparado;
Y ese triunfo mirar tras una reja,
Sepultado en las sombras de la noche...
Es como oír el vencedor, ya muerto,
El himno de su gloria, que retumba
Con almo estruendo en su funéreo abismo.
Es ya ver de la historia el libro abierto,
Y cual por un postigo de la tumba
Ver la posteridad, verla uno mismo.
¿Cuál otra es, cuál otra, quién contesta,
La verdadera gloria, si no es ésta?

Amigo generoso y compañero
En esta grata noche, pues testigo

Eres tú de mi triunfo, entra conmigo:
En este hogar felíz sentarme quiero,
De su ambiente de paz deja que goce.
¿Cómo? ¿Qué dices? Tu reparo es vano:
¿Que no sé quién es él, ni él me conoce?
¿Qué importa? Es un artista, y es mi hermano.
Pero atiende: pongamos el sentido
Á hacer que no se mueva, cuando entremos,
Y hablémosle muy quedo y al oído.
¡Dentro, pues!
¡Quieto, amigo! Oír queremos
Con su venia y perdón, esa sonata; —
Pues lo manda cortés, nos sentaremos —
¿Si me gusta el pïano? Me arrebata...
Y tocado, después, con arte tanto...
¿Favor? No, no lo gasto en este punto;
Al contrario, soy algo rigorista;
Pulso, estilo, pasión, todo en conjunto
Me dice que la niña es una artista:
Hémosla oído ya por la ventana,
Y si al estudio con tesón se entrega...
¿Supongo que es su hija? — ¡Ah! su hermana...
¡Y eso lo toca de memoria! ¿Sabe
Que es grande habilidad? — ¡Qué dice! ¿Es ciega?
¡Ciega! ¡Ciega! ¡Oh dolor!... Pues es, si cabe,
Mayor prodigio aún. — ¿Entonce hay alguien
De quien eso que admiro es sólo un eco? —
¿Con que él toca también? ¡Ventura mía!
Por un rey esta noche no me trueco.

Mas ya le he distraído en demasía;
Vamos á oír, y entiéndase á sus solas
Cada cual con su propio sentimiento.
(Yo, á fe, no puedo ya con lo que siento.)

Me interesa este hombre. ¡Si pudiera
Valerle yo, sacarle de su esfera!
¿Sacarle de su esfera? ¡Desatino!
¡Para viciar la fuente de su vida,
Para volver la que le dió el destino
Límpida y pura, turbia y corrompida!
¡Límpida y pura, sí! porque en su pecho,
Como si fuese de cristal formado,
Ó como deja arroyo sosegado
Ver las áureas arenas de su lecho,
El alma noble miro que le anima,
Y haciendo en ella la virtud reflejo;
Como en los hielos de nevada cima
Á su radiosa faz da el sol espejo.

¡Ay de la niña á quien mirar no es dado
La esplendorosa bóveda superna,
Y lleva en su prisión de sombra eterna
Cautivo el corazón y encadenado!
¡Ciega! ¡Ciega! ¡Y tan joven! ¡Oh destino!
¡Qué cuello tiene! ¡Qué perfil tan fino!
La tez es nácar; y espirales hecho,
Á un lado y otro de la frente bella
Cáele el blondo cabello sobre el pecho,
Cual lágrimas de oro de su estrella.
¡Cómo la blanca luna la idealiza,

Melancólica entrando por la reja !
Al toque de su luz tenue y pajiza,
Aparición seráfica semeja.
¿Es ella esa que aérea se abrillanta,
Ó la celeste forma peregrina
De Cecilia la mártir y la santa
Que á los hijos del arte patrocina ?
¡Cómo inspira el dolor ! ¡Ahogarme siento
En impetuosas ondas de armonía !
Mas ya deja el pïano y busca asiento ;
Á su encuentro saldré, seré su guía :

Criatura gentil, dame la mano,
No lo lleves á mal, quiero guiarte.
¿Que quién soy ? Un amigo, di un hermano :
¿Hay más fraternidad que la del arte ?
Interpretas muy bien esa sonata,
Te la oyera el autor, y se holgaría :
El estilo es selecto, el pulso firme :
En fin tocas muy bien. — No digas eso,
Que lisonja ha de ser... — ¿Que si yo toco ?
Toco, sí, ¿cómo no ? ¿Quieres oírme ?
Y me siento inspirado, lo confieso.
De mi dolor lamentaré la saña
Á la luz de la luna que nos baña :

—

El ángel que rige la santa armonía
Las trémulas alas agita en mi sien ;
La luna en un rayo silente me envía
Tañidos de arpas del célico edén.

¡Brota, brota del fondo del alma,
Dame calma, profundo dolor!
¡Brota y sube à la esfera esplendente
En doliente pausado clamor!

Mi plegaria arrebata en tu vuelo,
Vé del cielo á implorar la piedad;
Para el alma en tinieblas hundida
¿Qué es la vida, el amor, la beldad?

¡Ay las rizas madejas doradas
Que lazadas de amor no han de ser!
¡Ay del labio de grana encendido
En que nido el amor no ha de hacer!

Da á sus ojos, o luna, un destello
De tu bello apacible fulgor,
Tú que culto de diosa recibes,
Tú que vives, o luna, de amor.

¿Te entristeces? Trasciende tu duelo
Tras el velo que nubla tu faz...
¿Sabes ¡ay! que eludir es demencia
La sentencia del hado falaz?

Mas de nuevo, á halagarla, te enciendes,
Te desprendes el tétrico tul,
Y acarician tus luces tranquilas
Sus pupilas de célico azul.

Ya le oreas la frente de nieve
Con tu leve impalpable crespón,
Ya la ciñen tus pálidas blondas
Cual las ondas del mar al alción.

¡Ay, es vano tu afán! Nada acierta
La ya muerta esperanza á mover,
Ni el nublado fatal desvanece
Que oscurece su estrella y su ser.

Mas, o reina y amor de la noche,
Manda el broche á las rosas abrir,
Y en ofrenda á esa niña, en su estancia
Su fragancia más pura esparcir.

De la brisa el rumor misterioso
Su reposo concilie al pasar:
Á ella venga el trovar lastimero
Del nauclero que canta en la mar:

Que arrobada de gozo desmaye
Cuando ensaye, muriendo de amor,
Su nocturno de timbre argentino
Desde un pino el gentil ruiseñor;

Que él la endeche, después, dolorido;
Escondido en su triste ciprés,
Y su sueño los ángeles crucen
Cuando luz en su tumba le des.

—

(En silencio sumidos han quedado;
Mas me ponen su llanto por testigo:
Tienen el rostro en lágrimas bañado...
Y yo también... ¡O arte, te bendigo!)

Llenar de bendiciones quiera el cielo
Este templo del arte, vuestra casa;
El tiempo en ella entre delicias pasa,
Y á mi pesar os dejo; pero es tarde.
¿Que os vuelva á ver, pedís? Tal es mi anhelo.
Entre tanto y por siempre, Dios os guarde.

—

¡Vamos! ¡Bendito hogar, bendita luna!
Volveré á verlos, cederé á sus ruegos.
¿Viste, amigo, jamás igual escena?
Mas díme, la pregunta es oportuna,
¿Tú no has notado lo que ven los ciegos?
Ahora al salir, vueltos de espalda apena,
¿La exclamación no oíste de esa joven,
¿Lo que dijo temblando? *Ése es Beethoven...*

1890.

¿QUÉ SE HARÁ DIOS?

(Á MANUEL PIMENTEL CORONEL)

Aturde el ruido de tanto coche,
Ciega en la casa tanto esplendor,
El aire es nardo, fiesta la noche,
Regia la boda de Don Ramón.

Se le llamaba *Ramón* á secas
En el suburbio donde nació;
Que adulaciones y frases huecas
Para los ricos tan sólo son.

Pobre y oscuro, cuando su padre
Bajó á la tumba, nada heredó;
Mas tomó á pechos su pobre madre,
Ya viejecita, su educación.

Luz de sus ojos era aquel hijo,
Toda su vida, todo su amor;
No tuvo nunca más regocijo
Que procurarle cuanto anheló.

Y como signos en él veía
De que su origen le era rubor,
La viejecita se consumía
Para dorarle su condición.

Fruto de aquella fatiga suma,
De su incesante ruda labor,
Juntarle al cabo pudo una suma:
Tomóla él ávido, y se embarcó.

La viejecita quedó llorando,
Pero contenta con su dolor;
Porque él de gozo partió saltando,
Tal, que ni de ella se despidió.

Se fué á Matanzas, abrió una tienda
Y entró en negocios con Nueva York;
Después que aumento cobró su hacienda,
Con una quiebra la redondeó.

Retorna en alas de su fortuna,
Dándose tono de gran señor;
Y ya las niñas hablan á una
Del buen partido que es Don Ramón.

Vistió su casa con gran boato,
Relacionóse con lo mejor;
Su madre inclusa, no quiso él trato
Con quien un tiempo le conoció.

La viejecita no siente ofensa,
Lo halla, al contrario, puesto en razón;
Y por aquella ventura inmensa,
Rinde incesantes gracias á Dios.

Pensó él entonces en darse novia
De entre la gente de más blasón;
Le fué muy fácil, por razón obvia:
Ya le buscaba la que él buscó.

La viejecita, gozoso el pecho,
Cuando lo supo le remitió
Los ahorritos que ella había hecho
Durante aquella separación.

Al recibirlos, le envió en respuesta,
De ella el retrato, ya sin color,
Como quien sale de lo que apesta,
Como quien huye de algún baldón.

¡Ay! ¡no importaba si no lo hicieron
Hábiles dedos de gran pintor!
Allí los ojos se detuvieron
Del pobre padre de Don Ramón...

Ella, mirando la antigua prenda,
Juntó las manos toda en temblor,
Y libre al llanto soltó la rienda,
Con los recuerdos que le evocó.

Pero imposible que él lo tuviera,
No ya en la sala, ni en un rincón,
Sin que la novia lo descubriera,
Para sonrojo del gran señor;

Que allí modesta cual flor de escombros,
Joyas no ostenta ni más primor
Que un pañuelito sobre los hombros,
Y en los cabellos un peinetón

¡Aquel retrato... ! ¡La viejecita
Mucho al mirarlo, mucho lloró!
Las muertas horas le resucita
De su ya rota feliz unión.

Se mira al lado del compañero
Con quien partía dicha y dolor;
Pobres, mas llenos de amor sincero,
Ricos del oro del corazón.

¡Oh! la riqueza nadie codicie,
Que de pobrezas es la mayor:
No hay dicha alguna que ella no vicie:
Pídase al cielo más alto don:

Que falte oro, mas virtud sobre :
Que todo falte, mas sobre amor :
¡ Oh afectos tiernos del hogar pobre !
¡ Rica pobreza, gracia de Dios !

—

Aturde el ruido de tanto coche,
Ciega en la casa tanto esplendor,
El aire es nardo, fiesta la noche,
Regia la boda de Don Ramón.

Juntas más flores nunca se vieron,
Lujo más grande nunca se vió ;
Con tantas luces como encendieron,
Bien se pudiera formar un sol.

Llenó la casa turba infinita,
Concurrió entera la población ;
Menos su madre, la viejecita,
Pues el ingrato ni la invitó.

Pero la pobre, llena de gozo,
Vencer no pudo la tentación :
Con el pañuelo se hizo un embozo,
Y hacia la iglesia se encaminó.

De entre el curioso denso gentío
Vió aquel concurso deslumbrador ;
Tanto brillante regio atavío
Regocijaba su corazón.

Las damas, todas le eran extrañas;
Los hombres... de ellos ninguno halló
Como aquel hijo de sus entrañas,
Digno á sus ojos de admiración.

Y en el exceso de su alegría,
Más con el alma que con la voz
Una vez y otra le repetía:
« ¡ Dios te bendiga, mi buen Ramón! »

Por dicha, atenta sólo á escurrirse
Cuando ya todo se terminó,
Saber no pudo que al novio, al irse,
Pasmó improviso febril temblor.

Era tan fría fuera la noche...
Era en el templo tanto el calor...
Fué necesario llevarle al coche:
Ya en fiebre ardía cuando llegó.

¡Qué mala luna la de la novia!
¡Qué malas cuentas las del doctor!
El mal se encarna, crece y le agobia:
Por fin la fiebre se lo llevó.

Y desde el duelo la escena muda,
Mil novios muestran su pretensión
Con ojëadas á la vïuda,
Cofre del oro del que murió.

Si ella los mira, ni pestañean;
Si los saluda, dóblanse en dos;
Pasan y vuelven, caracolean,
Le hacen la rueda como el paón.

Doquier la siguen, y ella se huelga
Sin ver el móvil de tanto amor.
Á los seis meses el luto cuelga,
Y abre las puertas de su salón.

¡Ay! ¡desdichada la viejecita!
¡Ni darle pudo su último adiós!
Lo dejó todo, y una casita
Del campo-santo cerca tomó.

—

Aturde el ruido de tanto coche,
Ciega en la casa tanto esplendor;
Que el matrimonio se hace esta noche
De la vïuda de Don Ramón.

Juntas más flores nunca se vieron,
Lujo más grande nunca se vió,
Bodas más regias nunca se hicieron;
Locos bailando los halla el sol.

El mismo día, junto á la fosa
Donde enterraron á Don Ramón,
Con la cabeza sobre la losa
La viejecita muerta se halló.

—

14.

Sueños que al alba se desvanecen,
La humana dicha y el hombre son;
Ya con sus obras hoy comparecen
Esas dos almas ante su Dios.

Con sus miserias una cargada,
Con su dureza de corazón :
Otra en la llama santificada
Del deber santo, del santo amor :

Una temblando, conocedora
Del duro fallo que mereció;
Y otra esperando de intercesora
Poner su humilde resignación.

Pues cuando airado de culpa tanta
Su justa diestra mueva el Señor,
Y de rodillas llore esa santa...
¿Qué se hará, digo, que se hará Dios?

EN LA ORILLA DE LA MAR

(Á ISABEL S. DE CALCAÑO)

Á la sombra de un uvero,
Entre espeso matorral,
Una choza se divisa
En la orilla de la mar.
Otra alguna no hubo nunca
En aquella soledad;
De unos pobres pescadores
Era el único solar.
Nadie es dueño de ese valle;
Y la costa en él es tal,
Que no quieren las piraguas
En sus playas atracar.
Vivió allí por tiempo largo,
Pobremente, pero en paz,
Un anciano con los suyos,
Sin pedir al cielo más.

Vió llegar después un año
Tan aciago, tan fatal,
Que quedó casi desierto
Su olvidado y pobre hogar.
¡Qué de afectos inmolados
Por la muerte sin piedad!
¡Qué de golpes para un pecho
Tan cansado y débil ya!
El anciano hoy sólo tiene,
Prendas de ese amor y afán,
Una nieta y unas tumbas
En la orilla de la mar.

—

No era el año bien finado,
Cuando, colmo á tanto mal,
Revolvió la mar y el cielo
Una horrible tempestad.
Era noche. ¡Qué tinieblas!
¡Cuál zumbaba el huracán!
¡Qué rugidos los del trueno!
¡Qué bramidos los del mar!
Si en las rocas se estrellaba
Un esquife en hora tal,
Distinguir era imposible
Sus clamores de ansiedad;
Que no hay ruido que no sepa
La tormenta remedar:
Ayes, gritos, silbos daba
En estrépito infernal.

Ni su propia voz oían
Las dos almas, cuando á par
Y de hinojos imploraban
La clemencia celestial.
Mas al alba, cuando el viejo
Su barquilla fué á botar,
De despojos alfombrado
Halló todo el arenal :
Tablas, hierbas submarinas,
Aquí un cabo, un remo allá;
Y vió un hombre medio hundido
En la orilla de la mar.

—

Aquel náufrago fué un hijo
Que le dió la tempestad :
Compartió con él sus ropas,
Dividió con él su pan.
Juzgó el viejo aquel encuentro
Protección providencial,
Pues su cuerpo ya rendían
Las faenas de la mar;
Y aunque el año era siniestro,
Bondadoso y liberal
Le dió al náufrago las llaves
De su pecho y de su hogar.
La muchacha era garbosa,
Como América las da,
De canela y rosa el cutis
Y de tórtola el mirar.

En su casa desde niña
La llamaban *la Torcaz*
Porque al cuello se colgaba
Conchas blancas de la mar.
Él contaba veinte abriles,
Ella en quince entraba ya;
No fué mucho si él temprano
Se prendó de la Torcaz.
El amor de ambos el alma
Tocó á una con su imán;
Y ya flores sólo vieron
En la orilla de la mar.

—

Avisóse el buen abuelo
De su dulce intimidad;
Á su afecto no fué valla
El dominio paternal.
No hubo celos ni combate;
No era Haidea la Torcaz,
El abuelo no era Lambro,
Ni era el náufrago Don Juan.
Antes fué que, despejando
La rugosa y triste faz,
Sonrió lleno de gozo
Y bendíjolos al par.
Mar y cielos recibieron
Las protestas del galán:
Los altares del marino
Son los cielos y la mar.

Vió el anciano huír la sombra
Que su sien nublaba más;
Ya podrá morir tranquilo
Sin temer por la Torcaz.
La Torcaz puso en su amante
Alma, vida y voluntad;
Y en un año, para ella
Todo fué ventura y paz.
Y fué madre; y por tal dicha,
Tras de tanto luto y mal,
Oró al cielo arrodillada
En la orilla de la mar.

—

Cae la tarde. En tosco banco
Á la puerta del hogar,
Hombro á hombro están sentados
El abuelo y la Torcaz.
Mudo, inmóvil, fija en tierra
Su ya trémulo mirar;
En su diestra está la caña
Que á su cuerpo apoyo da.
Ella tiene en el regazo
El tesoro maternal;
De sus ojos, que en él clava,
Cae de lágrimas un mar.
El anciano también llora...
¡Oh traición! ¡Oh crueldad!
¡Y las olas no se abren
Y sepultan al falaz!

Un bajel tocó en las playas
É hizo aguada en el raudal :
Por el agua que le dieron
Dejó llanto y orfandad.
Fuése oculto allí el perjuro...
¡Año aciago, año fatal!
Voz ninguna las entrañas
Del traidor pudo ablandar.
Allá va, boga que boga...
Allá el pérfido, allá va...
La Torcaz llora y se muere
En la orilla de la mar.

LA FAJA AZUL

(A LA SEÑORITA MARGARITA VAAMONDE)

Todos los hombres son desdichados,
Víctimas nacen de hado fatal.
¡Cuántos dolores hay encerrados
Entre los muros de cada hogar!

No te alucine labio risueño,
Dulce mirada ni afable voz,
Porque del hombre siempre fué empeño
Celar la herida del corazón.

Lleva en la sangre de sus arterias
Filtro que lento le hace morir;
No tomes cuenta de sus miserias;
De su infortunio tómala sí.

Piedad merecen todos á una;
¿Los desterrados pues cuánta más?
Porque es desdicha como ninguna
Patria y hogares abandonar.

No menosprecies al extranjero,
Ábrele humano tu corazón,
Sé como un ángel en su sendero;
Así en el tuyo te guarde Dios.

—

¡Quién me dijera que se encerraba
Dentro sus pechos desdicha tal,
Cuando cruzando los encontraba
Calles y plazas de la ciudad!

Sí vi que él siempre la sien tenía
Baja y teñida de palidez.
Que ella no hablaba ni sonreía —
Tan sólo al niño jovial miré.

Esa funesta sombra de muerte
De ambos la frente bajó á cubrir
Cuando tras ellos la airada suerte
Cerró las puertas de su país.

Les fué preciso las bramadoras
Olas volubles atravesar,
Como las aves emigradoras
Que á mejor clima las alas dan.

¡Qué hora tan triste cuando vendieron
El ajuarcillo de su mansión!
Que esos enseres testigos fueron
Del santo lazo que los unió.

Todo lo vieron volar cual humo;
Sólo un anillo conserva él,
Prenda á sus ojos de precio sumo,
Que de su madre memoria es.

Y al muelle fueron. Cerca se alzaban
Los altos palos de un bergantín.
¡Qué amargo instante cuando levaban,
Cuando empezaba la costa á huir!

Á sus lamentos la brisa sorda,
Los arrebata con prontitud;
Y ya ven sólo, desde la borda,
Del horizonte la faja azul.

—

Á estos distantes climas extraños
Tal los condujo suerte infeliz
Contaba el niño sólo tres años;
Aun pienso verle con ellos ir;

La tez de raso, de oro el cabello
Cual las madejas del maïzal,
Y en sus miradas ese destello
Que el cielo al niño sólo le da.

¡Qué mirar tienen, los inocentes!
Qué hay en sus ojos, yo no lo sé;
¡Cómo los alzan, dulces, pacientes,
Medio temblosos de timidez!

Y se insinúan, tienen recelo,
Quieren fïarse, quieren huir...
Si al hombre temes, ángel del cielo,
Yo no soy hombre, vén hacia mí.

Yo los vi mucho por estas calles,
Aunque pobladas, en soledad,
Como esas plantas que hay en los valles
En las que nadie fija el mirar.

El niño un día... ¡Nobles criaturas!
Lo bello ciega su corazón;
Allí están ellos donde hay pinturas,
Pájaros, flores, brillo y color.

Como errabunda mariposilla
Que en su revuelo por el jardín
Se prenda loca de una azulilla
Y en su corola posa gentil;

Frente á una tienda paró gozoso,
Que de los vidrios miró al través
Vistosa faja de azul hermoso;
Y ya tenerla locura fué.

De allí arrancarle no se podía,
Ni con promesas darle quietud;
Menos comprarla, como él quería,
Que era costosa la faja azul.

—

Dobló abatido la frente el padre,
Nunca ser pobre tanto sintió.
Calmarle en vano quiso la madre :
Él no cedía de su tesón.

Luego, una noche, le oyó en desvelo;
La causa al punto saltó á inquirir;
Su frente y manos sintió cual hielo
Y el cuerpecillo temblar febril.

Á todo acuden, nada es bastante,
Y en la mañana le ve el doctor :
Es la maligna fiebre reinante
Que diezma aleve la población.

Á tal anuncio, choque violento
Viene sus fibras á estremecer;
Y á dar al padre mayor tormento
Se alza importuno recuerdo en él.

Opreso el pecho, la frente baja,
Dándole muerte siente un puñal :
¿Cómo negarle pudo la faja?...
Ya á toda costa se la ha de dar.

Mas no ve en dónde recursos halle...
¿Pues y el anillo?... Cobró valor;
Salió del cuarto, voló á la calle;
Dolióle el alma, mas lo vendió.

La codiciada faja llevando,
Como un sonámbulo corre al hogar,
Su pensamiento regocijando
Con la sorpresa que á darle va.

Aunque el marasmo lo dominaba,
Súbito el niño se incorporó :
La hermosa cinta lo fascinaba;
Brilló en sus ojos vivo fulgor.

Y ellos creyeron en ese brillo
Ya de esperanza ver un trasluz;
Y bendijeron el santo anillo
Con que compraron la faja azul.

—

¡Ay! ¡fué un relámpago! Á la almohada
Su cabecita rubia cayó,
Y ya más caso no hizo de nada,
Porque á embargarlo volvió el sopor.

Á un lado y otro del triste lecho
Los infelices en ansia están;
Ese anheloso convulso pecho
Toda esperanza les mata ya.

No se engañaban, ninguna había...
¡Noche traidora, noche de horror!
La luz siniestra del nuevo día
Llorando al ángel los encontró.

¡Oh cielo, oh cielo! ¿cómo del llanto
No te lastimas de un infeliz?
¿Amar á un niño fué crimen tanto,
Que nos arrancas el alma así?

En su espantosa soledad suma
Nadie consuelo dió á su dolor,
En la pobreza que los abruma
Nadie una mano les extendió.

Engalanaron el cuerpecito
Como pudieron en su escasez;
El de su muerte ¡pobre angelito!
Su único día de gala fué.

¡Oh triste arreo! ¿Fué el anhelarlo,
Para ceñírselo en su ataúd?
¡Pobre angelito! para enterrarlo
Sirvió tan sólo la faja azul.

1893.

GENIUM

(Á ENRIQUE PIÑEYRO)

Yo no sé si velaba ó si dormía;
Mas la visión que apareció á mis ojos,
Tal realidad de formas revestía,
Que de asombro, al surgir, caí de hinojos.
Llame el mundo delirio de poeta
Ó del arte ficción mi ingenuo aserto,
Ni daña á la verdad ni á mí me inquieta:
No porque fe le niegue es menos cierto.
Vi un hombre en pie, sereno el continente,
El manto azul de mar, un ancla el broche;
Al través de su cuerpo transparente
Brillaban las estrellas de la noche.
Figuréme á Colón tener delante,
Porque su nombre á mi memoria vino
Y oí la espuma hervir del mar sonante
Y aspiré efluvios de hálito marino.

Sin revelar quién fuese, hízome al punto
Mi engaño comprender, mas sin acentos:
Como en terso cristal, miré en trasunto
En su frente pasar sus pensamientos.

Seguí de ellos entonces la cadena;
Y vi que á hablarme de Colón venía
Y á hacer al mundo conocer la escena
De la marina gente en rebeldía.

¿Quién era él? No sé: tal vez Fernando,
Doria tal vez, ú otro lígur glorioso
Adorador del Genio venerando,
Revelador del caso portentoso.

¿Por qué á mí (pensé yo) la confidencia?
« ¡Mira! » díceme apena — y desparece —
Surgió tal cuadro entonce á mi presencia,
Que el recordarlo sólo me estremece.

Aquel ignoto mar, de azul profundo,
Á mis ojos se extiende sin ribera;
Prende el sol, que se oculta rubicundo,
Un volcán en el mar y otro en la esfera.

Vuelve sierpes las ondas el incendio,
Lenguas de fuego las etéreas gasas,
Y á las nubes arroja, con dispendio,
De gualda y bermellón inmensas masas.

Pero ya, nubarrones imponentes
Mueven sus negras formas funerarias;
Y alocadas revuelan impacientes,
Rasando el mar, siniestras procelarias.

Ya cercan en redor la carabela,
Ya en las cuerdas se posan un momento;
Ahora se lanzan á seguir la estela
Y se sueltan en lúgubre lamento.

Cual si á ostentar su poderoso empuje
Sólo aguardase el huracán su grito,
Súbito un trueno tal revienta y ruge,
Que parece que llena lo infinito.

Negras masas son ya los horizontes,
Donde los rayos cárdenos serpean;
Las ondas de la mar se vuelven montes,
Las ráfagas dan ayes y vocean.

Ni una frase la gente marinera
Ha cambiado entre sí; mas se adivina,
Cual si eléctrica chispa los moviera.
Que un mismo pensamiento los domina.

En sí la voz, á su pesar, ahogan,
Que nadie el labio á desplegar se atreve;
Y en rápida mirada se interrogan
Quién el discurso al Almirante mueve.

Él los designios que revuelven mira,
Ve la pasión que les agita el seno;
Y ni al temor da campo ni á la ira,
La vista al cielo, el corazón sereno.

Uno al fin se le atreve y le apostrofa:
« ¡Basta ya de ilusiones, Almirante!
» No creemos ya en ti; y es hacer mofa
» De nuestra buena fe, seguir avante.

» ¿Juzgas que esta infernal naturaleza,
» Más y más indomable cada día,
» Consiente vida alguna, en su aspereza,
» Ni siquier manantial ni hierbas cría?

» Ó fuego á respirar hemos nacido?...
» ¿Tanta llama no miras, ó eres ciego?
» Todo se ve del fuego combatido;
» Vé ese mar que surcamos: es de fuego.

» Vuelve á España las proras, y confiesa
» Que te faltó la ciencia, ó la fortuna:
» Tu salvación, como la nuestra, es ésa;
» Y no te engañes más, no hay tierra alguna.

» Lo que tú has descubierto, es la temida
» Región de las borrascas turbulentas,
» Donde tienen los truenos su guarida,
» Y su arsenal de rayos las tormentas.

» ¡Ni un día, ni una hora, no hay más plazo!
» Ó el rumbo tuerces al nativo puerto,
» Ó allana el horizonte, y tiende el brazo
» Y muéstranos la tierra, ó eres muerto.»

Erguido en pie, con majestad serena
Alza, su mundo á ver, Colón la frente;
Su audaz mirada el occidente llena,
Y nada le revela el occidente.

Debe ver de más alto: y crece, y crece,
¡Y no ve nada!... Ha menester más talla:
¡Crece aún, y la tierra no aparece!...
Y crece, y crece más... ¡y nada halla!

Y al par que talla cobra y gana altura,
En proporción sus miembros se agigantan;
Y las centellas en la esfera oscura
Sus formas á intervalos abrillantan.

Le azota la melena desgreñada
El huracán en su impetuoso vuelo;
Y con pasmo la chusma rebelada
Le ve crecer... crecer... tocar al cielo...

¿Qué claridad su rostro soberano
Á la luna, de súbito, asemeja?
¡De allá, tras el convexo hondo ocëano,
El sol, de lleno el sol en él refleja!...

¡Su mundo ve! Y el brazo tiende al punto
Donde la corva mancha verdeguea;
Y á tal prodigio, del Tabor trasunto,
Desplómase á sus pies la turba rea.

1893.

LOS ARABESCOS DE EDUINO

To R. T. C. Middleton Esqre.,
Late Minister of H. B. M. to Venezuela,
As a token of veneration for his noble character
and christian virtues
This tale is inscribed by his affectionate friend
and almost fellow-Countryman

THE AUTHOR.

Diez años cuenta ya Edwin;
Su madre le llama Eduino,
Que el nombre darle prefiere
Al castellano vertido.

Sus padres eran cubanos;
Apenas casados, vino
Aquella sangrienta guerra
De crueldades y heroísmo.

Perseguidos, expulsados,
Cruzaron el mar, y asilo
Les dió en su suelo Inglaterra,
La madre de los proscritos.

Alquilaron en New Brighton (1),
Sitio á Liverpool vecino,
Un *cottage* (2) que miraba
Al mar á un tiempo y el río.

Allí vino al mundo Edwin,
Y allí moraban tranquilos,
Cuanto por climas extraños
Cabe á las aves sin nido.

De su sol, en su belleza
Llevaba la madre el brillo;
Y el fuego, en sus sentimientos,
Á extremos siempre impelidos.

Tocaba bien la guitarra
Y cantaba como un mirlo;
Siempre canciones de Cuba,
Su paraíso perdido...

Mas tal al cantar lloraba,
Que dudo si al tiempo mismo

(1) Pronúnciese: *Niú Bráiton.*

(2) Casita de campo, cabaña. Pronúnciese: *Cótich.*

Que consolaba su ausencia
No doblaba su martirio.

Una vez volvió muy tarde
De la ciudad su marido,
El paso lento, y el rostro
Como la noche sombrío.

Le echó los brazos al verla
Y la estrechó con delirio,
Y con ella de la mano
Fuése á la cuna del niño.

Le contempló largo tiempo...
Le besó... lanzó un suspiro...
Lloró... ¿Quién puso en su alma
Aquel dolor? — El destino,

Lo casual, lo inesperado,
Lo improbable, lo fortuito,
La fatalidad, que tiene
También rayos improvisos.

Esquina de *Goree Piazzas*
Y *Water Street*, camino
Ya de New Brighton, hallóse
De pronto con dos amigos.

Eran dos paisanos suyos
Del continente venidos,

De los que invadir tramaban
De nuevo el suelo nativo.

Habláronle sin reserva
Del nuevo plan concebido,
Del ejército, ya pronto,
De los recursos, ya listos.

Dinero y armas tenían,
Vapor de guerra, « El Virginio »...
Contaban con Norte-América...
Era un golpe decisivo.

Dentro de un mes astro alguno
Habrá de igualar en brillo
À la *Estrella Solitaria*
En aquel cielo bendito.

Marchábanse al día siguiente.
Movieron su patriotismo,
Enardecieron su pecho,
Deslumbraron sus sentidos ;

Y no se acordó de nada,
De hogar, ni mujer, ni hijo...
Y sin pensar lo que hace,
Da palabra de seguirlos.

Vuelve atrás, se va á su agente,
Arregla los suministros

De su reducida casa,
Y baja á cruzar el rio.

De paso, para memoria,
Compró á su mujer un libro,
Un Eucologio, de raso
Y metales guarnecido.

Apenas saltó del *Ferry* (1)
Y vió su hogar, se le vino
Como una montaña el peso
Del funesto compromiso.

«¡Qué he hecho! ¡Yo estaba loco!
¿No estoy soñando? (se dijo)
¡Qué pesadilla tan negra!
¡Sácame de ella, Dios mio!

¡Dejarlos!... ¡abandonarlos
En tierra extraña! ¡á ese niño,
Á esa mujer, que es mi alma,
El solo amor que he tenido!

Que es mi hermana, de mi tierra,
De mi patria... ¿Patria, he dicho?
¿Y tienen acaso patria
Los esclavos, los proscritos?...

(1) Vaporcillo de trasporte.

¡O Cuba, adorada Cuba,
Te ofrendo mi sacrificio! » —
É inclinando la cabeza,
Entró como ya hemos visto.

¡Pobre mujer! Vió su llanto,
Vió aquel cambio repentino,
Sus facciones demudadas,
Las caricias á su hijo;

É imaginó mil locuras;
Pero con todas se avino:
¿Estar con él no era todo?
Desastres ¿quién no ha tenido?

Él no acertaba á enterarla;
Mas ¿qué hacer? le fué preciso.
La infeliz se quedó exánime
Tras el relato fatídico.

Y, medio abiertos los labios,
Arqueadas las cejas, fijos
Los ojos, los blancos dedos
En los cabellos hundidos,

Se sintió como en el borde
De insondable precipicio,
Vertiginosa la mente,
Y escaso, á tenerse, el piso.

Luego, vuelta á él, tomando
Entre sus manos de armiño
Aquel adorado rostro,
Llena de asombro le dijo :

« ¡Que te vas?... No te comprendo...
¿Será que he perdido el juicio ?
¡Te embarcas!... ¡Nos abandonas!...
¡Ya no nos quieres, Dios mío! »

Déjase él caer de hinojos
Con los brazos extendidos,
Y, viendo al cielo, le pone
De su dolor por testigo.

Ante aquella horrible lucha
De que le ve sacudido,
De amor de hogar y de patria,
Amores ambos benditos ;

Ante aquel desesperado
Combate, profundo abismo
En que ella más le sumía
Con reproches y plañidos ;

Atormentada, creyendo
Haber agregado absintio
Al vaso de su amargura,
Al cáliz de su martirio,

Pidióle al cielo en secreto
Que obrase en ella un prodigio,
Para convertirse en piedra
É inmolarse en sacrificio.

Así, con terrible calma
Y esfuerzos de un ángel dignos,
Cual si al poder se rindiese
De sereno raciocinio,

« ¡ Mira! (le dijo) ¡ Perdóname!
No hagas caso á mi egoísmo...
¿No sé yo cómo nos quieres?
Pero hay deberes precisos...

Y si has dado tu palabra...
Si es punto de honor... Tú has sido
Siempre esclavo de tu honra,
Y es lo que en ti más admiro.

Tú tienes razón, no puedes
Quedar como un hombre indigno;
Y luego, siendo seguro
El triunfo, como te han dicho...

Y habiendo un Dios en el cielo,
Que ampara á los desvalidos...
Pero no, ni es ése el caso
¿Pues todo no lo has previsto?

¡Serénate, pues, que pronto
Nos veremos reunidos!... »
¡Cuba, Cuba, tú no sabes
Los dolores de tus hijos!

¡Oh aprestos desgarradores!
¡Oh desesperante avío!
¡Y es ella quien con su mano
Se hunde en el pecho el cuchillo!

¡Noche para ambos horrible!
¡Noche de horrendo martirio,
De lágrimas en las sombras
Y sufocados gemidos!

Pero breve... ¡ya es de día!
¡Irrevocable destino!
Humea el vapor, y leva,
Y sale bajando el río.

Ya pasa frente á New Brighton...
Su *Estrella Blanca* es el signo
De la Línea... ¡Es el *Atlántic!*
Lo ve desde el balconcillo;

Y pronto son triste anuncio
De que todo ha concluído,
Un pañuelo blanco á bordo,
Y en los balcones un grito.

¡Sola, sola te ha dejado
Esa nave que ha partido!
¡Sola, sola en el destierro,
Sola, sola con tu hijo!

Y más sola, desdichada,
Que pudieras presumirlo;
Que al ausente por quien lloras
No has de verle más contigo.

¡Ay! ¡dos meses no han pasado,
Y ya nuevas han venido
De desastre y muerte, y nunca
Has de verle más contigo!

¡Le mataron, le mataron!
¡Te dejaron sin auxilio,
Sola, sola en el destierro,
Sola, sola con tu hijo!

—

Ya cuenta Eduino diez años.
Lo que en tal tiempo haya sido
De la abandonada madre,
El labio tiembla al decirlo.

Combatida de la suerte,
Ya es otra de lo que vimos;

Sus ojos guardan los surcos
De tanto llanto vertido.

Huyó la hermosa frescura
De sus mejillas de lirio;
De sus escasos recursos
Da fe su humilde vestido;

Y hundida ó exacerbada,
Blanco de embates continuos,
Ya son de muerte sus ayes,
Ya son de rayo sus ímpetus.

Desierto el mundo, su alma
Sólo alienta para Eduino
Y las sagradas memorias
Del dueño de su albedrío;

Memorias que extiende á veces
Y en solitario retiro
Arrodillada contempla
Casi con culto divino,

Cual la Madre Dolorosa
Tras el infando suplicio
Las sacrosantas insignias,
Legado de los inicuos.

Eduino, imagen de un ángel,
Era inocente, festivo,

Ingenioso, y extremado
Con su madre en su cariño.

Artista en cierne, mostraba
Un ingenio peregrino,
Lápiz ó pluma en la mano;
Sobre todo era calígrafo.

Rasgueaba hojas, festones,
Ramos de rosas y lirios;
Lo que llamaba su madre
« Los arabescos de Eduino »;

Y que ella bien los hallase
Era para el pobre niño
El más espléndido triunfo,
Su más grande regocijo.

Cuanto su madre le daba
(Á ser mucho, un mediecillo)
Destinábalo en su mente
Á proveerse de avíos.

No eran perfectas sus obras
¿Ni quién pudiera exigirlo,
Siendo tan cortos sus años,
Y sus medios tan mezquinos?

Y sin maestro ni reglas...
Mas de su artístico instinto

Allí estaba el brote, anuncio
Tal vez de hermoso arbolillo.

Con su afición por encanto,
Le eran de poco atractivo
Los infantiles recreos,
Los placeres de otros niños.

Estaban todos los suyos
Á su estudio reducidos;
Sólo alguna vez bajaba
Al frontero jardincillo,

Ó acompañando á su madre
Iba en las tardes de estío
Á respirar en la playa
El puro ambiente marino.

¡Qué amor tiene á sus dibujos!
El que á la ola el nautilo,
El que el junco á las lagunas,
El que el árbol á los nidos.

Herirle en sus ilusiones
Hubiera sido un delito;
Que es el artista en el mundo
Sin su arte y sus delirios,

Como sin sol la palmera,
Como sin vela el barquillo,

Como la abeja sin flores,
Como la flor sin rocío.

Colgaban de sus paredes
Sus ensayos preferidos,
En improvisados marcos
Obra también de su arbitrio ;

Y en revistas, en folletos,
En todo blanco propicio,
Donde quiera se encontraban
Los arabescos de Eduino.

Una vez ¡ instante aciago !
Alcanzó á ver por olvido
De su madre, el Eucologio,
Aquel presente fatídico.

Los grabados en acero
Desatinaron al niño;
Los ve uno á uno; por último
Se lleva el libro consigo.

Vió que no estaba marcado;
Tomó la pluma. Entre mirtos,
Ramos de oliva y laureles
Con flores entretejidos,

En frente al áurea portada
Trazó, esmerando el estilo,

De sus dos progenitores
Los dulces nombres unidos;

Y, adorador de su madre,
Ahogábale el regocijo
Al pensar que iba á ofrecerle
Tal muestra de su cariño.

Baja la escalera; oye
Que está fuera, que ha salido;
Y va á acechar su regreso
De la persiana al abrigo.

Á poco chilla la verja
Que cerraba el jardincillo;
Ve que es ella; vuela y pone
Abierto en la mesa el libro.

¡Qué contrariada retorna!
¡Qué exasperado su espíritu
Con la dureza del hombre,
Con el rigor del destino!

¡Ten el paso, desdichada,
Cobra paz en el vestíbulo,
Deja fuera tus enojos,
Que harto negro es ya tu signo!

Sigue y abre — entra en el *párlour* (1)
Y él, radiante, desde el quicio,

(1) Sala de recibo común, en el primer piso regularmente.

Aguardaba sus elogios,
En ella los ojos fijos.

Rugió la madre de cólera,
Batiendo en la mesa el libro :
« ¡No hay nada ya que no manches
Con tus borrones malditos!

¡Un recuerdo de tu padre!
¡Acaba también conmigo!
¡Ya no lo quiero, ahí lo tienes,
Bótalo! » Y acto continuo

Se le arrojó con tal furia
Y tan desgraciado tino,
Que al caer le hirió en la frente
Con los engastes cobrizos.

Á no haber vuelto la espalda
La infeliz, hubiera visto
Cómo se bañó aquel ángel
En sangre en el acto mismo.

¡Apenas dió un ay! Llevóse
Las manos al punto herido,
Y subió lento, muy lento,
De su alcobita camino.

Allí en el lecho se arroja
Sollozando convulsivo,

Más que en la frente sintiéndose
En el corazón herido.

« ¡ Sangre ! » murmuró aterrada
La madre al alzar el libro.
Siguió las gotas, que hacían
Roja cinta sobre el piso,

Y por toda la escalera
La llevó el sangriento hilo,
Como una mano de hierro,
Hasta la alcoba del niño.

Lo que sintió al ver sus manos
Y su rostro en sangre tintos,
Sólo alcanzarlo pudiera
La santa Madre de Cristo ;

Y con ser tal su desdicha
Que aun la lamentan los siglos,
No fué la de hacer su mano
Correr la sangre del hijo.

Loca, en lágrimas bañada,
En cortados alaridos,
Se arrodilla junto al lecho
Á pedir perdón á Eduino.

Sin saber ni lo que hace,
Contiene el manante líquido ;

Lávale, y ciñe su frente
Con una venda de lino.

¡Qué de arrullos, á deshora,
Y qué de besos, tardíos!
¡Cómo su dolor le hablaba
Entre lágrimas y mimos!

« ¿No es verdad que me perdonas?
¡Qué desdichada he nacido!
¡Qué vil! ¡Un obsequio tuyo,
Y unos dibujos tan lindos! »

Y él, lleno de mansedumbre,
Con ojos de corderillo
Se volvía y la miraba
Y le hablaba con gemidos:

« No, ya lo sé, son borrones...
Si antes me lo hubieras dicho...
Te ofrezco que son los últimos...
Mira, rompe esos cuadritos... »

Y doblaba sus sollozos
Apuntando, el pobrecillo,
Á aquellas tristes paredes
Adornadas por él mismo.

¡Qué creces para el tormento
De aquel corazón partido,

Qué torcedor no sería
Cada palabra del niño!

Torcedor que amenazaba
No darle jamás alivio;
En el día y en la noche
Profundo, eterno, infinito...

Sentíalo á todas horas
Doquier que miraba á Eduino
Por la casa y en la mesa
De aquella faja ceñido.

¡Siempre esa venda á sus ojos,
Como su eterno castigo!
¡Era un puñal que llevaba
En las entrañas hundido!

Y luego, aquella tristeza
Que se apoderó del niño...
Y el no querer volver nunca
Á sus recreos antiguos...

Estaba siempre en silencio
Á su regazo acogido,
Como se echa bajo un olmo
Con su dardo el cervatillo.

Una vez le vino un vértigo;
Calló, no quiso decirlo;

Luego ya fué en su cabeza
Tenaz, perenne el vahido.

Empeoró, y ya ocultarlo
No pudo, por más que quiso.
Cayó grave. ¡ Qué amargura
La de esa madre ! ¡ Qué abismo !

Á la ciudad, como loca,
Fué por médico y auxilios;
Le trajo al volver pinturas,
Papel, lápices, marquitos...

Él los tomó, mas sin verlos,
Por más esfuerzos que hizo,
Porque ya el mal le tenía
Embargados los sentidos;

Tanto, que á poco, una noche,
Ya los ojos como vidrio,
Tomó á su madre la mano
Y dió el último suspiro.

¡ Cómo vivir ya esa madre
Desolada en tal recinto,
Sordo el cielo, el hijo muerto,
Y el remordimiento vivo !

¡ Oh virtud, llave del cielo,
Santa paciencia del Cristo,
Sé tú el pan de nuestra mesa
Y en nuestro cáliz el vino !

Trémula, al suelo encorvada,
Cual quien busca algo perdido,
Daba vueltas y más vueltas
En el desierto cuartico.

Le llamaba y le llamaba,
Besaba el lecho vacío,
Y hallaba como puñales
Por donde quiera esparcidos

Sus lápices, sus estampas,
Sus planas, sus pincelitos,
Los inocentes objetos
Que eran encanto de Eduino!

¡Oh, si el torcedor tirano
Le hubiera quitado el juicio,
Sus sentidos y conciencia
Hundiendo en el idiotismo!

Pero el más pronto descanso
Lo da el más grande martirio;
Sucumbió; la hallaron muerta,
Ya el cuerpo rígido y frío,

De rodillas contra el lecho
Y los labios sobre el libro
En la página en que estaban
Los arabescos de Eduino.

PUDOR

(Á LA SEÑORA DOÑA MARGARITA L. DE STURUP)

Escena primera.

LAS DOS HERMANAS

Elegante tocador.
Llamada Beatriz por Ana,
Dícele ésta como hermana,
Mas con fueros de mayor :
— Cierra, y óyeme, Beatriz ;
Es preciso que te riña.
— ¿ Pues qué hay ?
— Que eres muy niña,
Y vas á hacerte infeliz.
— Ya vuelves con lo de Arturo...
— ¡ Que si vuelvo !... ya lo creo.
— Y te cansas, pues no veo
Cómo salgas de tu apuro.

— Pero, angelito de Dios,
Por el cielo soberano,
¿Cómo ha de pedir tu mano
Si no os entendéis los dos?

— Pues, Ana, que no la pida,
¿Yo acaso pienso en tal cosa?
Amándole soy dichosa,
Y eso me basta en la vida.

¿Qué pretendes tú de mí?
¿Obligarme á pronunciar
Esa palabra vulgar,
Eso que llaman *el sí?*

¿Que yo le diga *te amo?*
¿Es eso lo que tú quieres?
Si eso lo hacen las mujeres,
Desde hoy mujer no me llamo.

— ¿Y entonces?
— Que él determine:
Que no pregunte, y lo crea;
Si no es ciego, que lo vea;
Y si no, que lo adivine;

No sé, cualquier cosa así;
¿Pero decírselo yo?
¡Imposible!
— ¿Y por qué no?
— No me sale, no está en mí...

— Eso con que no te avienes,
Y en nada ofende al pudor,

Es el alma del amor;
Dí tú que no se lo tienes,
Y no hay más.
—¡Que no amo á Arturo!...
¡Si él me olvidara algún día,
Mira, Ana, me moriría!
¡Por ese sol te lo juro!
Nó me hagas más padecer;
Sobrada angustia me ahoga
Cuando él tenaz me interroga
Y me obliga á responder.
Nadie sufre como yo;
Figúrate mi martirio,
¡Amándole con delirio,
Tener que decir que no!
— Nadie te iguala, Beatriz,
En capricho y egoismo;
Que él sufra ó no, te es lo mismo,
Con tal de ser tú feliz.
¿Pues cómo ha de serlo él,
Creyendo que no le amas?
Hiel en su copa derramas
¿Y quieres que encuentre miel?
Si á hablar tú amor no te obliga,
Cómo lo sepa, no sé;
Que él en eso no dice fe
Á nadie que se lo diga.
Le expliqué ayer tu desvío;
Me oyó como oir llover...

En el jardín del Calvario.
— ¡El Calvario!... Andando á él voy.

Escena segunda.

PADRE É HIJO

Comedor; lujo esplendente;
Arde en la mesa un quinqué.
Están tomando el café
Padre é hijo frente á frente.
Es arrogante el garzón;
El padre, de pulcro aspecto;
Respiran ambos afecto
Y elevada condición.
El café ya concluído,
Después de encender un puro,
Dice el padre :
— Y bien, Arturo.
¿Sí ó no? ¿qué has decidido?
Quisiste de plazo un mes
Para decirme si irías,
Y siguen pasando días
Sin que respuesta me des.
No quiero que á mal lo lleves,
No es mi intención obligarte,
Pero bueno es recordarte
Que el « Labrador » sale el jueves

Ya es martes hoy. Dios me guarde
De quererte contrariar,
Mas si vas, hay que tomar
Mañana el tren de la tarde.

Las cosas toman mal sesgo
Entre Francia y Alemania,
Y en nosotros fuera insania
Exponernos á tal riesgo.

Los fondos algo han bajado;
Mas vendiendo, todavía
Buena ganancia se haría,
Atento á lo que han costado.

Ya el memorial te escribí,
En él todo se te explica;
Síguelo, ó bien modifica,
Según lo que ocurra allí.

Lo que es ir, ves, es urgente;
El cuándo, tú lo dirás.,.
Pero ¿qué tienes? Estás
Taciturno, displicente...

Te he notado una tristeza
Que no alcanzo á comprender;
Por el viaje no ha de ser,
¿No te he hablado con franqueza?

Si es porque amas á Beatriz,
Eso tampoco hace mella;
Cásate y vete con ella :
Mi anhelo es verte feliz.

Sobre que sé que se ajusta
Á los principios que tengo,
Pues estudiándola vengo
Desde que sé que te gusta.

Á ti tal vez el magín
Te turba ese duencecillo
Con su airoso cuerpecillo
Y su faz de querubín.

Tiene tesoro mayor:
Juicio precoz, sin ejemplo;
Y que su alma es un templo
Del que es ídolo el pudor.

Pero hay más, y es buen presagio,
Si al vulgo se ha de atender:
El caballo y la mujer,
De raza, dice el adagio.

La linda Beatriz es rama
De una familia ejemplar;
Á esto hay sólo que agregar...
¿No sabes qué?... Que te ama.

¡Mira si estoy enterado
Y si velo por tu suerte!
Cómo, no he de responderte;
Mas es punto averiguado.

Te lo digo... porque sí;
No me explico... porque no:
No siempre, Arturo, fui yo
El viejo que ves aquí.

Conque...
— Padre, yo no sé
Cómo pagar tus bondades;
Perdona mis veleidades,
Ó mi locura, diré.

¡Por un engañoso bien
Desoírte!... Soy un loco;
Mas, lo dijiste hace poco,
Tú has sido joven también.

Por qué el plazo he prolongado,
No te diré.
— Ni lo quiero
— Pero ya esta noche espero
Que todo quede arreglado.

Si casarme determino,
Pides su mano mañana,
Y en la próxima semana
Con ella emprendo camino.

Si otra cosa hallo mejor
Y de mi suerte soy dueño,
Mi palabra aquí te empeño :
Me embarco en el « Labrador ».

— Nada empeñes todavía;
Yo sé lo que es un amante.
Voy á decirle, no obstante,
Con tiempo á la Compañía,

Que te dé por pasajero;
Si resolvieres el viaje,

Ya está seguro el pasaje;
Si no, no es tanto el dinero...

Escena tercera.

ARTURO

Arturo, ya sin testigo,
Paseándose triste y lento,
Da rienda á su pensamiento,
Hablando á solas consigo :
Es preciso que esta noche
Quede todo decidido;
Mi padre me ha requerido,
Aunque, en verdad, sin reproche.
« ¡ Cásate y vete con ella »,
Me dice!... ¿Y acaso está
Eso en mi mano? ¡ Ojalá
Que lo quisiese mi estrella!
Pues no alcanzo á concebir
En mi loca idolatría,
Que ella viva sin ser mía
Y que yo pueda vivir.
Que me ama... ¡ Es buen saber!
Y alguien más me lo asegura;
Mas ¿depende mi ventura
Del ajeno parecer?

¿Qué fe prestar puedo yo
Á aserto tan baladí?
Ellos me dicen que sí,
Y ella me dice que no.

¿Pudiera hacerme ilusiones?
¿Y es tan sólo su palabra
Lo que mi desdicha labra,
Ó son también sus acciones?

¿Por qué jovial, complaciente,
Habla de cualquier asunto,
Y en llegándose á ese punto
Ni ve ni oye ni siente?

¿Ni es tampoco un hecho suelto
Lo que lo confirma así?
¿Y la rosa que le di?
Otra á llevarle no he vuelto.

¿Dónde hay prueba como ésa?
Recibe apenas la flor,
Da una mirada en redor,
Y la coloca en la mesa.

Luego, al tomar el pañuelo,
La ve rodar á sus pies,
Y aunque se inclina, no es
Para tomarla del suelo.

Al pie de su silla encuentro
En otra vez un jazmín:
Lo tomo, y, como un carmín,
Se va al punto para adentro.

Y si mi labio desborda
En quejas de amarga duda,
Sin responder, como muda,
Sin oírme, como sorda,

Porque yo entienda mejor
Que piensa en cosa distinta,
Ya hace flecos una cinta,
Ó ya destroza una flor.

Dicen que es ciego el amante,
Que de engaños se alimenta,
Que de todo se da cuenta
Como le viene en talante...

Muchos hay, muchos, lo creo,
Tan tontos que no perciben
Los desaires que reciben;
Pero yo no, yo los veo.

Si esto mi padre supiera,
¿Dijera lo que asegura?
No; ni en tanta frase oscura
Su pensamiento envolviera.

Por cierto que no entendí
Lo que decirme intentó:
Su *porque sí* y *porque no*
Es misterio para mí.

Lo que comprendo es su traza:
Quiere, sí, verme feliz;
Mas se ha fijado en Beatriz
Por aquello de la raza.

Ingéniase también Ana
Á dorarme la mentira;
Á ésta, sin duda, la inspira
Tan sólo el bien de su hermana.

Tal vez en casarme insiste
Juzgándome buen partido;
Pero no, yo no he nacido
Para hacer papel tan triste.

Quédele eso al mercader
Cuya gentil pretensión
No es rendir un corazón,
Es comprar una mujer.

¡Y hallan, sí, quien á arrastrar
Suerte tan vil se resigna!
Beatriz al menos es digna,
Y no se deja casar.

¡Si no me ama, hace bien!
Mas... ¡si me amase!... ¡Oh Dios mío!
¡Ya vuelvo á mi desvarío!
Mas si es cierto su desdén,

¿Qué secreta voz es ésa
Que me dice que me ama,
Que siente mi misma llama
Y el mismo amor me profesa?

¿Por qué en sueño repetido
Viene á borrar sus agravios,
Y, sellándose los labios,
Su amor me dice al oído?

¿Será todo un devaneo?...
¡Insensato!... ¿y qué ha de ser?
Visiones de tu querer,
Fantasmas de tu deseo;

Que á la verdad dolorosa,
Sin saberlo, te resistes;
Y tu desengaño vistes
Con velos color de rosa.

¿Pues no me ha dicho cien veces
Lo que me empeño en dudar?...
Vamos, vamos á apurar
La verdad hasta las heces.

Pienso en mañana, y me aterro,
Á estas horas, ó ya soy
Dueño de Beatriz, ó estoy
Andando para el destierro.

Te ceñiré de azahares;
Ó si así partir me dejas,
Iré á asordar con mis quejas
La soledad de los mares.

Tumba á las olas haré
De mi esperanza perdida;
Y por mi padre la vida
Sólo al cielo pediré.

Mas, si mi llanto ¡ay de mí!
No mueve al cielo á piedad,
¿Qué haré en tanta soledad
Sin ella, o padre, y sin ti?

¿Si con mi dolor prolijo
Solo en los mares me quedo?
¿Y si olvidarla no puedo,
Padre, y se muere tu hijo?
¡Infeliz! ¿qué te has de hacer?
Pero no! ¡Corazón, calla!
¡Hazte de bronce, ó estalla
Cumpliendo con tu deber! »

Escena cuarta.

EN LAS SOMBRAS

Las diez la iglesia matriz
La misma noche sonaba,
Cuando Arturo se ausentaba
De la mansión de Beatriz.
La piedra del umbral pasa,
Cruza los brazos, y atento
Contempla por un momento
Con tristes ojos la casa.
Dijérase que quería
Que en su mente se esculpiera,
Que aquella mirada era
La postrer que le daría.
Dobló la sien, taciturno;
Luego echó á andar al acaso,
Y pronto espiró su paso
En el silencio nocturno.

Escena quinta.

REINCIDENCIA

Beatriz, saliendo él apenas,
Entra, seguida de Ana;
Y en los brazos de su hermana
Se echa á desfogar sus penas :

— ¡ Compadéceme ! ¡ Ay de mí !
— ¿ Y qué ? ¿ Lo de siempre, no ?
— ¡ Ya todo, todo acabó !
¡ Ay Ana, por qué nací !

— Y me ofreciste más juicio,
Tener valor me ofreciste...
— Aquello que le dijiste...
Eso me abrió el precipicio.

Me pareció, en su expresión,
Que lo juzgaba obra mía...
Con el rubor no podía...
¡ Y allí fué mi perdición !

Te desmentí... te negué...
Perdóname... ¿ qué hacer yo ?
La frente Arturo dobló...
Ni adiós me dijo... y se fué.

¡ Cuánto sufriendo estará !
¿ Cómo calmar sus enojos ?
¿ Por qué en mí puso los ojos ?
Mas ¿ no me conoce él ya ?

¿Por qué es tan ciego, por qué?
¿Por qué me pone en tal cuita?
¿Y si el alma se lo grita,
Por qué á los labios da fe?
¡Oh, si volviera! Te juro
Que á su capricho cediera...
¿Qué importa que al rubor muera?
Antes que todo está Arturo.
¡Pero no vuelve... lo sé,
Lo presiento!
— Ya verás;
¿No ha vuelto otras veces? Mas...
Si eso fuera todo...
— ¿Y qué?
— Que haces lo mismo, Beatriz...
— ¿Tu lo crees?
— Y me fundo.
— ¡Pues no sé qué hace en el mundo
Un ente tan infeliz!
— Ya todo se arreglará.
— No te hagas, Ana, ilusión,
Me lo dice el corazón:
No vuelve, no vuelve ya...
¡Y yo vivo, y yo respiro!
¡No verle más nunca!... ¡Oh Dios!
¡Irse... y ni decirme adiós!
Ana, ¿es verdad, ó delirio?
¡Sostenme!... ¡no sé qué siento!...
— No seas niña, cobra calma.

— ¡Ay Ana, ay Ana del alma?
— Ven y reposa un momento.
— ¡Si no vuelve... si me olvida!
— Vamos, calmarte procura.
(¡Desdichada criatura!
¡Temblando estoy por su vida!)

Escena sexta.

LEYENDO

Salón espacioso. En él
Finos muebles de caoba;
Frente á la contigua alcoba
Un elegante cancel.

Detrás de éste, en tafilete,
Butacas y canapé,
Formando una especie de
Reservado gabinete.

De la araña de cristal
La luz en los prismas brilla;
Beatriz ocupa una silla
Junto á la mesa central;

Pálida la tez de armiño,
De color de rosa el traje,
Con blancos vuelos de encaje
En las mangas y el corpiño.

Sobre la mesa un periódico;
Ana ocupa una poltrona;
Todo es pulcro, todo abona
Que allí el orden es metódico.

— Solamente tu capricho
Me hiciera, Ana, aderezar;
Has querido levantar
Un cadáver de su nicho.

Ya ves que no vino ayer...
Y me afirmabas que sí...
Mas tú tienes sobre mí
Un ascendiente, un poder,

Me infundes tal confianza,
Es tan grande tu prestigio
Que has realizado un prodigio,
Resucitar mi esperanza.

Si como aseguras viene,
La vida me volverá...
— Y á tu madre la dará:
Muerta tu dolor la tiene.

— Ana, ¡qué culpable soy!
Mas ¿vendrá Arturo? Ya es tarde...
Y me he puesto tan cobarde,
Que hundiéndome otra vez voy.

— El tiempo con algo engaña,
Teje, lee, haz cualquier cosa.
— Si esta revista es tan sosa...
Huelgas — Ciclón — Rusia — España —

Pasajeros que han salido :
Vapor francés « Labrador »...
¡Ah!... — Da un grito de terror
Y se dobla sin sentido.

Ana á su socorro vuela;
La lleva al cancel, y allí,
Sin mirar que no está en sí,
La acaricia y la consuela.

Le hace aire, la estimula;
La sal de Preston, que aspira,
La reanima al fin. Suspira,
Y « ¡Arturo, Arturo! » articula.

Mientras su pena así exhala,
Suenan pasos. El que viene,
Al ir á entrar, se detiene
En la puerta de la sala.

Escena séptima.

POR FIN...

Arturo en el corredor,
Beatriz y Ana en el cancel :
Ya hablan éstas, ya habla aquél;
Eso entiéndalo el lector.

— ¡ Reposa !
— ¿ Qué pasa aquí ?
Oír mi nombre he creído...

— ¡Oh Dios, oh Dios!... ¡ha partido!...
El « Labrador »!... lo leí!...
— ¡Ah, comprendo! Pasajero
Me juzgaron...
— ¡Ana mía,
Díle á Arturo mi agonía,
Díle que amándole muero!
— Cielos!...
— Él vuelve, es seguro.
— ¡Cielos! ¿Conque soy feliz?...
— ¡Se fué!... ¡se fué!...
— ¡No, Beatriz!
¡Aquí estoy, Beatriz!
— ¡Oh Arturo!

1893.

LA NOCHEBUENA DEL PROSCRITO

Á JULIO CALCAÑO

¡Qué negra está la noche! ¡Cómo azota
El granizo esos vidrios! Y ese viento,
¡Qué gemir tan tenaz y doloroso!
Parece que repasa nota á nota
Del maléfico genio del tormento
El desacorde clave pavoroso.

¡Siento un hielo! ¡la noche está tan fría!
Este fuego no basta á confortarme...
¡Oh qué tierra tan triste! ¿Pero en dónde
Hallará el desterrado la alegría?
¡Y América tan lejos!... Allá queda,
Tras el mar encorvado que la esconde,
Faz á la opuesta inmensidad vacía
Por donde en tumbos nuestro mundo rueda.
¡Qué dilatado mar de ella me aparta!
Una ola, otra ola, y mil se siguen;

Y una á una veloz mi pensamiento,
Ave invisible por el ancho campo
Del undoso terrífico elemento,
Las ve, las cuenta y rasa presuroso
Como el alción, del ala, atrás las pone,
Llega al Ande, tramonta, inquieto otea...
Toma el vuelo otra vez por mar y viento,
Y al retornar, espacios devorando,
Ni le tiemblan las alas ni jadea.

¡Pudiera así volar! ¡pudiera ¡ay triste!
Aunque fuera á morir, ver un instante
Aquellos campos que de verde viste
Y florecillas de oro el retirado
Melancólico Anauco resonante,
Que de la sierra, salpicando espumas,
Baja por entre quiebras despeñado!
¡Oh! ¡si viera un instante alzarse al cielo,
Coronada la sien de blancas brumas,
Suelta la verde falda, el noble monte
Que, centinela fiel del patrio suelo,
Dilata la mirada al horizonte,
Rumbo á marcar al nauta por los mares,
Ó el saludo de paz dar á distancia
Al hijo que retorna á sus hogares!
¡Oh! ¡si otra vez, como en mi dulce infancia,
Á mí llegara en alas de la brisa
El vibrador zumbido tremulento
De aquellas campanillas bulliciosas

Que celebraban la nocturna misa
Y del Dios-niño el santo nacimiento!

¡Recuerdos de dolor! ¿de un desdichado
Por qué tormento dar á la memoria?
¿No basta ya que mísero, ignorado
Y la mente en insano desvarío,
Como los hijos de Sión errante
Por las orillas de extranjero río,
Á las marinas aves interrogue,
Á las olas, al viento, á los bajeles,
Nuevas pidiendo del hogar distante
(¡Ay! ¡aunque todas su dolor ahondan!)
Sin oír que á su voz y ansias crueles
Olas, viento, bajel ni aves respondan?
¿Le era fuerza apurar las agonías
También de los recuerdos de esta noche?

¡Esta noche, esta noche... en otro tiempo!
¡Qué inefables y santas alegrías
Mi corazón llenaban! Me imagino
Ver el risueño rostro de mi madre
Que, engalanada ya para la fiesta,
Aquí y allí discurre presurosa
Y el obsequio nocturno activa apresta,
Regocijo á su alma generosa:
Ya del alegre hogar llena la sala
Festiva muchedumbre, y de las flores
La fragancia en el ámbito se exhala:

Como enjambre de insectos voladores,
Jubilosos triscar los niños veo,
Que, ansiosos del banquete y el derroche,
Ingénianse con juegos infantiles
Á que no frustre el sueño su deseo
Antes que el templo dé la media noche:
Á uno miro que, el tiempo hallando largo,
De la revuelta banda se separa,
Sintiendo que á sus ojos pone embargo
Importuno sopor, y en una silla
Á luchar con el sueño se encastilla;
Y, ya con el mirar medio velado,
Los párpados rebeldes alza y baja,
Y da tumbos á un lado y otro lado,
Ó la barba en el pecho se le encaja,
Y se incorpora; hasta que, en vano todo,
Del sueño pertinaz vencer se deja,
Y se dobla, se tuerce y desmadeja.

Y háceme ver allí la fantasía
Á mi padre también... En todo sitio,
Donde quiera está él, á éstos y aquéllos
Infundir anhelando la alegría;
Los festeja chistoso, y alza á ellos
El discreto mirar disimulado
En donde afable la bondad riela,
Á ver si es su expresión la que él anhela
Y en todas partes el placer colmado.
Porque ver en redor almas felices

(Como enojos templar, calmar dolores,
Perdonar yerros, disculpar deslices,
Abrojos apartar y esparcir flores)
Y así como desparce el sol destellos
Y el aura del Abril fragancia pura,
En el seno verter de sus hogares
Á manos llenas bienestar, ventura,
Tas es el ansia sola de su vida,
Tal el blasón y timbre de su historia,
Tal su felicidad, tal su desvelo;
Tal su corona de virtud y gloria
Es en la tierra; y lo será en el cielo.

Pero ¿por qué te empeñas ¡delirante!
En desgarrarte el corazón tú mismo?
¿Por qué agitas tu espíritu, estorbando
Que tu propio dolor, tu ser postrando,
Te sumerja del sueño en el abismo,
Remedo de la muerte, á quien invocas?
¡Sí! ¡insensatez, delirio! ¿Á qué conduce
Este eterno anhelar, tanto lamento?
Ahogaré mi clamor, mis ansias locas,
Y á este negro estupor que en mí produce
Mi insensato dolor, mi devaneo,
Mudo, mi ser entregaré rendido,
Como al buitre su pecho Prometeo.

¡Oh! ¡si pudiera al fin este marasmo
Que de mis yertos miembros se apodera

Mi último sueño ser! ¡Siento en mis ojos
Tal pesadez! En los destellos rojos
Con que el carbón en ascuas reverbera
Miro seres fantásticos, perfiles
De rostros que conozco y no recuerdo,
Y trasgos que en burlesca muchedumbre
Gesticulan y danzan en la lumbre.
Siento un vértigo extraño, y que me hundo
En un mundo de sombras... Ya se cierran
Mis párpados pesados... Véolo todo
Girando en mi redor... ¡Oh!... ¡qué profundo...
Sueño... tal vez... el de la . . . .
. . . .
. . . . ¡Á misa! ¡Á misa!
Oye ¡qué alegres suenan las campanas!
Tú irás conmigo; ven, démonos prisa,
Que van á comenzar. ¡Ve qué gentío!
¡Y qué abiertas y claras las ventanas,
Anuncio de los bailes de esta noche!
No es mío enloquecer por tales fiestas --
Yo prefiero el hogar tranquilo y santo,
Ó expansiones del pueblo como éstas,
Cuando él suelta la vena en dulce canto
Y hace gemir su corazón sencillo
Al son del bullicioso guitarrillo.
La estación de mis sueños son las Pascuas,
Porque es cuando él más canta; y porque en ellas
Todo me habla del cielo; me parece
Que vuelve el mundo á su inocencia antigua,

Que brillan más hermosas las estrellas,
Que aun al agua y al árbol estremece
Un soplo misterioso que atestigua
Del Salvador el santo advenimiento;
Que el aire es todo mirra, que en el viento
Se oye sonar la voz de la divina
Salutación del paraninfo hermoso,
Y se siente pasar la buena nueva,
Y arrebatada el alma á Dios se eleva.

Mas, oye... ya la misa se termina...
Están cantando ya los aguinaldos...
Oye ¡qué tristes son! y tan alegres...
¿Porqué me hacen llorar y llorar tanto?
No debo entrar así... deténte, espera,
Me voy á dominar... ¡Ay! ¡es inútil!
No puedo... no está en mí... ¡me ahoga el llanto!
Pero los quiero oír, aunque me muera:

Un niño ha nacido,
Lo anuncia una estrella;
Y apenas destella
Su vivo fulgor,
Pastores y Reyes
Comprenden á una,
Que está en esa cuna
La gracia de Dios.

Cantemos al niño,
Cantemos, pastores,

Reguemos con flores
Su cuna en redor,
Que pues de mercedes
Es fuente fecunda,
Tal vez nos infunda
La gracia de Dios.

Incienso, oro y mirra
Le ofrecen los Reyes,
Las cándidas greyes
Su blanco vellón,
Las flores su aroma,
Las aves su nido;
Que al mundo ha traído
La gracia de Dios.

¿Quién es esa virgen
Con rostro de estrella,
La rubia doncella
Vestida de sol,
Con nimbo de iris,
Con tocas de armiño?
La madre del niño,
La gracia de Dios.

Palmera ninguna
Vió Cades cual ella,
Ni rosa tan bella
Nacer Jericó;

El hombre y el ángel
La adoran de hinojos,
Pues ven en sus ojos
La gracia de Dios.

¡Oh madre bendita,
Oh amor de mi alma,
Que llevas la palma
Del santo perdón!
Movida de tantos
Dolores prolijos,
Alcanza á tus hijos
La gracia de Dios.

Al ciego que cae
Tu mamo le tiende,
Al náufrago enciende
Tu faro de amor,
Da al pobre proscrito
La patria que llora;
Que en ti se atesora
La gracia de Dios.

—

¿Oyes? ¡qué tristes frases! *¡El proscrito!...*
¡Y *la patria que llora!...* ¡Cómo hiere
En noche de alegria ese hondo grito,
Súplica de piedad por el que muere
En extranjeras playas olvidado!

No sé por qué como aguzado hierro
En el pecho esa estrofa se me clava...
¡Me siento mal! ¡Qué frío! ¡Oh Dios! ¡Soñaba!...
¡Solo estoy faz á faz con el destierro!

Liverpool, 1869.

EL PASO DOBLE

RECUERDO DE 1846

(Á Evaristo Soublette)

Ha muchos años, un día,
Ya el sol bajando á occidente,
Detuve el paso en un puente,
De un amigo en compañía.

En el extremo apartados
Donde se alzaba una cruz,
Viendo la espirante luz
Que aun doraba los collados,

Oyendo sonar el río,
Las hojas y los insectos,
De los antiguos afectos
Se alzó el recuerdo sombrío.

Él oia y yo evocaba
Mis memorias al acaso,
Cuando sentimos el paso
De una tropa que bajaba.

De la revista volvía,
Camino de su cuartel,
Al frente en bayo corcel
El jefe que la regía :

Desplegado el pabellón,
El marchar acompasado,
En balance á lado y lado,
Las armas á discreción;

Sus charreteras y golas
Los oficiales luciendo,
Las cajas marcha batiendo,
Flotando las banderolas.

¿Qué pasaba en él, que triste
Buscaba apoyo en el puente?
Nublaban sombras su frente
Cual las que la noche viste.

Los ojos, meditabundo,
Fijaba en los oficiales
Con evidentes señales
De oculto dolor profundo.

Un signo de espada manda
Silencio á los atambores,
Y revientan en clamores
Las cornetas de la banda.

Vivaz marcial paso doble
En los aires se dilata,
Y en lágrimas se desata
Aquel corazón tan noble.

Tal vez el dolor crüel
Era á su garganta nudo,
Pues exclamar sólo pudo :
« ¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel! »

—

¿Qué recuerdo le agobiaba?
Por más que saberlo ansiase,
Esperé que le calmase
El llanto mismo que daba.

Cuando sereno le vi,
— ¿Y bien, que tienes? le dije;
¿Qué intenso pesar te aflige?
¿Quién es Manuel? — Y él á mí :

« ¡Esa marcha!... ¡El cielo sabe
Qué recuerdo en mí despierta!
Bien será que le abra puerta
Á un dolor que en mí no cabe.

Manuel era un oficial
Del segundo batallón,
Alma todo y corazón,
Garboso el porte y marcial.

Bien que cuarenta sus años
Y yo veinte no tenia,
En lazo fiel nos unía
Afecto á prueba de engaños.

Prendábanme á mí sus bríos,
Su gallardo continente;
Él era entusiasta ardiente
De los pobres versos míos;

Y su juicio temerario
Me elevaba tantos puntos,
Que en eróticos asuntos
Era yo su secretario.

Si de guardia, en el cuartel;
Cuando libre, en los paseos;
Ó en amantes galanteos,
Yo estaba siempre con él;

Y aunque los dardos me asestes
De tu frio escepticismo,
Diré que éramos lo mismo
Que ayer Pílades y Orestes.

Para más atarnos, quiso
La estrella que nos regia
Llevarnos por una via
Del amor al paraíso.

El mismo hogar, por acaso,
Guardaba nuestros amores :
Cautivábannos dos flores
De muchas del mismo vaso.

Beatriz, de gentil donaire
Y gracia que desbordaba,
Ser del linaje mostraba
De las ondinas del Guaire.

Era Teresa (nacida
Al arrullo del Aragua)
Cual nenúfar en el agua
Por el viento adormecida,

Á quien hizo despertar
Ó volver de su desmayo
La mirada, que era un rayo,
Del apuesto militar.

Acechados, aunque diestra
La vigilancia tirana,
Una ú otra en la ventana,
Era la victoria nuestra;

Porque á darnos asistencia
Estaba, contra el rigor,
Si en dos y dos el amor,
En cuatro la confidencia.

Largo contarte sería
Tanto incidente menudo
Del dulce y estrecho nudo
Que á los cuatro nos unia.

Una noche me presento,
Como siempre, en el cuartel;
Pero ¿qué pasaba en él?
Todo estaba en movimiento.

En el suelo una rodilla
Y unos paquetes al lado,
Vi á Manuel apresurado
Atando una maletilla.

¡Ay! recuerdo tan crüel
Mi corazón no resiste...
¡Qué noche aquélla tan triste!
¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel!

—

Mudo, en silencio perenne,
Á que él hablase esperé.
Á poco se puso en pie:
Estaba altivo, solemne.

« Bien, me dijo, has de saber
Que hay alzada una facción,
Y que sale el batallón
Mañana al amanecer.

Por fin la guerra estalló :
Pronto á su furor violento
Arderá todo, y lo siento
Por el país, por mí no.

Sangre que agosta la tierra,
Hoz que troncha y extermina,
Fuego que tala, rüina...
Civil ó no, tal la guerra.

Nos vienen á todas manos
Con lo de *guerra civil...*
¡Ceguera, egoísmo vil!
¿Qué guerra no es con hermanos?

Que aquí al nacer se nos filia,
Que en tal reino ó tal ciudad,
Igual es : la humanidad
Es una sola familia.

¡Y es percance, que en la priesa
De la marcha, y el enredo
De los equipos, no puedo
Despedirme de Teresa!

Dile que su amor, su nombre,
Conmigo están noche y día...
Mas ¿qué tienes?... ¡Niñería!
Vamos, no llores, sé hombre!

¿Ni qué hacer? Es mi condena :
Los militares estamos
Á sueldo del pueblo, y vamos
Donde el pueblo nos ordena.

(Y añadió con ironía)
Y el pueblo está siempre atento
Á dar oído al lamento
De la hambrienta artillería;

Como el tigre sin ración,
Avisa el cañón, rugiendo,
Que se está de hambre muriendo :
Yo soy carne de cañón.

Que me cuadre ó no me cuadre,
Para tal fué que nací
Y que á los mimos crecí
Y á los besos de mi madre...

Abre esto que aquí te ato,
Si una bala me atraviesa,
Y da tú mismo á Teresa
Sus cartas y su retrato.

Ahora, un abrazo, y te vas,
Te vas sin volver la frente,
Como lo haces usualmente...
¡Vé! no puedo verte más. »

Vuélvese, y dentro se lanza
Con rápido y firme paso,
Á ahogar la tristeza, acaso,
Voces dando á su ordenanza.

Al salir yo del cuartel,
El que verme no quería,
Con los ojos me seguía...
¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel!

—

Encaminéme derecho
Á Beatriz, que me esperaba;
El corazón me saltaba
Queriendo romperme el pecho.

Estaba la noche oscura,
Y á un moribundo farol,
Miré tras la reja el sol
De su adorada hermosura.

Su mano opresa en la mia,
Y las frases de tropel,
Fué todo hablar de Manuel,
Contando lo que ocurría.

« Dí á Teresa lo que pasa,
La prisa, la marcha urgente,
Todo, en fin » -- Besé su frente,
Y volé exhalado á casa.

Me era imposible dormir,
Ni siquiera lo intenté,
Y tal como estaba, en pie,
Hallóme el sol al surgir.

Vacilé, luché gran pieza
Si saldría ó no saldría :
Si iba á verle ¡ qué agonía !
Si no iba ¡ qué vileza !

Un redoble prolongado
(No estaba el cuartel distante)
Me dió á entender que el instante
De la marcha era llegado.

Volé : la calle obstrüída
Hallé por tropel confuso
De mujeres, como es uso
Cuando hay tropas de salida.

Tal vez mi propia aflicción
Daba sombras á mi mente ;
Mas todo en aquella gente
Me apretaba el corazón :

Su humildad y aspecto y ropas...
Hijas y madres llorando,
Al par temiendo y ansiando
Que desfilasen las tropas.

Y comienzan á pasar,
Y crece el llanto, el lamento,
Y es todo gemir el viento
Y los pañuelos flotar.

Y ya aquí se ve á una hija
Tender al padre la mano,
Ya una hermana que al hermano
Le da, al pasar, su sortija;

Ya un niño á medio vestir,
Que, prendido de un soldado,
Va, más que andando, arrastrado,
Sin quererse desasir.

¡Y el vulgo los ve marchar
En hilera tras hilera,
Y ni sospecha siquiera
Los dolores de su hogar!

¡Qué sola se irá la madre
Con el hijo pequeñuelo!
¿Y dónde hallarán consuelo,
Ella viuda y él sin padre?

¡Cuál será de ella el tormento
Al ver al muro arrimados
Los hierros abandonados
Del que les daba el sustento!

Los apretará á su pecho,
Los regará con su llanto...
Y ella, Dios justo, Dios santo,
Para tal pena ¿qué ha hecho?

¿Y sabe si más verá
Al hijo de sus entrañas,
Ó el cuervo de las montañas
Sus miembros devorará?

Tal vez vuelva vencedor...
Pero vencedor ó muerto,
En su pobre hogar lo cierto
Es la miseria, el dolor.

¿Es ése el premio que espera,
O pueblo, á tus nobles hechos?...
Son mentira tus derechos,
Tu libertad es quimera;

Para ti no hay ley ni fuero;
Se fuerza tu hogar sagrado
Y te llevan maniatado
Cual la res al matadero...

Con tanta imagen sombría
Se atormentaba mi mente
Mientras pasaban al frente
Una y otra compañía.

Vino al fin la de Manuel;
Vi su noble faz altiva,
Y sentí que se me iba
Volando el alma tras él.

Hízome de una ojëada
Nueva protesta de afecto,
Y por adiós, circunspecto,
Un movimiento de espada.

Soldados pasan y clases,
Y á mí soñar me parece;
De súbito me estremece
La banda con sus compases.

Era esa marcha crüel,
Ese paso-doble mismo...
¡Qué desolación, qué abismo!
¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel!

—

Amigo, desde la infancia,
Del entonces Comandante
De armas, á todo instante
Iba yo á la Comandancia.

Allí un día y otro día
Nuevas suyas procuré;
La respuesta siempre fué:
« No hay noticias todavía. »

Y uno y otro iban pasando
En este inquirir prolijo,
Cuando, al cabo, aquél me dijo :
« Llegó parte, están peleando.

Lejos es, mas como al fin
El posta viene escotero,
Mañana en la tarde espero
Que tendremos boletín. »

Y aquella tarde, en verdad,
Llegó el posta, como dijo;
Bulle al punto en regocijo
Y vitores la ciudad.

Del triunfo la turba ufana,
Corre asordando las calles
¿No hay detalles? « No hay detalles,
(Me dicen) vendrán mañana. »

Los temía y los ansiaba,
Me alegré, me entristecí;
Cuando al nuevo sol salí,
Ya el boletín circulaba.

Eché á andar; un grupo hallé;
Ansioso y atento oía
A uno que en alto leía;
Era el parte; me acerqué.

Iba ya casi al final,
Y decía en ese instante :
No hay cómo elogiar bastante
Á tan gallardo oficial.

Embistió como un león
Y decidió la victoria :
Su muerte cubre de gloria
Al segundo batallón.

Turbó un vértigo mi mente,
Y en convulsión opresiva,
Sin saber adónde iba
Me alejé súbitamente.

Mas... ¡si fuese otro oficial
Del segundo!... pensé yo;
Uno en esto le nombró,
Y oí la nueva fatal.

¡Todo lo oí! ¡No debía
Volverle á ver en el mundo!...
Pero á mi dolor profundo
Más amargura cabía :

Ocho meses, y no enteros,
Contaba apena en la fosa,
Y ya Teresa era esposa
De un teniente de ingenieros... »

No dijo más, que crüel
Aquel pesar le embargaba :
Y á exclamar sólo acertaba :
« ¡Oh Manuel! ¡Pobre Manuel! »

—

Fui más tarde á verle un día,
Lo recuerdo, jueves santo;
Le hallé escribiendo — su llanto
Mojaba lo que escribía.

Que se acordaba inferí,
De Beatriz y de Manuel;
Dióme en silencio el papel,
Y estas estrofas leí :

¡Y tú también, y tú también te has ido!
¡Y tu también, y tú también me dejas!
Adorada Beatriz, Manuel querido,
¿Ni veis mi soledad ni oís mis quejas?

¿De vuestro pobre amigo abandonado
Será el ansia de hallaros ilusoria?
¿Cómo á mí no venís? ¿No habéis llevado
De aquel tiempo feliz ni una memoria?

¿Qué se hicieron, Beatriz, aquellas horas
Que me dieron tu amor y mi fortuna,
Risueñas cual la luz de las auroras,
Dulces cual los celajes de la luna?

De tus bellos abriles y los míos,
De aquella encantadora primavera,
¿En dónde están las flores y atavíos?
¿Tánto ensueño de amor un sueño era?

¡Oh ventura, Beatriz! ¿Y era creíble
Que el uno sin el otro existiría?
¡Quién jamás ideara este imposible,
Tú muerta, y yo viviendo todavía!

¡Qué de lágrimas hoy he derramado
En el templo, Beatriz, á tu memoria!
¡Cómo á la voz del órgano sagrado
Volvió á mi mente nuestra dulce historia!

Volví á verte de hinojos con Teresa
Y á mi lado á Manuel imaginaba;
Y de amor, como un tiempo, el alma opresa,
Del mundo y mis pesares me olvidaba.

Te vi en la augusta fiesta conmovida,
Vi al cielo alzarse tus divinos ojos,
Y en ellos reflejarse, embellecida,
La tenue luz de los blandones rojos.

Sentí aquel gozo indefinible, inmenso,
En que á una me hundían las sagradas
Dolientes notas, el fragante incienso
Y la mística pesjua... y tus miradas!

¡Ay! ¡que todo ilusión y sueño era,
Menos mi soledad y mi agonía!
Que te invoco y te busco por doquiera
Y es en vano, es en vano, ¡oh Beatriz mía!

¡Ay! ¡qué de veces, cuando el sol se aleja,
Solitario en las sombras me sorprendo
Asido como un tiempo de tu reja,
Un mar de amargas lágrimas vertiendo!

Á imaginarte allí, los ojos cierro
Y muy quedo « Beatriz, Beatriz, » te llamo,
Y engañado estrechando el duro hierro,
Te digo como ayer : « ¡cuánto te amo! »

¿Y no respondes? ¿Callas á mi queja?
¡Imposible! ¡Imposible!... Abro los ojos,
Y ¡oh Dios! como un sepulcro hallo tu reja...
¡Corridos para siempre los cerrojos!

1893.

———

LA MARGARITA

(Á PEDRO LARRAZÁBAL)

Es de noche — Dos calles formando esquina — Jna de las casas, la segunda ó tercera, iluminada en u interior y abiertos los postigos. Al levantarse el elón, óyese salir de ella, no muy alta, la música de ın valse y el ruido de los que bailan, lo que cesará l aparecer Tabares. Viene éste por la otra calle, á ›asos entrecortados, rebozándose en la capa y ojeando autelosamente á todas partes.
Farol opaco en la esquina.

—

Aquí la casa es, y aun he creído
De los ruidos del baile oír algunos...
(El reloj público da las dos.)
¡Las dos! Es tarde, acaso se haya ido
La turba de curiosos importunos.
(Se adelanta á la esquina, en donde se detiene).

¡Ni un alma! Está la calle silenciosa...
Mas tal me acechan, que el temor me ofusca.
Mi vida es la del lobo á quien acosa
Feroz jauría, y que las sombras busca,

Ó la del malhechor por los breñales
Saltando á par del errabundo gamo...
¡Y á fe que entrambos somos criminales!
¡Él porque odia; y yo, yo porque amo!

¡Porque te amo, sí! ¡Pasión maldita!
Mi delito fué ver tu hermosa frente,
Mi crimen es llevarte, o Margarita,
En el alma grabada eternamente;

En tu mirar, que el mundo me ilumina,
Beber la inspiración; saciar mi anhelo
De oír, al modular tu voz divina,
Cómo suena la música del cielo.

Porque tú me levantas, me transformas,
Y alcanzo, al revolar tu sútil seda,
Cómo tienen los ángeles las formas,
Y la fragancia que á su paso queda.

¡Y tú enmudeces, ay! ¡Habla, confiesa
Que tú abriste el abismo en que me hundo!
Si amarte un crimen es, ¿por qué con esa
Celeste perfección venir al mundo?

De ti me alejo, y tu poder me atrae,
Y más te adoro cuanto más te huyo;
Si amarte un crimen es, en mí no cae;
Que es, pues tuyo el poder, el crimen tuyo.

Pero ¡infeliz! ¿á un ángel de la altura
Tú, mísero mortal, aspirar puedes?
¿Que tanto has de subir se te figura?
¿No te sujeta el mundo en duras redes?

Tú eres sólo un artista ¡desdichado!
¿Qué cuna tienes tú? ¿Cuál es tu esfera?
¿La del Arte?... ¿Y el Arte á quién ha dado
Rango ni ser en donde el oro impera?

¡Que tienes genio!... ¿Y tu laurel, tu palma,
Á tu insensato amor la senda acorta?
Que tienes corazón, que tienes alma...
¿Y eso, á quien no lo tiene, qué le importa?

« ¡Artista »!... dice el mundo desdeñoso...
¿Y su esencia y su ser comprende el mundo?
¿Ha visto nunca el rayo poderoso
Que bulle de su pecho en lo profundo?

Lo que el artista es, no saben ellos;
No saben cómo el cielo se le abre,
Y le deja que, hilando sus destellos,
La urdimbre de oro de sus obras labre.

Y él los tesoros que encontró en el cielo,
En torno esparce con profusa mano,
Y hace á las almas remontar el vuelo
Al inmutable alcázar soberano.

Su arte apura del hombre en beneficio,
Y apurando su arte halla la muerte :
Agotarse en perenne sacrificio,
El mundo á idealizar, tal es su suerte.

Él es como la flor, muerta á la tarde,
Que dió gratis, al alba, su perfume :
Él es como la lámpara que arde
Y en ajeno provecho se consume.

Así la tierra en producir se afana;
Y el hombre goza el bien que le circunda,
Sin siquiera mirar de donde emana
Y que es el sol quien todo lo fecunda.

¡Oh cuál me hiere y mi dolor aviva
La humana ingratitud, su orgullo necio!
Mas no doblegan, no, mi frente altiva :
Me engrandecen su odio y su desprecio.

Mientras mayores son, mayor me veo;
Siento un raudal de hiel inextinguible
Que las venas me abrasa... y me recreo
En un deleite intenso... ¡pero horrible!

¡Oh estrella infausta, miserable hado!
¡Burla impía, irrisión! ¡De su amargura
Le hace un néctar la suerte al desdichado,
Y gozarse en su propia desventura!

¡Miro á mi corazón, y es un abismo!
Á tanto odio y amor lo siento estrecho;
Y sufro y gozo, y llevo á un tiempo mismo
Infierno y cielo juntos en mi pecho.

¡Con qué extraño poder fuiste nacida!
Eres ángel del mal y ángel custodio :
De tiniebla y de luz llenas mi vida,
Y si la amo por ti, por ti la odio.

Hielas mi corazón, ó ya lo inflamas :
Calmas su tempestad, ó ya la arrecias;
É imagínome á veces que me amas,
Y otras veces ¡ oh Dios!... ¡ que me desprecias!

¡ Ah ! ¡ y en tanto que lucho y me devoro
En las cadenas de este amor salvaje,
Tú ahí te ufanarás oyendo en coro
De necia turba el frívolo homenaje!

Ahí estás, ahí estás, cercada en torno
De luces y de flores y fragancia,
Envuelto en gasas el gentil contorno,
Reinando en el festín por tu arrogancia.

¡ Oh, si pudiera un punto solamente
Ver que vuelves á mí los ojos bellos,
Tu voz oír y respirar tu ambiente,
La fragancia sentir de tus cabellos!

(Suena dentro la « Margarita » de Tabares, la que se eguirá oyendo hasta el fin del monólogo, de modo tal que io ahogue la voz del que declama.)

Pero ¡ cielos! ¡ qué oigo!... ¡ Qué tormento!
¡ Vuelven, vuelven al baile y su locura!
Mas ¿ qué pasa por mí ? ¿ qué es lo que siento?
Yo conozco esas notas... ¡ Oh amargura!

¡ Esas notas son mías, sí, son mías!
¡ Hijas ¡ ay! de este amor que me arrebata!
¡ Ahí están mi dolor, mis agonías,
Y el rigor implacable de esa ingrata!

¡Quién hubiera pensado que mi queja
Soló vano placer para ella fuese,
Incentivo al que acaso la corteja,
Y puñal que en mi contra se volviese!

¡Don fatal, estro infausto, arte funesta!
¿Infortunio mayor, á quién le alcanza?
¡Mis ayes son su música de fiesta!...
¡Al grito ¡oh Dios! de mis dolores danza!

¿Qué me espera ¡infeliz! en esta vida
Donde es hiel el torrente en que me sacio,
Y, vejado y oscuro, es mi corrida
La de un astro maldito en el espacio?...

¡Ay! no más al artista en su retiro
Será numen celeste tu memoria,
Ni irá más á decirte su suspiro
De su amor infeliz la triste historia.

Las visiones que en estro me encendían,
Las que flores regaban en mi senda
Y renombre y laurel me prometían
Que poner á tus plantas en ofrenda,

¡Todo ya, Margarita, todo es ido!
¡Morir ya, Margarita, sólo espero!
Mas tu nombre has de oir al mío unido
Repetirlo en mi tumba el pasajero.

Esos mismos que causan mi agonía
Han de unirlo mañana á mis cantares;
Y á hacerte, á su pesar, por siempre mía,
Dirán: « La Margarita de Tabares... »

¡Ah, no!... mi Margarita es sólo ésa,
La hija de mi arte, ese sonido...
Aquélla sin piedad abre la huesa
Al que amor y esperanzas le ha rendido.

¡Como el brazo impasible de mi hado,
Al abismo fatal me precipita!
¡Quién hubiera jamás imaginado
Tal rigor en un ángel, Margarita!

¡Sea, si es tu querer! Mas cuando muera,
Á mi tumba callada el paso guía,
Y allí dame una lágrima siquiera,
¡Oh Margarita, oh Margarita mía!

¿Mía? ¡nunca! la mía es esa sola...
¡Y pensar ¡ay de mí! que en este instante,
Mientras muero por ella ¡oh Dios! me inmola
En los brazos tal vez de insulso amante!

¡El salón cruzará, radiante, ufana;
Revolando sus cintas, á su paso
Rozarán á algún necio de alma vana
Que lazada de amor lo juzgue acaso!...

Estoy viendo ceñida su cintura
Por un brazo brutal que la doblega...
Las formas de su angélica hermosura
Á impuros ojos candorosa entrega...

Estoy viendo su faz que se colora
Porque una mano audaz la suya estrecha...
Estoy viendo un mirar que la devora
Y el corpiño traidor impune acecha...

¡La rodea, la oprime, á sí la ata,
La siente palpitar, bebe su aliento,
La hace suya!... ¡Y un rayo no me mata,
Siendo ¡oh cielos! tan vil que lo consiento!
¡Cumpliré la sentencia! ¡estaba escrita!...
¿Quién me puede impedir que el hierro vibre?

(Saca el puñal, se abalanza á la ventana y la abre violentamente.)

¡Allí está! ¡Margarita! ¡Margarita!
¡Goza, gózate bien!... ¡Al fin soy libre!

(Se hiere y cae).

FRAY EDMUNDO

(Á MARCO A. SATUZZO)

I

ATAVISMO

Á la izquierda del camino
Que de Liverpool va á Chéster,
Se alcanza á ver asentada
Sobre tendida pendiente

La blanca villa de Fródsham,
Que deleitarse parece
En ver las vegas que en torno
Bañan el Weáver y el Merse.

De Agosto en una mañana,
Poco menos de las nueve,
Paraba el tren sus resortes
De esas laderas enfrente,

Cuando yo y Fred (un amigo
Que iba á Gales en quehaceres)
Vimos por ellas bajando
Al sitio en que el tren se tiene,
Á un monje de erecto porte,
Con la capucha en las sienes,
Rigidos brazos y cuerpo,
Largo el tranco y diligente.
— ¿Sabes (me dijo mi amigo)
Quién es aquel que allí viene?
— Pues ¿cómo no? Fray Edmundo :
¿Pudiera desconocerle?
— Dices bien, porque no existe
Monje que se le asemeje :
Tiene una atmósfera suya
Que lo aísla, que lo envuelve.
— ¿Tú le has tratado?
— No, nunca;
Le he visto, sí, varias veces,
Y la impresión siempre ha sido
De aquellas que nunca mueren.
Parece, á cuanto le cerca
Y á cuanto ve, indiferente,
Y estar allá en sus adentros
Hablando consigo siempre.
Es esquivo, taciturno...
— Pues nuestros juicios difieren :
Cuando le miro que alza
Sus grandes ojos celestes

Y en sus párpados alcanzo
Cierto temblorcillo leve
Que en los ojos de los niños
He encontrado solamente;

Al ver sus labios tan frescos,
Sus cejas que en arco ascienden,
Todo el infantil conjunto
Que en sus facciones se advierte,

Échome á pensar que acaso
El tiempo ha sido impotente
Á borrar en él las huellas
De algún dolor que en él duerme

Y que, hiriéndole en su infancia,
Selló su faz, de tal suerte,
Que tiene de niño el rostro
Si el cuerpo de adulto tiene.

Y al fijar en mí, al hablarme,
Sus dulces ojos dolientes,
Siento del pecho subirme
Lágrimas que ahogarme quieren,

Taciturno, puede serlo,
Esquivo no.
— ¿Conque tienes
Con él amistad?
— Y mucha:
Le trato ha más de diez meses.

Nos conocimos en Londres
(En Brompton) por accidente;

Y como él es franciscano,
Viene con frecuencia á Chéster
En donde, como tú sabes,
La orden su centro tiene,
De la que es *Father Pacificus*
El alma á la par que el jefe.
Él llega á alojarse en Frodsham
En la casa de un pariente;
De ahí á Chéster, doce millas,
Pocos minutos se invierten;
Y ya bondadoso sea
Ó que conmigo congenie,
Es lo cierto que me trata
Como si su hermano fuese.
Mas, te diré: de su afecto
Otra la causa ser puede,
Al menos hay un motivo
Para que así lo sospeche.
Una vez que íbamos juntos
(Me acuerdo, por Brompton Crescent)
Tal vez atento á mi nombre,
Me interrogó de esta suerte:
— *¿Cuál es vuestra patria? ¿Italia?*
— *América* (contestéle)
— *¡Cómo! ¿no sois italiano?*
¿De dónde entonces proviene
Que...
— *Que tenga este apellido?*
— *No, otra cosa, es diferente...*

— Mis abuelos, los paternos,
Si lo eran, genoveses.

— Ah, ¿ya lo veis? lo sabia!
(Dijo, con la faz riente)
¡Si sabré yo de eso! ¡Vaya!
Eso sale siempre, siempre...

La voz, la inflección, un dejo
Como murmullo de fuente,
Que les quita la aspereza
Á los vocablos ingleses.

¿Y cómo no? Está en el órgano,
Al que no hay nada que altere:
Tocad en una dulzaina
Un himno marcial... Pues ése,

Ése es el efecto mismo
Que en mi hacia el dulce y muelle
Articular de unos labios
Que aun me hablan y conmueven.

Y cuya inflección melódica
Me habéis recordado á veces...
Mas, ¿á qué llenar el alma
De recuerdos que entristecen?

Calló el monje, y yo no quise
Interrogarle imprudente.
Desde entonce á eso atribuyo
Que tal afecto me muestre.

Mas, ahí viene, Fred; me ha visto;
Voy á presentarte ¿quieres?

— No ¿para qué?
— Pues da campo,
Á que entre los dos se siente.

Sentóse á mi lado el monje,
Saludóme, saludéle:
— Que venís á la Porciúncula
Supongo...
— Precisamente,

Me contestó; y dicho esto,
Puso, para recogerse,
Los codos en las rodillas
Y entre las manos las sienes.

El tren andaba y andaba,
Y el buen monje sin moverse,
Cuando, ya en Chéster entrando,
Entre los diversos trenes

Que en la estación ocupaban
La extensa red de rïeles,
Ya pronto á marcharse miro
El que llevar á Fred debe.

« ¡Fred! » grité para avisarle.
Fray Edmundo, de repente,
Como si él fuese el llamado,
Se alzó como á responderme.

Me interrogó con los ojos,
Mirándome fijamente,
Estupefacto el semblante
Cual si de un sueño saliese.

Mas vió á quién interpelaba,
Por mis frases subsiguientes;
Y ahogando mal un suspiro,
Dobló de nuevo la frente.

El tren paró. Fray Edmundo
Esperaba que yo fuese
En su unión al monasterio;
Díjele el inconveniente :

— Este amigo sigue á Gales;
Permitidme que le deje
En el tren.
— Entonces (díjome)
¿Iréis luego?
— Si Dios quiere.

— Tengo algo que preguntaros...
Ya veréis lo que me mueve.
Sabéis la entrada al convento...
— ¿Cómo no?
— Pues id á verme,

En el claustro, á la derecha,
Es una celda que tiene
Sobre su dintel el nombre
Del señor Conde de Dénbigh.

II

CHÉSTER

Llegando yo y Fred apenas
Al sitio de que el tren sale,
Gritó la locomotora
Y echó camino de Gales.

Está atravesada Chéster
Por cuatro espaciosas calles
Que en cruz la cortan, partiendo
De los puntos cardinales.

Tomé yo por la del Este
Sin cuidarme de carruaje
Por ver á espacio sus raros
Edificios seculares,

Y el Dee, que encauza por ella
Sus lentos tersos cristales
Donde ruedan las barquillas
Con el nadar de los ánades;

Y sus torres y murallas
Y sus viejos castellares,
De normandos y bretones
Regados con tanta sangre.

Respetada por el tiempo
Y al par por sus habitantes,
Tal como hoy es la alumbraba
El sol once siglos hace.

Allí, al fundarla, sus huellas
Dejó Gawer *el gigante*,
Y los romanos el sello
De su poder y sus artes.

Allí están las fortalezas
Que Eduardo y Alfredo el Grande
Levantaron á hacer frente
Á los daneses audaces;

Y junto á *Saint John* la casa
Que dió á Harold hospedaje
Fugitivo del de Hastings
Desesperado combate.

Sus toscas casas conservan
Su aspecto como de cárceles,
Sus ventanas enrejadas
Y aleros inmemoriales.

Sus aceras, muy en alto
Sobre el piso de las calles,
Son estrechos pasadizos
De vetusto barandaje,

Corridos frente á las tiendas,
Covachas, la mayor parte,
De sabrosas golosinas
(Para los que tal las hallen);

Pues es por sus confituras
Por donde es Chéster notable,
Y sus *wedding-cakes* tienen
Fama de ser sin rivales.

Por esos embarandados
Tomé para encaminarme
Al convento de franciscos,
Como una milla distante.

Ya ha empezado el jubileo,
Y como afanoso enjambre
Agítanse ante la puerta
Devotos que entran y salen.

Y penetré en el recinto :
Llenaban la santa nave
En cordón puestos los monjes
Y apiñados los seglares.

Guïaba un monje el rosario
De la Reina de los ángeles,
Los fieles le respondían
En coro solemne y grave.

De unas preces á otras pasan,
Ya alzan cantos lamentables
Que lloran nuestras flaquezas
Y míseras vanidades.

Allí estaba Fray Edmundo ;
Me era forzoso esperarle.
Lo que él á decirme fuera
No alcanzaba á imaginarme.

Concluyó por fin el acto
Y desfilaron los frailes
Marchando; también son ellos
Soldados, espirituales.

Era llegado el momento
De la entrevista; mas antes
Dar algún tiempo debía
Á que el monje reposase.

Á poco asomó en la puerta
Y vióme, como á avisarme
Que era hora. Fuí á su encuentro,
Y echamos claustro adelante.

Por nueva vez vi en lo alto
De las puertas laterales,
Como timbre de las celdas,
El nombre de los donantes;

De los que en el libre Reino
Son, honrando su linaje,
De la católica Iglesia
Generosos auxiliares;

Con Denbigh, Ripon y Bute
Y otros ilustres magnates,
El Duque egregio de Nórfolk,
Su columna más pujante.

Dentro los dos ya en la celda
Echó á la puerta la llave;
Nos dió asiento una tarima,
Y empezó por preguntarme :

— ¿Se llama *Fred* vuestro amigo?
La pregunta perdonadme,
Mas... no esté de más, acaso.
— Sí, *Fred*, ¿y qué hay que os alarme?

— Que me alarme, nada, pero...
Vamos, con franqueza habladme:
¿Del nombre de vuestro amigo
No os valisteis, al llamarle,

Para probar la certeza
De algo que en el vulgo ande,
Para buscar un efecto,
Para estudiar un semblante?...

— Si me hablarais de la luna,
Puede que más alcanzase.
— Pues bien, quedo satisfecho,
Vuestra palabra es bastante.

Es un deber mío ahora,
Porque podáis disculparme,
Haceros ver hasta dónde
Llegan las casualidades,

Ó lo que tal llamar suelen.
Voy á echar á un lado ambajes,
Y veréis lo que ese nombre
Á la memoria me trae.

— ¿De modo que si mi amigo
Se llama Roberto ó Jaime
Ó de otra suerte cualquiera,
Nos quedamos como antes?

— Pues así es todo en el mundo;
Lo más insignificante
Al parecer, cosas fútiles
En que no se fija nadie,

Aun una gota de lluvia,
Aun una hoja que cae,
Un grano de arena, un átomo,
Obran lo que nadie sabe.

¿De los hilos del destino,
Quién conoce el entrelace?
Pues hay que atar otro cabo,
Aunque delgado, importante.

Se llama *Fred* vuestro amigo,
Bueno; mas si vuestros padres
No hubieran sido italianos,
Vuestro acento no me atrae.

¿Pues cuántas veces al día
No oigo *Fred* por todas partes?
Pero lo decís de un modo...
Fred!... Fred!... Fred!... ¡Oh Dios ampárame! —

Se le escaparon dos lágrimas;
Hízome temblar el fraile,
Porque repitió aquel nombre
Con amargura tan grande,

Que en la voz que remedaba
Juzgué oir la de una madre
Que llama á un niño... ¡su hijo!
Y vi un terrible desastre.

— ¿ Casualidades ? ¡ Se engañan !
(Dijo pasado un instante)
¿ Y esta fecha ? ¡ Dos de Agosto !
¡ No ! Voces providenciales.

He llegado á conocerlas
En continuo aprendizaje
Con el dolor, el gran sabio,
Maestro de cosas grandes.

Cuando llama á nuestras puertas
El dolor, el que le abre
Y le oye, luego cree ;
Y el que cree es el que sabe.

¿ Qué ha de saber el que duda ?
Y aunque las ciencias se afane
En profundizar ¿ qué aprende
De las eternas verdades ?

Hay ciencia, y sabiduría :
La ciencia, mañana abate
Lo que hoy exalta y enseña :
Mas la otra es inmutable :

No se halla en textos escrita,
Y sus sacerdotes nacen
Á cantarla al universo
En conceptos inmortales.

No, no hay acaso — ¿ Pudieran
Por sí solas adunarse
Tanta acorde circunstancia ?
Sé esas voces lo que traen.

Oíd ahora una historia
Que yo sé.
— Sabréis bastantes :
Sois confesor...
— Si, sé muchas;
Permitid que una os relate.

III

FRED

Quedó el monje, como orando,
Un punto en silencio hundido.
Se irguió, metió los pulgares
En su rosario y me dijo :

— Al noroeste de Londres
Vivía, calle de Clifton,
Una familia compuesta
De padre, madre y un niño.

El jefe de esa familia,
De linaje distinguido,
Gozaba un tiempo de holganza,
Bien que no fuese muy rico.

Educado por sus padres
Bajo severos principios,
Al buen proceder rendía
Más que culto, fanatismo.

Era de alma generosa,
De corazón nobilísimo;
Mas todo afecto acallaba
Si hablaba el deber, su ídolo.

Así, leerse podía
Donde quiera en su recinto,
Como lema de sus muros,
Como irrevocable edicto :

« La primer ley de Ingleterra
Es el deber, y á cumplirlo,
No es dado encontrar estorbo
Á ninguno de sus hijos. »

Y su reprensión primera
Á los suyos ó al servicio,
Era siempre alzar el índice
Á mostrar aquel escrito.

No por eso era indolente,
Al contrario, ya lo he dicho,
Y era su hogar con los suyos
De sus amores el nido.

Aquel bienestar doméstico,
Su holgado vivir tranquilo,
Vióse turbado de súbito
Por accidente imprevisto.

Hubo un desastre en la Bolsa
Y hallóse comprometido
Con todo cuanto tenía.
¿Qué hacer? Pagar; lo que hizo.

Aquel cambio de fortuna
No fué sensible al principio,
Pues cuando todo lo pierde,
Siempre tiene el que ha tenido.

Mas andando andando el tiempo
Otra cosa fué. Vendidos
Ó en pago dados sus muebles
Y efectos del auge antiguo,

No hubo de quedarle nada,
Si se exceptúa el puntillo
Del linaje; y, por supuesto,
La miseria sobrevino.

El puntillo del linaje,
Lustre del hombre, si rico,
De él se venga cuando pobre,
Haciéndose su enemigo.

Tal fué de él. Ya no podía,
De capital desprovisto,
Entrar en altos negocios
De carácter lucrativo.

Los pequeños, el orgullo
Se los presentaba indignos.
Verdad es que en el comercio
Contaba algunos amigos;

Mas nadie toma en su casa
Por subalterno, es sabido,
Á quien por esto ó aquello
Viene con algún prestigio.

¡Qué estrecheces soportaron
En aquel suburbio hundidos
De *Clifton Road,* donde fueron
Á procurarse retiro!

Pero ¡qué mujer tan noble!
¡Corazón de Dios bendito,
Alma de ángel, el cielo
Dé premio á tus sacrificios!

Hermosa como italiana,
Su rostro modelo digno
Hubiera sido á las vírgenes
De su paisano el de Urbino.

Aunque joven y educada
De una princesa al estilo,
Amoldóse sin esfuerzo
Á aquel rigor del destino;

Y en la casa su trabajo
Era el pan, era el vestido,
No suyo, en quien no pensaba,
De su marido y su hijo.

Ni pensaba, ni tampoco
Su pobre esfuerzo, aunque asiduo,
Hubiera á tanto alcanzado.
¿Y qué lograba, asimismo?

No morir de hambre apenas,
Y que al menos su marido
No inspirase por su traje
Menosprecio á sus amigos.

Él para ella era todo;
Á él le era el salir preciso;
Á ella el sol, la calle, el aire
Ya le estaban prohibidos;

Porque á más de los quehaceres
Que la ataban al recinto
De su hogar, fuerza le hacía
Algo más impeditivo;

Y ello es, que siendo el fruto
De sus faenas tan mínimo,
Siempre de sí se olvidaba
La desdichada al partirlo;

Y mal, mujer de quien era,
Y aun por su decoro mismo,
Dejárase ver con trajes
Rasgados ó desteñidos.

¡Pobre mujer! ¡Qué fatigas!
¡Qué trabajo tan continuo!
Y cuando al lecho llegaba
Cansada, el cuerpo rendido,

Casi siempre hallaba al sueño
Á sus párpados esquivo,
Porque el tropel lo ahuyentaba
De sus pensamientos íntimos,

El temer que el nuevo día
Le fuese menos propicio,
Ó ya algún cobro importuno
La tomase de improviso.

Y cuando llegaba enferma,
Y en vez de buscarse alivio
Más y más se atormentaba
Y acrecía su martirio

Con el temor de agravarse
Y de ser, en vez de auxilio,
Pesada importuna carga
De aquel hogar desvalido,

Ó de tener que hacer frente
Á los dïarios oficios
Así enferma, con el cuerpo
Ya pronto á dar el espíritu;

Acontecíale entonces,
Sin que pudiera impedirlo,
Soltarse en amargas lágrimas
Y mal ahogados gemidos

Que iban á tener un eco
En el corazón del niño,
Que, sea dicho, á ella tenía
Atento siempre el oído,

Y que, saltando del lecho,
Con sus besos y cariños
Iba al de ella á consolarla,
También llorando hilo á hilo.

Pues *Fred* (ése era su nombre,
Ya veis, el de vuestro amigo).
Nació triste, lagrimoso,
De corazón enfermizo.

Creo que andaba en once años;
Es la edad en que los niños
Juegan, saltan, travesean,
Por sabio higiénico instinto.

Pero él no. Que así lo fuese
De nación, ó ya influído
Por las escenas domésticas,
Lo cierto es que era distinto.

Aunque jovial, taciturno,
Meditabundo, sombrío,
Parecía tener sólo
Para lo triste sentidos;

Y asomaba donde quiera
Como inquieto duendecillo,
Los dolores de la casa
Buscando para gemirlos;

Y una vez que algo le hería,
Fingiendo aspecto tranquilo,
Apartábase; mas era
Para llorar sin testigo;

Como esa ave de los trópicos
(No sé dónde lo he leído)
Que sale sola de noche
Á gemir en los caminos.

Las fatigas de su madre
Y forzado desaliño;
Ver que su padre llegara
Con semblante pensativo;

Oír llamar á la puerta
Y, al abrir, ver con su libro
Al recaudador de impuestos;
Todo á llorar impelíalo.
Una vez que con su madre
Estaba á solas, la dijo :
— Madre, tú no vas ni á misa...
¿ Por qué ?
— No puedo, hijo mío;
Ni Dios me lo carga en cuenta,
Porque él conoce el motivo.
— Y yo también : que no tienes
Zapatos... ¿ Crees que no he visto
Cómo andas ? ¡ Tú tan buena !
¡ Madre mía ! — Y esto dicho,
Se le echó encima llorando;
Majaderías de niño :
Afligir más á su madre...
Así fué, llorar la hizo;
Y en tanto que lo calmaba
Y lo llenaba de mimos,
Le instó que de ello á su padre
Guardase un secreto estricto,
Pues agregar no quería
Aflicción al afligido.
Calló; mas desde ese instante
Púsose á solas consigo,
Para comprarle calzado,
Á discurrir el arbitrio.

Desde luego vió que el tiempo
Érale lo más preciso;
Pero ¿ y la escuela ? Pues nada,
No ir; punto decidido.

Por lo demás, probaría,
Yendo á la estación de Kilburn,
Si ganaba unos chelines
Como cargador de líos,

De balijas y maletas,
Oficio de algunos chicos
Más ó menos de su porte;
Y así su plan dejó listo.

En aquello, solamente
Echó de ver un peligro :
Que dijesen á su padre
Que estaba haciendo novillos;

Porque la escuela, el estudio,
La educación de su hijo
Era toda su esperanza
Tras el naufragio corrido.

Mas, nada, al siguiente día
Puso en obra su designio —
Á las cuatro, ya tocaba
Sus propósitos fallidos.

La competencia era mucha;
Los livianos paquetillos,
De otra parte, casi siempre
Los llevan sus dueños mismos.

Con los otros, no podía...
El ensayo una vez hizo
Y echóse un baúl á cuestas;
Mas el peso era excesivo :

Á los diez ó doce pasos
Doblóse y á tierra vino,
Un mar de lágrimas hecho
Y de vergüenza encendido.

Por dicha se las había
Con un hombre compasivo,
Que le dió un chelín, y el fardo
Á otro para conducirlo.

Renunció á cargar maletas,
Y echó por otro camino :
El de hacerse limpia-botas,
Que vió menos duro oficio.

Aquel chelín, agregado
Á dos antes reunidos,
Era suma suficiente
Para comprar los avíos,

Los cuales se reducían
Sencillamente á un banquito
Para los pies, una caja
De betún y dos cepillos.

¡ Qué de momentos amargos
Le esperaban ! Al principio
Los compañeros del gremio
Se le mostraron adictos.

Ya viesen en su persona
Que era un niño bien nacido,
Ó lo supiesen, tratábanlo
Respetuosos y benignos.

Mas eso dura muy poco;
Desvanecido el prestigio
Con el roce y la confianza,
Se alzan los malos instintos.

Golpeábanlo con saña,
Era el blanco de sus tiros,
Le tiraban del cabello,
Le manchaban el vestido.

Uno solo era su escudo,
Su defensor y su amigo,
Que á raya logró ponerlos
Por ser más fuerte y crecido.

Billy (que así se llamaba).
Le prestaba otro servicio :
El de guardarle en la noche
La caja con los cepillos.

Él era su confidente
Y el único que el motivo
Conocía y el secreto
De su afanar y su ahinco.

¡ Qué padecer ! Pero todo
Lo sufría; lo temido
Era la vuelta á su casa
Y encontrarlos en aviso

De su fuga de la escuela,
Ó le viesen el vestido
Manchado. De esto advirtióse
Su padre un día, y le dijo :

« Vé bien, Fred, con quien te juntas;
No has de tener más amigos
Que los de casa, tus padres;
Y así estarás siempre limpio. »

Con la protección de Billy
Juntó al fin lo requerido :
No quiso dar á su madre
Sino calzado muy fino.

No cabía de contento;
Esa tarde, sin ser visto,
Se procuró las medidas
Y las guardó en el bolsillo.

¡ Qué bien durmió aquella noche!
¡ Y qué grande regocijo
Cuando entró por la mañana
Con su paquete escondido!

¡ Oh! ¡ si hablando esos botines
Á la madre hubiesen dicho
Que eran fruto de estropeos,
De lágrimas y gemidos!

Pero ¿ qué es lo que no alcanza
De las madres el instinto?
Cuál era, no lo sabía,
Mas presintió un sacrificio.

— ¡ Fred, Fred, hijo de mi alma
(Dijo, con él comprimido
Contra el corazón), ¿ qué has hecho ?
¡ Y tan costosos, tan finos !

¡ Qué bueno eres ! ¡ Mas mira,
Me da dolor, hijo mío !
Debes haber trabajado
Tanto para conseguirlos...

¿ Y cómo ?... ¡ Qué virtüoso ! —
Y en impulso irreflexivo,
Fué á su marido á mostrarlos,
Como blasón de su hijo.

Leyendo estaba el *Standard*
Cuando ella entró : — Vé el prodigio
Que ha hecho Fred (le dijo). ¡ El pobre !
Mira lo que me ha traído :

Él no comprende, sin duda,
Que yo nada necesito,
Porque es ya tenerlo todo
Estar con él y contigo.

Dejó caer el periódico,
Púsosele el rostro lívido,
Y quedó por un instante
Como en estupor sumido.

— ¿ Dónde crees tú que pudiera
Hallar dinero ese niño ?
(Díjola después, temblando
Y los puños comprimidos)

¡No haber nacido quisiera!
Miro á mis pies un abismo...
— Pero ¿qué hay? (díjole ella)
El alma tengo en un hilo...

— Vé el *Standard,* lee ese suelto...
— No quiero ver nada, dímelo...
— Han robado en esta calle
Á un zapatero, aquí, en Clifton...

— Pero ¿y qué importa? ¿Estás loco?
— Han hecho el robo unos chicos,
Han cogido dos, aun faltan
Algunos más, y persíguenlos.

— Bien, pero... ¿y qué te imaginas?
¿Serías capaz...?
— No imagino,
Me resisto... mas, tú sabes...
Las compañías...
— ¡Dios mío!!! —

Oyó la horrible sospecha
Fred desde el cuarto vecino,
Y cayó de hinojos, trémulo,
Tal como de un rayo herido.

Lo de la escuela asaltábalo
Poniéndolo en un conflicto,
Porque estaba á todo trance
Á callarlo decidido.

— ¡Ver á mi hijo acusado
De vergonzoso delito!

(Continuó) Será inocente,
Mas que lo pruebe es preciso.
Y si por desgracia nuestra
Fuese cierto, vé ese escrito...
¡Haré mi deber! Tú sabes
Que *árbol que crece torcido...*
— ¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Calla!
— Oye
(Dijo hablándola al oído)
Voy con él á verme á solas;
En que se explique confío.
No te alarmes; si vacila,
Por el temor del castigo
Confesará. En todo caso,
Si es tu hijo ¿no lo es mío? —
Ahogó un rugido la madre,
Y hechos los ojos dos ríos,
En un sillón, extenuada,
Hundió su cuerpo rendido.
Él de Fred entró en el cuarto
Y tras sí corrió el pestillo;
Encontrarlo de rodillas
Le pareció mal indicio.
Mas hablóle dulcemente
Y con semblante benigno
Excitándolo á calmarse
Y claro todo á decírselo.
Rechazada toda culpa
En proceder tan indigno,

Calló, de pisar huyendo
Terreno resbaladizo.

Y otra vez y quince y veinte
Volvió el padre á requerirlo,
Y ni una palabra sola
Adelantó de lo dicho.

Aquel silencio obstinado
Lo iba sacando de quicio
Y convirtiéndose en prueba
Del sospechado delito.

Exasperado, severo,
Ponerle más miedo quiso,
Y, por vía de amenaza,
Lo despojó del vestido.

¡Qué tormenta en uno y otro!
Aquel niño era su ídolo;
Pero ¿y su deber? Ya estaba,
Si no confeso, convicto.

Él no culpaba á su padre,
Antes bien compadecíalo
Por el dolor que le diera
Imponerle aquel castigo;

Y traía á su memoria,
Para hallar fuerza á sufrirlo,
Que era el amor á su madre
La causa de su suplicio.

¡Pobre padre! No sabía
Su inocencia y su heroísmo...

Lo flageló duramente...
Muy duramente... Á sus gritos,

Otros fuera respondieron,
Dolorosos alaridos,
Golpes contra el cuarto : era
La madre queriendo abrirlo.

Cual vese en las tempestades
Crecer, hincharse los ríos,
Su noble sangre italiana
Hirvió, subió, ahogarla quiso :

La paloma se hizo buitre,
Hiena la cierva se hizo ;
Forzó la puerta, lanzóse
Desesperada hacia el niño;

Y en tanto del brazo izquierdo
Lo protegía, extendido
El otro al padre, y midiéndolo
Con mirar de basilisco,

Arrojóle un mar de injurias,
Lo echó fuera, lo maldijo,
Maldijo el deber, la honra,
Y á Inglaterra y á sus hijos.

De Fred los impulsos eran,
En aquel momento crítico,
Ir á besar á su padre
Y, á sus pies, todo decírselo.

Mas pensó que ya en tal punto
Declararle lo ocurrido

Era crüel, era hundirle
Más en el pecho el cuchillo.

La madre, cual la pantera
Que lame al cachorro herido,
Besó una á una en su espalda
Las señales del martirio.

Sollozos soltando y lágrimas,
Procede luego á vestirlo.
Á levantar fué del suelo
Su rasgado trajecito,

Cuando, bajando los ojos,
Vió caer, al sacudirlo,
Un papelito doblado,
Muy doblado : era el recibo,

La cuenta del zapatero,
Que aun estaba en su bolsillo.
Lloró aùn más, y echóse fuera
Á mostrarlo á su marido.

— ¡ Mira ! (le dijo) lee, monstruo,
La inocencia de mi hijo.
¡ Dí ahora que fué el dinero
Lo que se robó... sí, dílo !

Pero hay un Dios de justicia,
Y él aclarará asimismo
Lo demás. — ¡ Mi hijo no roba !
¡ Él tiene mi sangre, ¡ inicuo ! —

Él no respondió una sílaba,
Estaba triste, sombrío,

Mas con la firme conciencia
De haber su deber cumplido.

No hubo forma que la madre
Recobrase el equilibrio
De su ánimo y cesara
De agraviar á su marido.

¡ La sacudió de tal modo
Aquel golpe intempestivo !
¡ Removióle tantas fibras,
Tantos tormentos dormidos !

¡ Cómo ella, la abnegada,
La de tantos sacrificios,
Por todo premio tenía,
Aquel dolor infinito !

¡ Cómo venir á ser causa
Del tormento de aquel niño
Que cubrir sus pies quería
Inmolándose á sí mismo !

Aquel día y el siguiente
Nada aplacó su delirio;
Su indignación era insania,
Sus conceptos desatinos.

Billy, el chico limpia-botas,
De Fred defensor y amigo,
El que en su casa en la tarde,
Le guardaba los avíos,

Viendo que Fred no volvía,
Asomó á la puerta, tímido;

Del padre de Fred hallóse
Á su frente el rostro altivo.

Retroceder no podía,
Y tuvo, al ser requerido,
Que decir que á Fred llevaba
Su cajita y sus cepillos.

— ¿ Á Fred ? ¿ Qué es eso ? — La madre,
Que oyó el nombre de su hijo,
Voló exhalada á la puerta,
Y obligó á explicarse al chico.

Por Fred de todo enterado,
Y mal no viendo en decirlo,
Sin omitir pormenores
Les refirió lo más mínimo.

Pecho humano lanzó nunca
Como el de la madre un grito;
El padre, herido al relato,
Vino á tierra sin sentido.

¡ Qué desastre en esa casa
Tras ese accidente vino !
Billy al punto trajo un médico,
Á quien contó lo ocurrido.

Hecho un detenido examen,
Y el tratamiento prescrito,
Dijo claro, sin rodeos,
Que hallaba el caso perdido;

Que en reposo le guardasen
Para alejar el peligro

De que volviese el acceso,
El trance definitivo.

Eso colmó ¡ pobre madre !
La agitación de su espíritu,
Que ella no tuvo en la vida
Otro amor que su marido.

No resistió más su mente...
Rompió en aúllos y gritos,
Rió, lloró, cantó á un tiempo...
¡ Perdió el juicio ! ¡ Perdió el juicio !

¡ Qué escenas tan dolorosas
Siguieron luego ! ¡ Dios mío !
¡ Con qué extremos, desolada,
Besaba aquel rostro lívido !

Postrada junto á su lecho,
Como un pecador contrito,
Le perdonase rogábale
Los agravios inferidos.

Ya atormentada mostrábase
De remordimientos íntimos
Por ellos, y ya de súbito,
Tomando opuesto camino,

Á arrojárselos volvía
Y á echarle en cara el castigo
De su hijo, y á execrarlo,
Presa de impulsos ferinos.

Era aquello día y noche,
Un vociferar continuo

Que ante la casa tenía
Siempre grupos detenidos.

Un Padre del Oratorio
De Brompton, lejano primo
Del padre de Fred, fué el único
Que les prestó algún auxilio.

No alguno, mucho. En la casa,
El pobre, á instalarse vino,
Y á todo, à todo suplía
Paciente y caritativo.

No mejoraba el enfermo,
Se la pasaba sumido
En estupor, mustio, pálido,
Y los párpados caidos.

Una mañana sintióse
De un coche á la puerta el ruido
Y el aldabôn que sonaba
Con golpes imperativos.

¡ Quién podrá ser ! ¿ Quién ? ¡ Oh cielo !
El médico del distrito :
Fué á examinar á la loca,
Por queja de los vecinos.

Bastóle verla y oírla...
El fallo fué decisivo...
Al otro dia llamaron
Á la puerta unos esbirros.

Era el dos de Agosto, un tiempo
Fecha de gran regocijo

En aquel hogar, porque era
De la madre el natalicio.

¡Hoy hace diez y ocho años!...
Pues en tal día, este mismo...
¡Oh crueldades de la suerte!
¡Oh misterios del destino!

Atropellando por todo,
Mostrando apena un escrito,
Ponen sus dedos de hierro
En torno á sus brazos níveos,

Agárranla brutalmente,
Y, con pecho empedernido,
La arrancan de aquella casa
De sus virtudes testigo.

Desmelenada, luchando
Y á Fred los brazos tendidos,
« ¡Fred! ¡Fred! ¡Fred! ¡ven! (le gritaba)
¡No dejes llevarme, hijito! »

Pero Fred se rabatia
Entre los brazos prendido
Del sacerdote, que á una
Daba atención á su primo.

Éste quiso incorporarse;
En su impotencia, dió un grito,
Vió al cielo, soltó dos lágrimas,
Y con ellas el espíritu.

El Padre del Oratorio
Á Fred se llevó consigo;

¿Qué iba á ser de él en el mundo
Después de tan gran martirio?
¡Y ella, sin padres, sin patria,
Viuda, loca... en un asilo,
Maltratada por extraños,
Y clamando por su hijo!
¡Infeliz! No duró mucho;
Ángel nacida, ¡oh destino!
Murió, murió como un perro...
— ¿Y Fred, Fray Edmundo?
— ¿El hijo?
¡Debe no tener entrañas,
Ó el corazón como un risco,
Cuando vive todavía!...
No, que está muerto, aunque vivo.
Aquel Padre, su pariente,
Lo educó; luego el Obispo
Monseñor Capel, hablóle
Por él al Padre Pacífico;
Y así vino á echarse el hábito
Y el cordón de San Francisco;
Mas todas sus indulgencias
Darlas á su padre quiso;
Su nombre tomó en la Orden
Desde que sus votos hizo,
Y hoy lo llaman... Fray Edmundo...
¡Rogad por él, hijo mío!

Caracas, Abril de 1894.

EL CANTO DE PRIMAVERA

(Á JOSÉ ÁNGEL PORRAS)

En las comarcas que el Janeiro baña,
Campo vecino á la opulenta Río,
Donde el naranjo, el cocotal, la caña,
El acimboga y el banano umbrío
En verde varios y de forma extraña
Son gala del invierno y del estío,
Sus blancos muros y sus techos yergue
Gentil morada, del placer albergue.

Del acimboga allí los azahares
Sin tasa al aura su fragancia entregan,
Contra el bochorno y el rigor solares
Su parasol los plátanos despliegan;
En tanto que en sus flecos los palmares,
Á las brisas del mar, que en ellos juegan,
Fácil teclado ofrecen, noche y día,
Donde entonan sonoras su armonía.

De la oculta mansión la blanca frente
Sobre las copas descollar se mira,
Acaríciala el sol desde el oriente,
Le da su adiós cuando en ocaso espira;
De mariposas mil, tropel luciente
De ella en contorno desde el alba gira,
En la noche la luna la platea,
Y el fresco ambiente de la mar la orea.

Á sus balcones, al pradal tendidos,
Prestan color, fragancia y ornamentos,
Del campo hasta sus hierros suspendidos,
Florecidos selváticos sarmientos;
Mientras como los linos sacudidos
En alto mastelero por los vientos,
Vese flotar al aura que la llena
La gasa que al salón la lumbre pena.

Es del plácido hogar habitadora
La bella Herminia, del Brasil diamante:
El azul de sus ojos enamora,
Es red su áureo cabello á el alma amante;
Todo cuanto la cerca se colora
En la risueña luz de su semblante;
Entre música y fiesta y canto y danza
Corre su vida en dulce bienandanza.

Aquí un cristal espléndido se inclina,
Allá se extiende pérsico tapete,
Allí lucen jarrones de la China,
Acá pieles se ven de tafilete;

Un mar de luz el ámbito ilumina,
Llena el aire suavísimo pebete;
Y de vibrante Pléyel se derrama
Sonoroso raudal que el alma inflama.

¡Qué aérea luce la gentil morada!
Ya la luna le dé su luz pajiza
Ya en púrpura la inunde la alborada,
La gruta de una silfa simboliza;
Parece por un genio trasportada
De los montes poéticos de Suiza
Encantamiento á ser de la Rïeña
Que sólo fiestas y placeres sueña.

No era la hermosa Herminia como aquella
Que dejando las torres del pagano,
De Tancredo siguió la ansiada huella
Al enemigo campo del cristiano;
No del amor la vívida centella
Prende en su corazón delirio insano;
Pasada esa borrasca, su deseo
Dió fondo en el mar muerto de Himeneo,

Y apenas cuenta veinticinco abriles;
Mas nunca de Heloisa ni Julieta
Los amorosos ímpetus febriles
Tornar pudieron su cabeza inquieta;
De sentimientos dulces é infantiles,
Del niño á los caprichos se sujeta:
Las bellas artes, la amistad, las flores,
Sus ilusiones son y sus amores.

Por eso en su salón el viento aprende
Y las lleva por valle y praderías,
Esas que de la Italia, mar allende,
Orgullo son, celestes melodías;
Y las no menos nobles que desprende
De su pecho el germano, ya sombrías,
Ya festivas, ya graves, ya veloces,
Del corazón y el alma siempre voces.

¡Y la amistad, las flores!... que lo diga
Su fragante vergel, do en copia varia
Lucen el albo lirio y la áurea espiga
Con la mística, humilde pasionaria,
Donde el jazmín que Malabar prodiga
Se enlaza con la rosa de Bucaria,
Y el tulipán del Asia no desdeña
Á la nívea azucena brasileña.

Digan de su amistad las bellas flores
Que entre acirates verdes encerradas
Vense de un nombre, en vívidos colores
Las letras dibujando enamoradas;
Pues con ella por prado y por alcores,
Con ella en sus artísticas veladas,
Es la donosa, la gentil Corina
El astro que sus dichas ilumina.

Mas no era, no, Corina solamente
Quien de Herminia el afecto dividía;
Sin daño ni mancilla del que ausente
Su corazón y mano poseía,

Veíase en su hogar asiduamente
Con ambas en privada compañía
Á un caballero á quien el vulgo todo
No juzgaba, en vedad, del mejor modo.

En su belleza tórrida Corina
Con la infantil Herminia contrastaba;
Á su talle la América latina
La gentileza de sus palmas daba;
Los ígneos rayos que su sol fulmina,
De sus volcanes la candente lava,
Fúlgida chispa á sus miradas dieron
Y una hoguera en el pecho le encendieron.

De ese temple á despecho, su semblante
De languidez bañado aparecía;
Tal vez le daba el clima aquel talante
De indolente molicie en que se hundía,
Ó bien su corazón, no muy distante,
Del amor la tormenta presentía,
Y sus nubes en banda tempestuosa
Pesaban ya sobre su frente hermosa.

¡Corina era bellísima! su frente
La de la diosa de Citeres era;
Cual la suya, ondeante y reluciente,
Se anudaba la negra cabellera,
Sobre la cual la luz alternamente,
En visos que pintar inútil fuera,
Juegos de claro-oscuro producía
En que el amor á ocultas sonreía.

Al apuesto doncel treinta y tres años
Ajustarle podemos. Le llamaban
Simplemente *Valmiro*, tanto extraños
Como Herminia y Corina, y le asombraban
(Si no era el vulgo víctima de engaños)
Hechos que repetidos se abultaban
Hasta juzgar regida su existencia
Por siniestro poder de ignota esencia.

Qué hubiese él hecho á merecer tal cargo,
De dónde proviniese la sombría
Superstición que filtro tan amargo
Mezclaba á su vivir, no se sabía.
Él era un extranjero; sin embargo,
El pueblo en su dictamen persistía,
Y oponerle razones no era dable :
Fallo del pueblo es fallo inapelable.

Lo cierto es que Valmiro no es un hombre
De vulgar apariencia; que á su paso,
Se hace preciso preguntar su nombre,
Su origen, su país; que no hay, acaso,
Á quien la intensa palidez no asombre
De su sien, como el cielo en el ocaso,
Quien el extraño influjo no reciba
De su faz dolorosa al par que altiva.

Valmiro vió la luz, duda no cabe,
En alguna región del mediodía;
Dónde, se ignora; cuanto Herminia sabe
Es que le fué recomendado un día

Por un viejo marino en cuya nave,
« El Cóndor », al Brasil llegado había;
Éste le halló en Bengala; y sólo pudo
Añadir que con él viajó á menudo.

Pero Herminia jamás prestó acogida
Á aquellas tan siniestras prevenciones;
Encontróse, antes bien, tan avenida
Con su amistad, su trato y sus acciones,
Fué tanto el ascendiente que en su vida
Cobraron sus ideas y opiniones,
Que objeto de arte ó lujo no estimaba
Si el voto de Valmiro no alcanzaba.

Ya de Herminia la angélica dulzura
Hubiese desarmado su reserva
(¿Á qué fiera, no humana criatura,
No vence al cabo la bondad y enerva?)
Ó fuese en realidad una impostura
Del vulgo necio la opinión acerba,
Ella un hombre encontró, bajo aquel bronce,
De un corazón cual nunca vió hasta entonce.

En él la elevación del pensamiento
Al más llano lenguaje se adunaba;
La experiencia del mundo, al sentimiento
De su pecho de niño no dañaba;
Como si tan fatal conocimiento,
Que al alma postra y la ilusión acaba,
Por no alterar su origen primitivo
Fuese en él revelado ó instintivo.

Á dotes tales un caudal unía
De saber excesivo, sorprendente
Cuando la vida apenas emprendía,
Bien que viajando estaba asiduamente;
Mas era en bellas artes que excedía,
Y era tan justo entonces y elocuente,
Que escrito, cuadro ó canto interpretara,
El verdadero autor se le juzgara.

Era el sábado el día designado
Para obsequiar la amable cortesana
De la imperial ciudad lo más granado;
Cerrado en lo demás de la semana
Su espléndido salón, sólo á su lado
En trato afable y confidencia llana
Á Corina y Valmiro se veían;
Y más los tres en amistad se unían.

En vano Herminia pretendió hacer gala
De tan notable adquisición; Valmiro
Sólo en privado concurrió á su sala;
Y si no de algún campo en el retiro,
Ó de la negra noche bajo el ala,
Cual nocturno fantasma en lento giro,
Nadie á la luz en público paraje
Vió jamás al extraño personaje.

Mas ¿de dónde, con tal misantropía
Que del mundo y los hombres le alejaba,
La cordial deferencia provenía
Con que á Herminia y su hogar exceptuaba?

Á la verdad regirle parecía
Misterioso poder que él acataba;
Así tiembla, y su faz muda y se altera
Cuando á Corina ve por vez primera:

Hiélasele la sangre, se estremece,
Le es preciso apoyarse, vacilante...
¿Qué facciones son esas que parece
Tomar para aterrarle ese semblante?
Su mismo nombre su pavor acrece...
¿Qué sombra es la que teme ver delante?
Y Herminia nada vió; no así Corina.
¿Qué mujer no sabrá cuando fascina?

Y no era efecto, no, de su hermosura
La impresión de Valmiro, ni era un sueño;
Mas, borrada en Corina la figura
Que tan hondo terror puso en su ceño,
Darse él razón de su ilusión procura
Y explicarse el misterio; vano empeño;
La ve; todo pasó; su faz es nueva;
Mas desde entonces sus cadenas lleva.

Las lleva, sí, mas no las acaricia,
Tampoco las repele; intensa puna
En su pecho recóndita se inicia
Entre su corazón y su fortuna;
Que el poder misterioso que en él vicia
Toda fuente de bien, tal vez le aduna
Astuto en ese amor los elementos
De nuevos y más íntimos tormentos.

En él dos voluntades alzan lucha,
Una impulsando y otra resistiendo :
Ora al amor, ora al temor escucha,
Ya deseando amar, ya amar temiendo :
Nube de mucha luz y sombra mucha
Alternativamente, ya el tremendo
Rayo va á descargar, y se contiene
Y en su seno candente lo retiene.

Como el volcán que roe el seno estrecho
Del monte que lo encierra, así sentía
Devorarle Valmiro interna el pecho
La pugna que tenaz en sí escondía.
Mas el opuesto choque, á su despecho,
Siempre fúgida chispa despedía
Que una hoguera á prender iba incendiara
De Corina en el alma solitaria.

Es desde aquella noche, que á su turno
Asidua más y más se ve á Corina
Que al último crepúsculo diurno
Á la mansión de Herminia se encamina;
Pronto dentro su pecho taciturno
Vibra una voz que á descifrar no atina,
Y de Valmiro á ella fl[illegible] siente
Invisible magnética corriente.

Y también lucha y resistir pretende,
É indiferente faz muestra á Valmiro;
Mas cuando de ella su mirar desprende,
Desfogando su pecho en un suspiro,

Sobre él sus ojos que el amor enciende
Clava y vuelve á clavar en fugaz giro,
Cual su volar la mariposa aviva
En torno de la luz que la cautiva.

Tal á su vez Valmiro; en su recelo
De que el genio del mal que le amagaba
Alcanzase á Corina, el hondo anhelo
De su amoroso pecho disfrazaba.
Aun hizo más; sin levantar el velo
Que su incógnita vida rebozaba,
Hízoles comprender que oculto arcano
Le vedaba al amor rendir su mano.

¿Pero tal prevención le bastaría
Para alcanzar el anhelado fruto?
¿Y su mismo desdén, no empeñaría
Todas las artes del amor, que astuto
Toma á punto el vencer la rebeldía
Del que negarle intenta su tributo?
¿Le faltará al rapaz un artificio
Con que impulsarle ciego al precipicio?

Y él también la esquivaba frente á frente;
Mas cuando sin ser visto, como ella,
Vagar dejaba su mirada ardiente
Por aquel rostro encantador y aquella
Hermosa cabellera reluciente,
Y aquellos ojos en que amor destella
Con su divina luz, astros gemelos
Que hablan del paraíso y de los cielos;

Y aquel labio de púrpura tocado
Que entreabren sonrisas que enajenan,
Cual rojo tambarillo mal cerrado
Que deja ver las perlas que lo llenan;
Y las róseas mejillas, y el torneado
Pecho donde cual olas que se enfrenan
Y á hincharse vuelven á merced del viento,
Se agitaba amoroso sentimiento;

¡Oh! entonces, loco, su cabeza ardia,
Su pecho ahogado respiraba apenas;
La dicha con Corina entreveía,
Y destrozar queriendo las cadenas
Que el vano mundo á entrambos imponía,
Sin lazo el alma, el corazón sin penas,
Á ignorada montaña hubiera ido
Con ella á sepultarse en hondo olvido.

Tras esa exaltación frecuentemente
Le asaltaba el recuerdo de amargura
De que su amor, como fatal simiente,
Sembró doquier pesar y desventura;
Y temiendo anublar aquella frente
Que plugo á Dios hacer tan casta y pura,
Del cielo de su amor y su idealismo,
Rodaba del dolor al hondo abismo.

Sólo cuando ese torvo pensamiento
Como fiero mastín en él dormía,
Alcanzaba solaz; y en tal momento,
Aun feliz se juzgaba en compañía

De Herminia y de Corina, ora al acento
Soñando de una dulce melodía,
Al Tasso y Víctor Hugo ora leyendo,
Ya historias de sus viajes refiriendo.

Ni una frase de amor, ni una mirada
Jamás Corina de Valmiro obtuvo;
Él á la voz del corazón, sellada
La puerta siempre de sus labios tuvo;
Mas ella, á su pesar, tan dominada
Por Valmiro á la fin de hallarse hubo,
Que era como un espejo solamente
De las *nubes* ó *auroras* de su frente.

Hoy estamos de aurora, le decía
Herminia á él cuando jovial, sereno
De Valmiro el semblante aparecía,
Como si en lo secreto de su seno
Hubiese hecho á su alma, santa y pía,
Una oferta de paz un ángel bueno;
Y de ella entonces el aspecto era
El del campo al sentir la primavera.

Tenemos nubes hoy, era la frase
Cuando pálido el rostro y contraído
Por doliente expresión, cual si mirase
Á sus ojos alzarse enfurecido
Arcángel vengador que le aterrase,
En silencio tenaz estaba hundido,
Pero silencio tal, que en él se oía
La interna voz de tempestad sombría;

Y entonces, á su vez, muda, doliente,
Corina era la estatua silenciosa
De la Desolación : era su frente
Como el cielo en invierno; y en la hermosa
Franja de sus pestañas, el pendiente
Llanto que sujetaba pudorosa,
Brillaba cual la lluvia que recama
Del tamala oriental la negra rama.

Herminia la infantil, que poco había
Del don de penetrar los corazones,
De diversa manera recibía
De Valmiro los raptos é impresiones.
Cuando él daba á volar su fantasía
Libre por las fantásticas regiones
De lo ideal, do le impulsaba ciego
De su excitado corazón el fuego,

Por el impulso mágico movido
De las divinas artes, y su acento,
Como el de una sibila enardecido,
Revelaba locuaz cuanto portento
De armonía y de luz desconocido
Hallaba en su volar su pensamiento,
Herminia se gozaba, y le era pasmo
Lo que juzgaba artístico entusiasmo.

« ¿ Pero qué tenéis hoy? » — « ¡ Virgen ben
« ¡ Si sois un niño ! » — « ¡ Vaya ! ¡ que locuras ! »
Era la cantinela favorita
De Herminia entonces, que se hallaba á oscuras

Sin la luz del amor, viva, infinita;
Mientras Corina allá por sus alturas
Sigue á su mente en su exaltado arrobo,
Como en los aires la barquilla al globo.

—

Éranse algunos meses ya corridos,
Y aparente quietud los halagaba,
Cuando signos después no desmentidos,
Vinieron á anunciar que se acercaba
Negro nublado á pasos desmedidos
Y que la tempestad que refrenaba
Con violencia Valmiro interiormente,
Estaba á punto de estallar rugiente.
Ya más cargar Valmiro no podía
Con las cadenas que se impuso estrechas;
El amor hábilmente le movía
Con sutiles pretextos y sospechas
Que á su alma, sagaz, llegar hacía
Como á artillada plaza; hendido en brechas
Ver esperaba su bastión no tarde,
Y en él depuesto el insensato alarde.
Así mandó al orgullo que se entrase
Recto en su corazón, con planta artera,
Y en secreto á Corina le pintase
Bronce al afecto, al interés de cera;
Tal fué como alcanzó que él la juzgase
Esquiva para el hombre en quien no viera
Esa esperanza sonreír, que augura
Estable realidad, si no ventura.

Al punto el amor propio, en él herido,
Como altivo león ruge en su pecho,
Mientra el ciego rapaz, cerca escondido,
Suelta la risa y salta satisfecho.
Mas ¿no era tal su afán, ó era mentido?
¿Por qué su indignación y su despecho?
¿Ese desdén que imaginaba en ella,
No lo pidió solícito á su estrella?

Mas piensa que el dolor que le maltrata
El desengaño sólo se lo envía,
Juzgándola también de esa insensata
Femenina falanje, mercancía
En pública almoneda, que remata
El postor que más lleva á la porfía,
Que al *corazón* más noble hacen desprecio
Cuando *la mano* les alarga un necio.

Su indignación, ó su desdén, descarga
Contra el más bello ser que Dios hiciera,
Y no hay ultraje ni invectiva amarga
Que no lance sobre él su voz severa.
Corina en tanto que el dolor la embarga,
Ni una queja por sí suelta siquiera,
Que dél no espera merecer tal juicio,
Ó á bien lleva, por suyo, aquel suplicio.

¿Pero abriga Valmiro realmente
De la mujer tan infamante idea,
Ó es su fatal destino solamente
Quien el despecho amargo le acarrea?

Él, del baldón que les impugna ardiente
Jamás víctima fué, y aun tal vez sea
Más bien el caso oculto que le humilla,
De alguna galardón y dél mancilla.

No, no, menos que á nadie le era dado
Tal pensamiento á él : nadie sabía
Mejor cuánto ese ángel desterrado
Halla de duelo en la mundana vía,
Y que si infausto y triste fué su hado,
Pena fué de su ciega idolatría
Por ese dios falaz que les da sólo,
Cuando vergüenza no, martirio y dolo.

Ni tal piensa un artista : ¿cuál ha habido
Mejor eco á su voz é inspiraciones,
Que el que tienen sonoro y sostenido
En tan puros y nobles corazones?
El gran bardo francés bien lo ha sentido :
La mujer, ángel de celestes dones,
Refresca con sus alas protectoras
Esas ardientes sienes soñadoras.

Ni menos á Corina concerniera
La ingrata sinrazón : alma nacida
De lo ideal á recorrer la esfera,
Amar era el destino de su vida;
Y no alcanzaba que regir pudiera
Al amor la materia corrompida,
Que ésta reglas y ley á aquél dictase
Y á sus alas el rumbo señalase.

De Corina y su noble sentimiento
Acaso ría el corazón mundano
Que de llama brutal al torpe aliento
Niega al amor su origen soberano;
Que ve en él, sólo, irritador violento
De lo perecedero, de lo humano;
Que su noble destino niega á el alma
Y á la materia da toda la palma.

¡Ciego! la eterna dualidad no mira,
Etérea y material, que en todo existe:
Rigen al astro que en el viento gira,
La luz y el globo: su principio asiste
Á cada cual: al globo el suyo inspira,
Y germina y de nuevo se reviste:
Por el suyo la luz arde, chispea,
Brota, vuela y el éter señorea.

La flor tiene el estambre y el aroma:
Cada cual á sus leyes obedece:
Aquél, bajo el principio que le doma,
Tiende á la tierra vil donde perece:
Éste el camino de los cielos toma
Y en el viento por siempre desparece;
Alma así y cuerpo están bajo el auspicio
Del árbitro á sus fines más propicio.

Efluvios impalpables uno envía
Á la torpe materia y la enardece:
Otro, de luz, fragancia y armonía
Al espíritu inunda y lo embebece:

Exalta, enciende á aquél la cercanía :
Éste con la distancia se engrandece :
Donde una mengua, el otro se dilata :
Lo que al uno da vida al otro mata.

Hijo aquél de la tierra, á ella, incesante,
Cuanto de ella brotó llevar pretende :
Hijo del cielo el otro, el alma amante
Á la región olímpica suspende;
Y si éste, puro, angélico, brillante,
En impulso inmortal al cielo asciende
¿Cómo acatar de aquél la ley terrena
Que al lodo y á la muerte le condena?

¿Cómo Corina posponer pudiera
Dichas del cielo al interés menguado?
¿Ni á qué afanarse en inquirir quién fuera
Valmiro, ni de dónde era llegado,
Si de ello ya cuanto saber quisiera
Por el amor le estaba revelado,
Y en él cada mirada y cada acento
Le daban mayor fe, mayor aliento?

Ella amaba y no más, no calculaba :
Ella no razonaba, ella sentía.
¿Quién fuese?... Él era un alma que le hablaba
Un lenguaje que nunca oído había,
Á cuya voz su corazón temblaba
Y acorde como un eco respondía.
¿De dónde era llegado?... ¿pues de dónde
Puede un alma llegar? ¿á quién se esconde?

Y Valmiro en la tierra y en el cielo
Es todo su presente y su esperanza.
Su alma, abrasada de inmortal anhelo,
Al éter como el águila se lanza :
Su pensamiento en atrevido vuelo
Penetra allá doquier, todo lo alcanza,
Y el mundo ve á sus pies pobre y vacío,
Ufana del amor al poderío.

Ella no pide más á su existencia :
Con esa luz del cielo en sí escondida,
En la muda y secreta inteligencia
Que á Valmiro la une, en esa vida
Toda ideal y etérea, confidencia
Del alma con el alma, en que se olvida
Cuanto lazo y terrena ligadura
Nos encadena á la materia impura ;

Vida toda de amor, en que un acento
Que una trivialidad al hombre explica,
Dice cosas del cielo; en que el aliento
Que penado se escapa, acaso indica
Al torpe vulgo, que el nocivo viento
Su maléfico influjo verifica,
Cuando marca tan sólo los compases
Y el ritmo del amor, sus dulces frases;

En esa dulce vida ella tenía
Cuanta ventura concebir pudiera;
Y la turba vulgar que le ofrecía
Pompas y porvenir á su manera;

El imperio del mundo y cuanto había
De grande y poderoso, todo era,
Junto al tesoro de su amor, pequeño;
Toda su realidad era aquel sueño.
¡Y él la desconocía y la ultrajaba!...
No, no, ya lo hemos dicho, aquel lenguaje
De su indignado labio no encerraba
Contra Corina ni desdén ni ultraje;
El amor le impelía, y él luchaba
Con la pujanza del león salvaje:
Pero así niño Amor, y ciego y loco,
En rendir al león puso muy poco.

—

Á la luz de la luna macilenta,
Una noche, alta ya, deja Valmiro
La morada de Herminia. En marcha lenta
Sus pasos endereza á su retiro,
Como encantado en el fulgor que argenta
Cielos, prados y mar, y en el suspiro
Del aura que revuela rumorosa
De jazmín en jazmín, de rosa en rosa.
Mas en verdad, ni el aura fugitiva
Ni la pálida luna en tal momento
Sus sentidos tocaban; convulsiva
Al choque de su oculto pensamiento
Se abrasaba su sien en llama activa,
Y un ay! fugaz ó incomprensible acento
Que de su labio á veces se escapaban,
Su agitación intensa delataban.

Absorto en su pensar y distraido
Al través de un follaje se perdía,
Cuando en las hojas secas oyó un ruido
Como el de alguno que tras él venía.
Vuélvese, y nada ve; sigue, y su oído
Hiere el mismo rumor; de nuevo espía
De ello la extraña causa, y nuevamente
Silencio y soledad sólo ve y siente.

De pronto, allá distante, le parece
Que de una voz que canta el eco espira,
Y tiembla á tal sonido y se estremece,
Aunque cesa también y nada mira.
¡ Fatal indicio!... su delirio acrece...
Mas su terror á dominar aspira;
Y anhelando á sí propio darse calma,
Razones tales murmuró en su alma :

» ¡No, no, demente sólo es que he podido
Ascenso dar á esa ilusión nefaria
Y acatar un poder desconocido,
Un mito ó voluntad imaginaria
Á la que Dios, sin duda, no ha querido
Mi vida someter! sí, esa contraria
Sombra que rige mi existencia triste,
En mi turbada mente sólo existe.

» Ella le dió acogida en un momento
En que débil acaso y enfermizo
Mi espíritu, dejó sin su almo aliento
Á la materia vil, y el vano hechizo,

La funesta ilusión, estable asiento
Tomó en ella y un hábito se hizo...
¿Cuál fué mi culpa á merecer la pena
Que á la obsesión siniestra me condena?

» ¿Ó debí, de un amor que no sentía,
La llama simular por temor vano
De atraer sobre mí la ira sombría
De una mujer á quien el vulgo insano
Supersticioso encanto atribuía?
Objeto á tanto obsequio cortesano
¿Qué le importaba el viajador errante
Que nunca fué de su belleza amante?

» Ella, llamada á adormecer la vida
De regio sibarita, al artificio
De sus cantos y danzas : extraída
Del salvaje Hindostan, para el servicio
De una venganza pérfida escogida
Á causa de su infausto maleficio
¿Por qué olvidando su misión de acecho,
Blanco á su seducción buscó en mi pecho?

» ¿Fué el amor ó el orgullo, ó juntamente
Uno y otro la causa de ahinco tanto?...
Mas yo jamás la herí visiblemente
Con mi desdén... ¿lo adivinó? ¿El encanto
Que el hindo le prestaba, era realmente
Un poder de su alma, y entre tanto
Que con la vida del mortal vivía,
La región de las sombras recorría?

» ¿Era también su ser el de esos entes
Que nombre y patria en el Levante hallaron,
De sus propias cenizas renacientes,
Martirio á ser de los que más amaron?...
Almas perversas, labios maldicientes
Tal vez la infame fábula forjaron...
Hoy guarda ya la sepultura á Krina;
Mas su nombre me aterra y me fascina.
» ¡Y era, á fe, sorprendente la hermosura
Que á la falsa *Vestiatris* asistía! (1)
Aun recuerdo su garbo y donosura
Cuando al fastuoso camarín salía,
Cual la noche la rica vestidura
Sembrada de brillante pedrería,
Terciada la lujosa bandolera,
Que toda perlas y diamantes era;
» Y ora en festiva danza vaporosa
Desplegaba el poder de su donaire,
La mirada chispeante y voluptuosa,
El talle cimbrador suelto al desgaire;
Ya tañendo la *vina* melodiosa
Cantaba de la India un flébil aire,
Tan dulce y melancólico en su acento
Como el silbo monótono del viento.
» La red de sus cabellos apresaba
Los corazones en estrecho nudo;
Á mí tan sólo su beldad no hablaba,
Sólo mi corazón estaba mudo.

(1) Bayadera.

No sé mi vista en ella lo que hallaba,
Qué matiz á su tez sorprender pudo,
Qué risa estéril á sus labios rojos,
Qué vislumbre fatídica á sus ojos...

» Pero yo mismo sin querer doy rienda
Á ese medroso pensamiento insano...
¡No, no! esas tumbas que encontré en mi senda,
Lo sé, no han sido abiertas por su mano.
¿Quién á no ver la muerte tendrá venda!
¿Dónde con ella no encontró el humano?
Y sin embargo, aciaga coincidencia
Presentir me hizo siempre su influencia.

» Yo he creído mirarla siempre el día
Á mis grandes desastres precedente,
La sonrisa á la par dulce y sombría,
La mirada á la par fria y ardiente,
De la muerte y la vida pugna impía;
Y modulando esa canción doliente
Cuyo sentido en vano hallar ansio:
Dame tu corazón ó quema el mio.

» ¡Ah! y hora mismo por mis venas siento
Pasar hielo mortal que me entumece!
Débil, lacio quizá mi pensamiento,
Ó más fuerte, no sé (pues me parece
Que pierdo hasta de mí conocimiento)
En el aire fantásticos me ofrece
Seres y objetos sin color ni nombre,
Al trato extraños y al vivir del hombre.

» Sombra implacable que el camino tuerces
Á mi estrella con bárbara inclemencia,
Si me amaste en verdad ¿por qué no ejerces
Tu funesto poder en mi existencia?
¿Será á despecho tuyo que me fuerces
Á esta intensa tortura, á esta demencia,
Que me condenes fría, empedernida,
Al horrible suplicio de la vida?

» ¡Oh Corina! ¿y tu amor?... ¡No, no, ángel mío,
Vén, tiéndeme tus alas compasivas,
Quítame este funesto desvarío,
Yo no quiero morir mientras tú vivas!
Yo sabré recobrar el poderío
Que dió el cielo á mi alma, y las nocivas
Sombras que mis sentidos asaltaron,
Al abismo volver de do brotaron.

» Corina, astro de paz, iris de calma,
Puerto de mi esperanza y mi ventura,
Tu amor me llena de ilusión el alma,
Como el Abril los campos de verdura;
Él me conforta, y victoriosa palma
En la siniestra pugna me asegura.
¡Yo te amo, te amo y te bendigo!
¡Aun puedo ser feliz, feliz contigo!

» ¡Necio, necio de mí! ¿Cómo he podido
Ante ella ahogar de mi pasión el fuego
Y comprimir las ansias y el latido
De un corazón que la adorada ciego?

¡Necio, necio de mí! ¡Cuánto perdido
Instante de delicia y de sosiego
En un mundo en que el bien que al hombre halaga
Es como fatua luz que un soplo apaga! »

—

Á la tarde siguiente, y al momento
En que el sol majestuoso se ponía,
Al parecer reverenciando atento
Á la cándida luna que salía
En la opuesta región del firmamento
Y al homenaje regio sonreía,
Valmiro, en bienestar la faz bañada,
Presentóse de Herminia en la morada.
— Hoy estamos de aurora! (díjole ella)
¡Me place! ¡Mas, cuidado! vuestro cielo
Mientra al alba más vívido destella,
Más se cubre después de negro velo.
— ¡Al piano, Herminia! ¡id! ¡la noche es bella!
¡Yo no sé lo que siento, lo que anhelo!...
Ya el canto conocéis que me recrea;
Pero guardadlo, á que el postrero sea.
» ¡Cuando él deja en mi alma su sonido,
Yo no estoy en la tierra! y ¡ved si es poco!
Mendelssohn lo compuso poseído
De una voraz pasión, de un amor loco;
Díjeselo una vez, y sonreído
Hubo de confesármelo... No hay foco
Mas que el amor á tales concepciones,
Luz y voz de los grandes corazones.

» Quitárase el amor á un pobre artista,
Y convertido al punto se le viera
En una de esas aves cuya vista
La luz ofende. en el volar rastrera,
Torpe la voz, aunque interior la asista
El instinto del canto, y de era en era
Dando siempre, cansado y repetido,
Sordo, insonoro y gutural sonido.

» Por eso es el amor inseparable
De sus almas; planta anua que regida
De primavera eterna, inalterable,
Vive en su corazón siempre florida;
Á ellos es más que á nadie indispensabl
Amar y ser amados en la vida,
Si bien les basta amar para su gloria...
¡Su gloria!... ¡voz sarcástica, irrisoria!

» Por su gloria los hombres les desean
Cuanto amargo dolor fué concebido,
Porque inspirados del martirio, sean
Más gratos sus acentos al oído.
¿Mas, qué extranar si en tanto se recrean?
Al ruiseñor, con pecho endurecido,
Los ojos hieren por oirle luego
Más dulce modular su canto, ciego.

» Pobres almas nostálgicas del cielo,
Cuando al tormento su laúd estalla,
El mundo aplaude su fecundo duelo
Y aun crimen juzga el oponerle valla;

¡Y á fe que acierta en su inhumano anhelo!
El genio en el dolor su origen halla,
Como las perlas en el mal que postra
El nacarado seno de su ostra. »

Herminia, en tanto así Valmiro hablaba,
Medio vuelta hacia él, mas distraída,
En los tiples muy quedo jugueteaba;
Y ya grave, tronante y sostenida
Cual sonora cascada, comenzaba
Con firme pulso y limpidez cumplida
Una de Thálberg concepción maestra,
Cuando Corina en el salón se muestra.

— ¿Ves? Valmiro al piano me ha traído;
¿Cómo no complacerle?... ¡y con holgura!
El piano es un pilori temido,
Ó un trono de ufanías y dulzura,
Según que algún artista nos da oído,
Ó un necio que engañarnos se figura.
¡Y éstos piensan que no los conocemos,
Y más, que su martirio agradecemos!...

» Luego, cuando Valmiro me revela
Lo que él oye en un canto predilecto,
Y se enciende, y le da la tarantela,
Y á las nubes se va rumbo directo
Y como un ave por los cielos vuela,
Su delirio locuaz me hace el efecto
De las frases de un niño, al que una gota
De champaña enardece y alborota.

» Aquel verso que anoche nos leía
Con tanto encomio : *La pensée est un vin*
Dont les rêveurs sont ivres, se diría
Que fué para él escrito. Y pues también
Eres tú soñadora, Cora mía,
En tanto toco yo, que mal que bien,
Ve á apurar á tus anchas en tu asiento
El vino embriagador del pensamiento. »

— ¿Sabéis (dijo Corina) que he tenido
Un singular encuentro?... Pero luego
Os lo referiré. Te he interrumpido,
Herminia; continúa, te lo ruego.
Que oyéndote tal vez eche en olvido
Esto, que ya me da desasosiego...
No es ilusión, la noche está bien clara...
En fin, ya os lo diré... ¡Mujer más rara! »

Valmiro se volvió súbitamente
En Corina clavando la mirada,
Llena de sombras y terror la frente,
En los ojos chispeante llamarada;
Y siguiéndola en pos, maquinalmente,
Como al polo la brújula imantada,
Uno y otro se hundieron en su asiento
Cambiándose á la vez mirar y aliento.

— ¡Por Dios, Valmiro! ¿qué tenéis? — muy q
Casi en su oído murmuró Corina —
¡No me miréis así... me ponéis miedo! »
Y al timbre de esa voz que le fascina,

De la voz de los ángeles remedo,
Nada Valmiro á responder atina;
Pero trocado su terror en calma,
Al amor entregó toda su alma.

Herminia continuaba indiferente
La sonata de Thálberg. Él no era
En la escuela alemana, ciertamente,
De los que más Valmiro prefiriera;
Pero debiendo Herminia en ascendente
Gradación proceder, para postrera,
Aun sin súplica dél, guardado habría
De Méndelssohn la ansiada melodía.

Frühlingslied el tudesco la apellida,
Canto de primavera el castellano.
Ella fué de Valmiro conocida
En manuscrito aún, de lo que ufano
Se holgaba él, y que la oyó vertida
Del mismo autor por la inspirada mano;
Después, aquende el mar, tiempo corrido,
Su encanto Herminia revivió en su oído.

Y como fué cuando por vez primera
Á sus ojos Corina se ofrecía,
El favor se dobló que antes le diera.
¿Qué prestigio no da la fantasía,
Cuando el amor en nuestro pecho impera,
Al ruido más vulgar? ¿Pues qué sería
De esas dos almas al alzar el vuelo
En alas de esa música del cielo?

Era la misma primavera hermosa
La que en aquellas notas les hablaba,
Que de galas y flores ostentosa
Los campos á correr los invitaba,
Y en sus fragantes libros de oro y rosa
En dulce voz á amar los enseñaba,
Como de dos en dos por monte y prado
Todos los pajarillos ha enseñado.

Valles de verde y fresca yerbecilla
Donde límpido y trémulo el rocío
Con los colores de la aurora brilla
Y á las silvestres flores da atavío :
Fuentes como el cristal, en cuya orilla,
Do crece el junco y el serpol bravío,
Pace la corza, el aura aspira aromas
Y beben y se bañan las palomas :

De trecho en trecho hogares campesinos
Donde la paz del corazón trasciende,
De cuyo techo en blancos remolinos
De la primera lumbre el humo asciende
Mientra al balar la grey en los vecinos
Recuestos, de su lecho se desprende
Alegre el niño, que por ver se afana
Con qué faz se presenta la mañana :

La brisa toda de fragancia henchida,
Cantos por la hondonada y el otero,
La primera mañana de la vida,
El dulce idilio del amor primero,

Primavera del alma apetecida,
Ése es el panorama lisonjero
Con que á el alma embellece y extasía
Del *Frühlingslied* la dulce melodía.

Nobles y bellas artes, don divino,
Sin vuestra luz y vuestra voz ¿ qué fuera
La pobre vida del mortal mezquino,
Cómo cumplir la terrenal carrera?
¿Cómo el cáliz beber de su destino,
Cómo aspirara á la eternal esfera,
Ni á el alma y lo infinito fe prestara
Si vuestra voz del cielo no le hablara?

Hijas todas del cielo, en ellas vive
El mismo generoso sentimiento,
Y de las otras cada cual recibe
Un tributo en su obra, un pensamiento :
Cuando la hermana del pincel exhibe
Sus sueños á la luz, hay un acento
Siempre en ellos, que canta ó versifica
Y amor, placer ó duelo á el alma explica.

La hermana que en la trípode se asienta
Su labio agita, un canto se desprende :
Y ora aquí una montaña se presenta,
Ora allá un mar de záfiro se extiende,
Acá combate una legión sangrienta,
Un ángel puro allí los aires hiende :
Doquier hallan los ojos colorido;
Y voz, cadencia, música el oído.

Y oíd, oíd después la melodía
De Méndelssohn, y habréis ya comprendido
Cuanto á Valmiro en su interior movía;
Y así os creáis en ese Edén, perdido
Por nuestros padres, sí, pero que un día
El divino Hacedor, compadecido
De nuestra misma culpa y malandanza,
Nos volverá en el cielo : ¡ alma, esperanza!

La encantadora Herminia ejecutaba,
En tanto, una tras otra fantasía :
El alma de Valmiro ya asaltaba
Tempestuosa y febril melancolía;
Dejó el asiento, y el salón cruzaba,
Aire buscando al fuego en que se ardía :
¡ Vano ! la luna dando en los balcones
Bañaba de Corina las facciones.

Brota el *Canto*, por fin, *de primavera*,
Y Corina á su vez deja su asiento :
También como en Valmiro en ella impera
Fiebre ideal, también le falta aliento,
En su pecho, también, hay una hoguera...
Dirígese al balcón. Ciego, sediento
De amor y de expansión, transfigurado,
Valmiro la siguió; ya está á su lado.

¡ Oh prado, oh cielo, oh mar ! ¡ Cómo fulgura
La luna los follajes esmaltando !
» ¡ O Corina, Corina ! al fin murmura,
En las suyas sus manos estrechando,

Cuando yo muera, haz en mi tumba oscura
Sonar esa canción, y, despertando,
Me verás repetirte como ahora
Con cuánto amor mi corazón te adora! »

Corina, estremecida, jadeante,
En Valmiro caer deja su frente :
Él, á darle sostén, su brazo amante
Lleva en torno á su talle, diligente;
El otro al hombro opuesto; y un instante,
Un labio al otro comprimiendo ardiente,
Del Capitolio el grupo simbolizan
En que el Amor y Psiquis se eternizan :

Mármol lleno de vida, de alma lleno,
Imagen del amor que el cielo inspira,
Donde nada hay mortal, nada terreno,
Donde pureza sólo se respira,
Donde un alma de otra alma vuela al seno
Y una á formar de dos cada una aspira
Al influjo de un ósculo sagrado
Como el que al ángel dar no le es vedado.

Aquellos brazos su cadena amante,
Aquellos labios su presión dichosa
Romper no quieren, cual si en tal instante
Volando al cielo el alma presurosa,
Sin voluntad, sin vida, impalpitante
Quedase la materia inoficiosa.
¡Oh, fuera eterno el sueño que los mece
Y que el cielo entreabierto les ofrece!...

Mas, fuerza es despertar, que está medida
La dicha del mortal. Pero ¿qué encierra
Esa voz que á los dos vuelve á la vida,
Que así á Valmiro hace temblar y aterra?
No es la del trueno, ni la voz temida
Del ángel que juzgar debe á la tierra:
Es más terrible aún lo que le espanta...
Y es, sin embargo, una mujer que canta.

—¡Es ella! —¡Es ella! —en diferentes voces
Y expresión varia cada cual murmura.
—¡Cómo! ¿sabes quién es? ¡tú la conoces? —
Pregúntale Valmiro con pavura. —
—¿Y tú?... pero esas notas que veloces
Corren llenando el campo de dulzura,
¿Por qué te hacen temblar? —dice Corina,
¿Qué misterioso espanto te domina?»

El canto era en efecto una querella
Triste y dulce á la vez; sólo no alcanza
Nada en la letra, nueva para ella.
Hállale solamente semejanza
En su dicción, aunque más limpia y bella,
Con el sonido bárbaro que lanza,
Más que articula, el nómade salvaje
Del inculto Brasil en el boscaje.

Mucho, no obstante, del Brasil distaban
Su patria y sus comarcas naturales;
Del tamul y del sánscrito sonaban
Voces mezcladas con acentos tales,

Que en la insólita letra revelaban
Uno de los dialectos orientales.
Ella nada comprende; en él, en tanto,
Á cada nueva voz dobla el espanto.

La nocturna cantora parecía
Más y más acercarse á los balcones,
Pues más y más su forma se veía,
Y de su extraño traje en los crespones
Á la luz de la luna relucía
Algo cual lentejuelas; y en sus sones
Cada vez más distinta se alcanzaba
La letra, que, vertida, esto expresaba :

Yo vengo de los climas
En donde el nimba crece,
Donde el bambú se mece,
Y se abre el madhavi :
Buscándote he venido...
Te hallé... ¡pero en mal hora!
¡Á otra Valmiro adora!
¡Ay de ella!... y ¡ay de mi!...

¿Huyes?... ¡Es vano!
¡Fuiste inhumano,
Y hoy lo eres más!
Mientra á mi alma
No prestes calma,
Tú no la habrás.
¡Parte!... ¡allí estoy bajo el tamala umbrío!
Dáme tu corazón ó quema el mío!

Él á Corina más y más apresa,
Del temor de perderla poseído :
Á una pausa del canto, con sorpresa
El final de la letra oye en su oído
Repetir á Corina, y que lo expresa
Cual si hablase un idioma conocido :
La ve; de sí la arroja, un grito dando;
Y sin saber adónde, huye temblando.

¡Otra vez esa faz en su faz bella!...
¡Y esa voz en la suya convertida!...
¡La que estaba con él ya no era ella,
Era el tenaz fantasma de su vida!
Sale, como un demente se atropella
Sin conciencia ni senda decidida
Y atraviesa el jardín, cuando á sus ojos
Saltan brillando unos destellos rojos.

Las letras de *Corina* allí estampadas
Con flores, sus miradas atrajeron :
Las que la *o* formaban, arrancadas
Y holladas sin piedad sus ojos vieron :
Las restantes, entonce iluminadas,
Á su despecho pronunciar le hicieron,
En vez del dulce nombre de Corina,
El odioso y fatídico de *Krina*.

En su febril divagación sombría
¿Cómo seguir en él los pensamientos
Que en el caos de su loca fantasía
Luchan y se revuelven turbulentos

Como en el seno de la mar bravía
Del deshecho huracán los roncos vientos,
Cuando errabundo, solo, huye y se aleja
Como un espectro que su tumba deja?

Ante esa semejanza nuevamente
Encarnada en Corina, y el sonido
De esa voz que tan suelta y propiamente
Remeda aquel dialecto nunca oído,
Por más que intenta resistir su mente,
Imposible dudar ya del temido
Poder que su vivir rige secreto,
Y la obsesión tenaz de que es objeto.

De negras sombras el pavor le llena:
Corina en tanto, ni aun conciencia abriga
De la siniestra y singular escena
En que el encanto que á Valmiro hostiga
Tanto papel le dió; y á todo ajena,
Si bien presume una insondable intriga,
Ni las artes sospecha ni la esencia
Del ser que se interpone en su existencia.

Recuerda sólo que en su hogar un día
Recibió á una mujer de gran belleza,
La que su pecho impresionado había
Con su mirar profundo y la fijeza
Como en ella los ojos detenía,
Llenos de melancólica tristeza,
Mientra en sus frases, vagas, se notaba
Que su alma toda á su mirar llevaba:

Que á verla no volvió por senda alguna:
Hasta que aquella noche, su semblante
De lleno iluminándole la luna.
Reconocióla en el jardín, no obstante
Su relumbrosa veste inoportuna
Y el extraño y fantástico talante,
Que á media voz cantando se venía
Y hasta el hogar de Herminia la seguía.

Vagaba y más vagaba á la ventura
Valmiro; y repasando en su memoria
Cuantas horas de luto y desventura
Contaba ya su desdichada historia,
Lo que antes despreció como impostura
Del levantino y fábula ilusoria,
Formas de realidad ya en él tomando,
Iba su corazón desesperando.

¿Por qué, su fe negando á tal creencia,
Los medios descuidó que en el Levante
Propios juzgó la misteriosa ciencia
Los manes á aplacar de un alma errante?
Y no obstante, en su lúgubre cadencia
Ella siempre á Valmiro, suplicante
Los demandó, cual si á despecho fuese
Que su cargo fatídico ejerciese.

Pero qué ¿no se guardan comunmente
Allá en la India prevenciones tales?
Ya Valmiro no duda, y hoy presiente
Que aquellas mismas tramas infernales

Obraron con su intriga sordamente
De Krina á perturbar los funerales;
¡ Y ella burla de nuevo esa venganza,
Y es á Corina á quien el dardo alcanza!

¡ Y él, lejos de advertirla, huye cobarde
Cuando más su favor tal vez reclama!
¡ Y acaso cuando torne será tarde!
¡ Ay infeliz la que á Valmiro ama!...
Tal piensa en el delirio que en él arde.
« ¡ Insensato, insensato! » luego exclama;
« ¡ Volemos, aun sea tiempo, aunque en su vuelo
Ya la luna ha corrido medio cielo! »

Es alta noche, y en silencio y calma
Todo en la agreste soledad reposa :
Ni un susurro en los flecos de la palma,
Ni un silbo suena en la arboleda hojosa;
Valmiro más rumor no oye en su alma,
Que el paso de su marcha presurosa
Que en su pecho recóndito retumba
Como en el antro hueco de una tumba.

Llega tras largo andar, y la esperanza
Una vislumbre á confortarle envía :
Aun luz á ver por el balcón alcanza :
Está abierta la puerta todavía.
Sube; Herminia ha salido; Hacia él avanza
Un doméstico entonce. ¡ Oh nueva impía!
¡ Corina ha muerto! Oye la voz tremenda
Y huye otra vez. Sigámosle en su senda.

No es otro el que entra lúgubre, terrible,
En casa de Corina; y nadie advierte
Su presencia, ni Herminia, ¿es invisible?
Lánzase de Corina al cuerpo inerte.
¡Tremenda realidad! ¡destino horrible!
¡Ya toda su esperanza está en la muerte!
¡Ay!... ¡otra vez ese fantasma impío!...
Y nadie vuelve á verle más en Río.

—

Seis meses han pasado. Es una tarde
Del bochornoso estío : aun en el cielo
Del ya escondido sol la lumbre arde;
Y como un ave que refrena el vuelo,
Si bien de agilidad haciendo alarde,
Á medias velas, libre y sin recelo,
Mientras del viento plácido disfruta,
Pujante bergantín entra en Calcuta.
De pie en la proa, inmóvil, macilento,
Su ancha y pálida frente presentando
Á los halagos del marino viento,
Que pasa sus cabellos agitando,
Á un hombre vese, el próximo momento
Del desembarco al parecer ansiando,
Y la ardiente mirada en la ribera
Á alguien buscando que tal vez le espera.
En tierra salta. Un hindo en el instante,
De su probable arribo acaso en cuenta,
Puesta la mano al corazón, delante
Un fogoso caballo le presenta.

Ni una frase se cambian; y no obstante,
Con extrañeza de la turba atenta,
Rumbo sin vacilar toman del puerto
En escape tendido hacia el desierto.

Si en medio de la noche, ya cerrando,
Se hubiera tras su huella proseguido,
Hubiéraseles visto atravesando
Ora un campo erïal, ya uno florido,
Cuando un poblado, y una quinta cuando,
Ya un ancha soledad donde perdido
El antílope, sólo, salta y mora
Del acacia á la sombra protectora.

Ya con la aurora, á un *jungle* (1) se acercaban
Allí el *djambú* y el *mangustán* se erguían,
La *asoca* y el *pipala* se enlazaban,
Y los *duques*, que entonces florecían,
Un incendio en sus copas simulaban:
Doquier los vientos bálsamos bebían,
Y resonaba al par de su gemido
El canto del *coil* dulce y sentido.

Mucho les es la selva conocida,
Tal penetran en ella y desparecen.
Tras largo cabalgar, á su corrida
Poner al cabo término parecen
En una casa al pie de un bosque hundida,
Cuyas paredes forman y enrojecen

(1) Selva espesa.

Ladrillos ordenados en losanjes
Y no lejos alzándose del Ganjes.
Por fin el hombre de la mustia frente,
Su profundo silencio quebrantando,
Con el hindo, que le oye reverente,
Y como propio aquel dialecto hablando,
Trabó la extraña plática siguiente,
Su profundo mirar en él clavando :
— ¿ Rao, te acuerdas de Krina ? — Al hindo diera
Menos miedo el rugir de una pantera.
Brillóle la mirada enrojecida,
Y contestó, apoyándose en la puerta :
— Me acuerdo, y mientras ella tenga vida,
Os juro no dejar de estar alerta.
— ¿ Vida ? ¿ cómo ? ¿ que es muerta se te olvida ?
— Pues por eso es que vive, porque es muerta :
¿ No os dije yo que era en efecto... *bubra ?* (1)
Y el vocablo pronuncia con pavura.
— ¿ Y tú crees eso aún ?
— ¿ Que si lo creo ?...
Como creer en Vichenú y en Brahma :
¿ Pues pudiera dudar de lo que veo ?
— ¡ Lo es, Rao, lo es ! — Valmiro exclama.
Y aunque tal confesión le es un trofeo,
El hindo tiembla y su valor reclama ;
Que al incrédulo viendo tan creyente,
El horror de sus pruebas mide y siente.

(1) Vampiro, espíritu maligno.

Valmiro prosiguió : Pero es extraño
Que pues que nadie como tú sabía
De su esencia y sus artes, y el engaño
Que en su aparente muerte se escondía,
No previnieses el tremendo daño
Vigilando, tenaz si se cumplía
Cuanto paz procurar debiera al mundo
Y descanso á su espíritu errabundo.

¡Vamos! ¿puedes decir los pormenores
Del acto funeral?
— Fué perfumada,
Todo lo vi, se la cubrió de flores,
Y, la voraz hoguera alimentada
Con aceites de mágicos olores,
La conjuró el Bramín, y fué quemada.
— ¡Mientes! ¡no hay tal!
— ¿Cómo lo habéis sabido?
Díjole al punto el hindo sorprendido.

— Pues bien, de todo hay : es y no es cierto.
Diciendo prosiguió : fué el suyo el nombre
Que pronunció el Bramín : el cuerpo yerto
Díjose el suyo ser; pero aquel hombre
Que la extrajo del fondo del desierto
Guiado del fatídico renombre
Que hasta el Ganjes llegó, con la esperanza
De hallar contra el Radjá mayor venganza,

(Vos sabéis esa historia) ese hombre, digo,
Pensando astuto que en su nueva vida

Aun fuese más nociva á su enemigo,
Obró con arte tal, que sustraída
De su fúnebre lecho (así un testigo
Me lo dijo después) fué sustituída
Con una *kencheni* (1) de aspecto exacto,
Quedando así su corazón intacto.
— Eso es creíble, Rao; y ahora quiero
Que procures saber de cualquier modo
El sitio en que á su cuerpo verdadero
Se dió al fin sepultura.
— Si eso es todo...
Yo la seguí una vez por su sendero,
Con el miedo á traspiés como un beodo;
Pero al cabo, aquí tuerce y allí cruza,
La cama descubrí de la gamuza.
— Un árbol corpulento la guarece;
Yo sé su nombre, dilo...
— Es un tamala :
Cuando *Surya* (2) en su carro desparece,
La negra noche su color no iguala,
Y un *Asura* (3) gigántico parece,
La forma inmóvil y extendida el ala.
— Es preciso exhumarla, darla al fuego
Y echar al Ganjes sus cenizas luego.
— Ya lo he intentado, pero falta aliento.
— ¿Y si supieses tú, que ella lo anhela?

(1) Mujer de vida alegre.
(2) El Dios de la luz, el sol.
(3) Fantasma maléfico.

— ¿ Pero cómo saberlo ? — En tal momento
La voz de una doliente cantinela
Hasta ambos llega en el nocturno viento,
Y así quien canta á entrambos se revela :
Ven, que te aguardo en el tamala umbrio ·
Dame tu corazón, ó quema el mio.

Salta Rao de pavor, Valmiro en ira,
Que, ya en él muerta la piedad, en ella
Sólo al verdugo de Corina mira.
Á entrambos el silencio el labio sella :
Al fin la puerta medio junta gira,
Y á la luz que una lámpara destella,
Radiante de satánica hermosura
Aparece de Krina la figura.

— *¡ Sugata !* (1) en honda voz dice á Valmiro.
— ¡ Téntc ! — le dice él, á su despecho
Temblando, mientra ahoga ella un suspiro,
¡ No pienses que el temor turba mi pecho !
Con odio solo, con horror te miro...
¡ Graba bien en tu alma cuanto has hecho,
Porque mañana, *Bubra* sin conciencia,
De *Yama* (2) te verás en la presencia !

Profunda, funeral melancolía
Baña de Krina el pálido semblante.
Él lo observa; y depuesta la ironía
De su voz y su ceño amenazante :

(1) Bienvenido !
(2) Juez de los muertos.

— ¡Krina! — le dice — Con el nuevo dia
Alcanzará reposo tu alma errante :
¡Grande es tu culpa!... Mas no temas, Krina,
Que aun es más grande la bondad divina.
  Una sonrisa angélica despeja
De su alterada faz las sombras graves.
Valmiro la contempla en pie y perpleja,
Luego le dice : — Krina, antes que acabes
Tu carrera fatal, mirar me deja
Una vez, una sola, á quien tú sabes...
La que vive en mi alma, mi Corina...
Pero habla solo ya; ¿dónde está Krina?
  Valmiro aquella noche y hasta el dia
En vela y escribiendo diligente,
No reposó un instante, pues debia
La India abandonar. Á la siguiente,
Sólo á Rao en la casa se veia,
Si bien sin duelo ni terror la frente,
Que á más de ser ya en ella único dueño,
Ya á Krina el Ganjes conciliaba el sueño.

—

  Mientras en la oriental región indiana
Cumplíase la escena misteriosa
¿Qué era de la gentil americana
Desde la infausta noche desastrosa?
¿Se eclipsó tanta gala cortesana,
Se extinguió tanta fiesta bulliciosa?
¿Ó de Herminia la pena al fin vencida,
Tornó el placer á arrebolar su vida?

¡No, no! jamás á resonar volvieron
Bajo su techo el canto y la armonía
Que su pasada vida embellecieron
De Corina y Valmiro en compañía;
Flores y ensueños á la par murieron,
Doble luto su espíritu vestía,
Que también á Valmiro, en su tristura,
Huésped juzgaba de la tumba oscura.

Aquellas confidencias con Valmiro,
El soñador eterno, el visionario,
Luego la soledad, aquel retiro
Tras su vivir tan bullicioso y vario
Á su antiguo sentir mudando el giro
Hicieron de su pecho un santuario
Consagrado al dolor, que embellecía
Con sus flores é inciensos la Elegía.

Así, cuando al salir á sus balcones,
La fragancia del campo le evocaba
La imagen de las muertas ilusiones
De que con ambos á la par gozaba,
Si del cielo en las límpidas regiones
Dos blancas nubes divagar miraba:
Si en un tallo dos flores se mecían
Que hermanas más que todas parecían:

Ó en las praderas á su hogar adjuntas
Dos aves viese detener el vuelo,
Del cocotero en las flexibles puntas
Modulando su amante retornelo;

Figurábase ver las almas juntas
De sus amigos descender del cielo,
Una esperanza en su aislamiento á darle
Y su entrañable afecto á recordarle.

Cada cual de ellos en su hogar tenía,
Como en su corazón, fijo su asiento;
Y los ojos cerrando, se fingía
Tenerlos á su lado y que al momento
De abrirlos, en redor los hallaría,
Ansiando así borrar del pensamiento
¡Quimera tantas veces repetida!
La realidad horrible de la vida.

Ya en la loca ilusión que la fascina,
Sus libros hojeando, hallar procura
Las bellas flores con que allí Corina
Marcar acostumbraba su lectura;
Y en viéndolas, sonríe y se imagina
Que, ha poco puestas por su mano pura,
Mañana ha de tornar, cual de costumbre,
Á recorrer sus hojas á la lumbre.

¡Cuántos y cuántos días transcurridos!
¡Cuántas noches de llanto solitario,
De inútiles memorias y gemidos!
Llegó por fin el triste aniversario
Del súbito desastre: sus sentidos
Cubrió el dolor con velo funerario,
Y más que nunca ahogada se sentía
En profunda y mortal melancolía.

Que era la noche igual, é igual la hora
Á aquella en que los vió por vez postrera :
Así mismo la luna encantadora
Bañaba su balcón y la pradera :
Rumores del palmar, aura sonora,
Ruidos, fragancia, luz, todo igual era
En el cielo, en los aires, en el prado :
Menos ¡ay! en su pecho desolado.

Ellos sólo faltaban, y volvía
Los ojos á buscarlos; pero ¿dónde?
El triste luto que su hogar cubría,
Que ya volver no pueden le responde.
« ¡Es vano! piensa al fin ¡loca porfía!
¡La tumba para siempre los esconde! »
Y mientras tal pensar su mente llena,
Extraño paso en la escalera suena.

Mas ella nada oye, nada alcanza;
Hasta que puesta al fin la puerta en giro,
Precipitado á ella un criado avanza
Clamando á voces : « ¡El señor Valmiro!
¡Es él! ¡es él! » Herminia un grito lanza,
Y cual movida de un resorte al tiro,
Salta, vuela á sus brazos, y en su seno
El rostro va á ocultar de llanto lleno.

Ella á Valmiro halló más desgraciado
Que lo hubiera creído; no lloraba;
Su dolor, en su alma concentrado,
Mudo y sin vida su exterior dejaba.

¡Silencio fragoroso! ¡Cuán airado,
Cuán terrible estallar amenazaba
Aquel volcán, que muerto parecía
Porque impulso á tomar se recogía!

Detiene Herminia á su llorar el paso
Ante aquel rostro de dolor exento,
Y cual Cornelia al desdichado Tasso
Cuando asilo á buscar llegó en Sorrento
De la corte falaz contra el malcaso,
Con fraternal amor y humano acento
Le abre su pecho y endulzar procura
Su profunda y recóndita amargura.

Valmiro un punto mudo permanece;
Luego rompiendo su silencio, dijo :
« ¡Herminia! ¿á qué ese luto que se ofrece
Á mis ojos doquier que los dirijo?
Otra ser esta estancia me parece...
No es éste aquel hogar... ¡Oh! yo os lo exi
Quitad, Herminia, esos fúnereos paños,
Á este recinto un tiempo tan extraños.

» Yo sé bien que por ellos escudados,
Los sitios que ella preferir solía
No habrán sido por nadie profanados,
É ilesos estarán desde aquel día;
Mas de aquellos instantes malogrados
En vano el curso proseguir querría :
Es la noche, es la hora, aquella luna...
Pero así no la encuentro en parte alguna...

» ¡Veis? en este respaldo hora ya miro
De sus hombros la huella arqueada y leve...
De sus cabellos la fragancia aspiro
Ya en ese tafilete... ya se mueve
Y al balcón va... ya el aura en blando giro
Me da el aroma que en sus gasas bebe...
Pero algo falta, Herminia, todavía...
¡Herminia, por piedad!... ¡la melodía!

» Mas antes, acoged mi último ruego,
Mi último ruego, sí, porque mañana
No nos veremos más : en este pliego
Lo encontraréis, cumplidlo como hermana;
No leáis esas líneas hasta luego
Que de mi muerte, acaso no lejana,
La nueva recibáis; ¡será seguro
El medio de saberla, yo os lo juro! »

El misterioso pliego que encerraba
Su última voluntad, se refería
Al fin á que su cuerpo destinaba,
Al par que el de Corina, pues te...
Que el maleficio que á ambos alcanzab...
A Herminia misma se extendiese un día.
Herminia le ofreció cumplir su ruego,
Y él hablándole así prosiguió luego :

« ¡Ahora, Herminia, al piano! ¡prosigamos!
¡Demos fin á esa noche interrumpida!
Fué en esa melodía que quedamos :
Como no la dejasteis concluída,

Vendrá á acabar de oirla... ¡al piano, vamos!
Y no temáis, Herminia, por mi vida,
Ni tampoco temáis de su presencia
Si á vernos torna de su larga ausencia. »

Herminia empieza. Á la primera nota
Nuevamente su llanto se desata,
Al teclado cayendo gota á gota,
Límpidas perlas de luciente plata.
No de sus manos, de su alma brota
El delicioso canto y se dilata,
Recinto y aire y árboles y luna
Á una tocando y entonando á una.

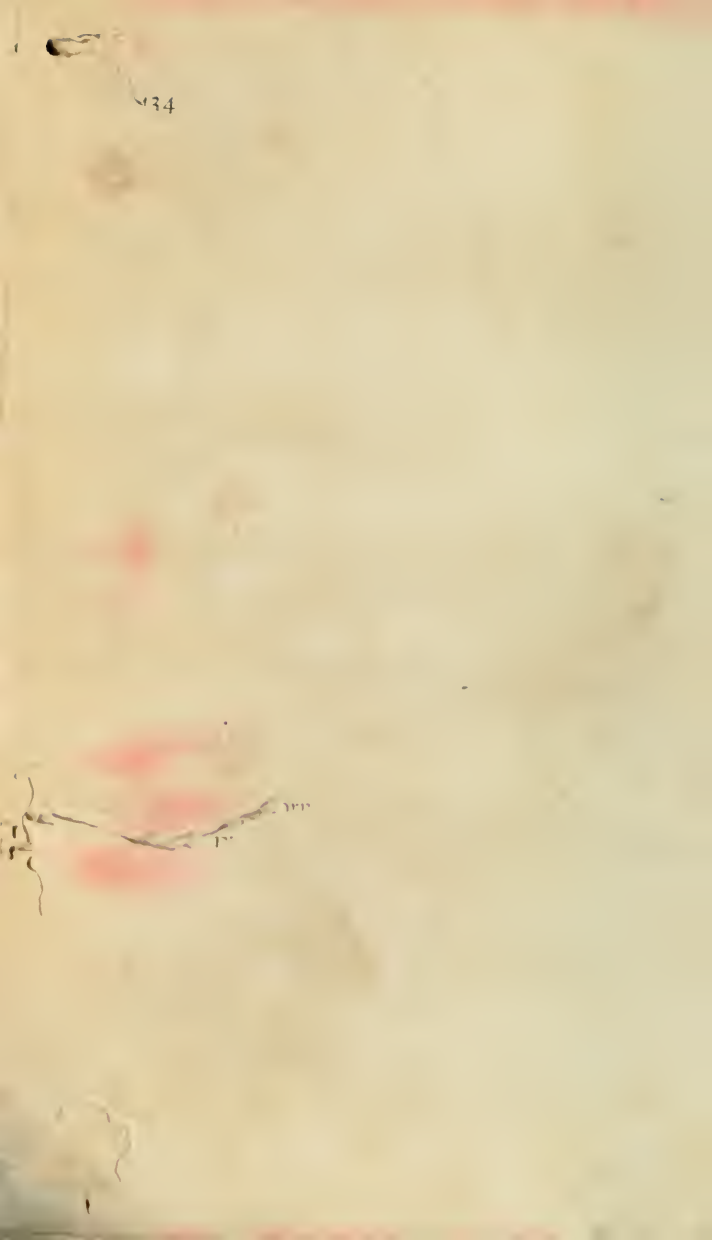
De pie Valmiro, trémulo, chispeante,
Alta la hinchada sien, transfigurado,
(Como el corcel salvaje, palpitante
Y el indómito ardor to[illegible] exaltado)
De su pecho convulso y jadeante
Deja escapar á veces, mal su grado,
Truncadas frases de sentido oscuro
Q[illegible] [illegible]uro.
[illegible] [illegible]e por ell[illegible]
El canto sigue y [illegible]o acrece;
Mas ya á colmo en su pecho la medida,
La valla va á romper que le enmudece,
Puerta acaso también dando á su vida,
Cuando oir á lo lejos le parece
Los dulces ecos de una voz sentida
Entonando también en la pradera
El canto arrobador de primavera.

Pone atento el oído, y al instante
El llanto salta que en su pecho sobra :
Gozo inefable anima su semblante,
Menos opreso ya, la voz recobra;
Y — « ¡Oíd!... ¿no conocéis su voz amante?
¡Es ella! » dice á Herminia con zozobra;
En tanto, clara ya la voz se oía
Y distinta la letra, que decía :

¿Por qué me dejas sola,
Por qué, Valmiro mio?
¡En mi recinto umbrío
Hay hueco para ti!
¡Yo soy! ¡es tu Corina,
Valmiro de mi alma!
¡Sin ti no hay paz ni calma,
Ni cielo para mí!
¡Vén, que te aguardo y en tu amor confío!
¡Dame tu corazón, que es sólo mío!

Voz Valmiro, y aliento y alma enfrena :
Herminia misma á respirar no alcanza...
Y ya [illegible] que el de Cor[illegible]sdena...
Y óyese que se acerca. . y más avanza ..
¡Y al fin subió! Y entonce, el alma llena
De arrebatado amor y de esperanza,
Valmiro, á recibirla el pecho abierto,
Corrió al balcón, dió un grito... y cayó muerto.

FIN

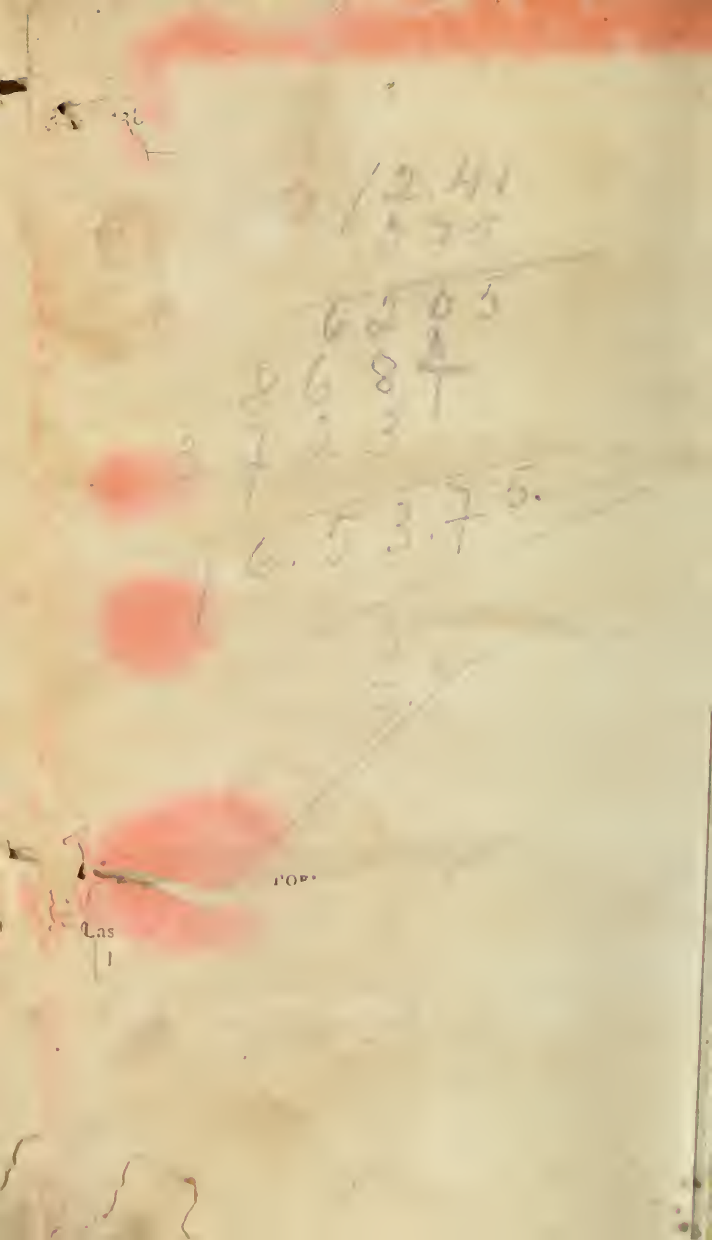




ÍNDICE

POEMAS Y LEYENDAS

París. — Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Pères.






UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 08 04 05 014 0